BESTSELLING
100
YEARS
OF LOVE
AUTHOR

Barbara Cartland

# UN AMOR IMPETUOSO



SAGA
EGMONT

Barbara Cartland

# Un Amor Impetuoso (La Colección Eterna de Barbara Cartland 50)

Translated by Desconocido

Título Original: “The Impetuous Duchess“

Saga

Un Amor Impetuoso (La Colección Eterna de Barbara Cartland 50)

Translated by Desconocido

Original title: *The Impetuous Duke*

Original language: English

Copyright © 2015, 2025 Barbara Cartland and Saga Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788727302188

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser. It is prohibited to perform text and data mining (TDM) of this publication, including for the purposes of training AI technologies, without the prior written permission of the publisher.
This work is republished as a historical document. It contains contemporary use of language.

www.sagaegmont.com
Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark’s largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

Vognmagergade 11, 2, 1120 København K, Denmark

# CAPÍTULO I ~ 1803

—Perdone, Su Señoría… el Duque de Warminster levantó los ojos del libro que estaba leyendo mientras comía. De pie, en el umbral de la salita privada de la hostería, se encontraba su segundo cochero, quien pasaba de una mano a otra su gorra de terciopelo con gesto nervioso.

—¿Qué sucede, Clements?— preguntó el Duque.

—El tiempo está empeorando, su señoría, y el señor Higman considera que no es conveniente demoramos más. Ha averiguado que hay bastante distancia hasta la próxima hostería, donde podríamos cambiar caballos o descansar y pasar la noche.

—Muy bien, Clements. Estaré listo en unos minutos— contestó el Duque.

El segundo cochero hizo una reverencia y salió de la habitación.

El Duque cerró el libro de mala gana y levantó la copa de vino frente a él. Era un vino de inferior calidad, pero era el mejor que había en la hostería.

La comida no había sido buena. La carne estaba dura y la selección de platillos era muy limitada.

Pero, ¿qué podía esperarse de una región tan remota del país, en esta época del año, en que muy poca gente de importancia viajaba?

Era muy poco convencional, lo comprendía, que alguien como él viajara a Escocia cuando todavía había nieve en el suelo y el tiempo era muy incierto, en el mejor de los casos.

Pero había estado ansioso de hablar con el Duque de Buccleuch, en el Palacio de Dalkeith, acerca de unos manuscritos que acababa de descubrir en Warminster, y que ligaba a las familias de ambos con la época en que reinaba Enrique VIII.

Por lo tanto, se enfrentó a los elementos naturales, y su valor fue recompensado con lo que había sido, desde cualquier punto de vista, un viaje muy agradable a Edimburgo.

Pasó varias noches en el Castillo de Edimburgo y después procedió a reunirse con el Duque de Buccleuch en el Palacio, donde sostuvo prolongadas y eruditas discusiones con él, que los dos disfrutaron mucho.

—Warminster es demasiado joven— había dicho disgustada la Duquesa de Buccleuch a su esposo—, para pasarse el tiempo inclinado sobre polvorientos volúmenes, en lugar de estar mirando a las chicas.

—Al Duque no le parecen las jóvenes de alta sociedad tan atractivas como la historia del pasado— contestó su marido con una sonrisa.

A pesar de ello, la Duquesa había hecho todo lo posible por interesar al Duque de Warminster en su hija más joven, una agradable muchacha con talento considerable para la música y la pintura.

El Duque, aunque se mostró muy cortés, hizo notar con toda claridad que su único interés al visitar al Palacio de Dalkeith era hablar con su propietario.

Inició su viaje de regreso a casa muy satisfecho con los resultados de su visita y convencido de que, como ya estaban a principios de abril, la primavera se respiraba en el aire.

Durante los últimos días, habían soplado fuertes vientos, que hicieron que su carruaje se tambaleara por los caminos rudimentarios de la zona, que las recientes nevadas habían endurecido y vuelto resbaloso.

Sin embargo, el Duque estaba demasiado enfrascado en sus libros para prestar atención a tales incomodidades.

Se había hospedado en el Castillo de Thirlstone, con el Conde de Lauderdale, y estuvo unas noches en Floors, un magnífico edificio que Vanburgh había erigido en 1718.

Ahora, ya no tenía más visitas que hacer, ni había más anfitriones complacientes que le ofrecieran su hospitalidad antes de cruzar la frontera.

Como era usual en tales ocasiones, los sirvientes gruñeron y se quejaron más de las incomodidades del viaje que su amo.

El segundo carruaje, en el que viajaba el *valet* del Duque, contenía, además de su equipaje, ciertas comodidades de las que no disfrutaban los demás sirvientes.

En cuanto a su señoría, viajaba siempre con sus propias sábanas de lino bordadas con su escudo de armas; con frazadas suaves, de lana pura, y cojines especiales de plumas de ganso.

Llevaba, también, algunas botellas de excelente clarete y *coñac,* mucho más agradables al paladar que cualquiera de los vinos que podían comprarse en las hosterías locales.

Había sido muy poco afortunado que, al detenerse Su Señoria en *"El Guaco y el Jilguero",* al mediodía, el segundo carruaje se hubiera quedado retrasado y no hubiera llegado aún.

Ello se debía sin duda a que Higman, el primer cochero del Duque, había insistido en tomar para sí los mejores caballos que consiguieron en la posta, lo cual significaba que el segundo carruaje había tenido que contentarse con caballos inferiores.

—Le dije a su señoría, antes que partiéramos— había dicho el tercer cochero con amargura—, que no podríamos confiar en obtener animales decentes, en un país tan bárbaro, tan pagano como Escocia. Pero, ¿acaso Su Señoria me prestó atención? ¡Claro que no!

Los otros servidores habían oído ya aquella queja un centenar de veces desde que salieron de Warminster, y el hecho de que el Duque hubiera llegado a Escocia en su yate, antes de reunirse con sus carruajes en *Berwick on Tweed*, no había contribuido a calmar el resentimiento del cochero.

Pero aunque los caballos eran de inferior calidad, resistieron mejor las asperezas del camino y las inclemencias del tiempo de lo que hubieran podido hacerlo los caballos del Duque, que, por ser muy finos, no estaban acostumbrados a tales incomodidades.

Después de apurar la última copa de vino, el Duque se levantó de la mesa y cruzó la pequeña sala, tomando la capa forrada de piel con la que siempre viajaba.

La tenía en las manos, cuando la puerta se abrió de nuevo, y una doncella tocada con una cofia, al parecer la hija del mesonero, le hizo una reverencia.

—Tengo algo que pedir a Su Señoría— dijo la muchacha, con fuerte acento escocés.

—¿De qué se trata?— inquirió el Duque mientras se ponía la capa con cierta dificultad, en ausencia de su *valet.*

—Hay una dama anciana, Su Señoría, que le suplica le permita viajar con usted hasta la próxima hostería, donde pasa una diligencia. Su carruaje tuvo un accidente y no tiene manera de seguir adelante si usted no la ayuda.

El Duque se detuvo en el proceso de abotonarse la capa. Siempre se había negado a viajar con otras personas en un carruaje cerrado, y más aun tratándose de una desconocida.

Le gustaba leer mientras viajaba, o contemplar el panorama en silencio mientras pensaba en los numerosos proyectos que estaba llevando a cabo en sus propiedades.

La sola idea de tener que conversar, o de escuchar un monólogo interminable durante los largos kilómetros que tendría que recorrer antes de llegar a la próxima hostería, lo llenaba de desolación.

—¿Será posible que no haya algún otro medio para que esta buena señora llegue a su destino?— preguntó.

—No, Su Señoría. La diligencia sólo viene aquí una vez a la semana. No volverá hasta el próximo sábado.

—Muy bien. Tenga la bondad de decirle a esa dama que con mucho gusto le ofreceré un asiento en mi carruaje, pero que debo partir ahora mismo.

—¡Oh, sí!, se lo diré, Su Señoría— contestó la doncella y, después de hacer una reverencia, salió a toda prisa de la salita.

El Duque se disponía a seguirla, cuando apareció el mesonero con la cuenta. Esto era algo que había olvidado por completo.

Siempre que viajaba sin un secretario, su *valet* se encargaba de liquidar las cuentas, el Duque nunca se molestaba con esos detalles, ni veía la necesidad de llevar dinero encima.

Por fortuna, llevaba algunos soberanos de oro en el bolsillo del chaleco y colocó uno de ellos en la bandeja que el mesonero le presentó, indicando con una señal de la mano que no esperaba cambio.

Sin duda alguna había pagado más de lo preciso, porque el mesonero expresó exageradamente su gratitud, deshaciéndose en reverencias y frases de agradecimiento. Acompañó al Duque a su carruaje, expresándole su pesar por no haber sido avisado con anticipación de la llegada de tan ilustre huésped, ya que en ese caso hubiera estado mejor preparado para recibirlo.

El Duque se puso a pensar en otra cosa, como solía hacer cuando le aburría la charla de su interlocutor.

Sin embargo, le dedicó al hombre una agradable sonrisa, y cuando llegó a la puerta del vehículo, el mesonero se había convencido a sí mismo de que Su Señoría se marchaba satisfecho.

Una fuerte ráfaga de viento estuvo a punto de llevarse consigo el sombrero del Duque, pero él se lo sostuvo con mano firme sobre la cabeza y se apresuró a subir el carruaje.

En un extremo, estaba sentada una mujer, cubierta con una capa de viaje oscura. Se había echado hacia adelante la capucha bordeada de piel, por lo que su rostro permanecía en las sombras.

Cubría sus piernas un tapete, y cuando el Duque se instaló en su asiento, el segundo cochero le puso a él otro igual. Su Señoría sintió, bajo sus pies, un calentador que había sido reabastecido en la posada.

—Buenas noches, señora— dijo el Duque a la dama que iba a su lado—, lamento saber que su carruaje sufrió un accidente. Me alegro de serle de utilidad a fin de que pueda continuar su viaje.

—Gracias.

La voz femenina era baja, y un poco temblorosa.

Su compañera de viaje, pensó el Duque, debía ser muy anciana. Sin duda dormiría la mayor parte del tiempo y no lo molestaría.

Para asegurarse de que se diera cuenta de que él no tenía intención de conversar, el Duque, apenas salieron los caballos del patio de la hostería y se pusieron en camino, abrió su libro en forma ostentosa.

No había la menor duda de que el viento se había intensificado de manera considerable desde esa mañana. Ahora, golpeaba con ferocidad el carruaje. Si no se hubiera tratado de un vehículo tan sólido, las ventanas habrían rechinado.

El Duque se instaló tan cómodamente como le fue posible, diciéndose que, si alguien podía lograr una buena velocidad con los cuatros caballos que, tiraban del carruaje, era Higman.

Al mismo tiempo, esperaba que el segundo carruaje no tardará mucho en darles alcance. Se daba perfecta cuenta de que, cuando se trataba de pasar la noche en una hostería local, su *valet* le resultaba indispensable.

Trusgrove estaba a su servicio desde que era un jovencito, y siempre se las ingeniaba, como por arte de magia, en conseguir agua limpia y caliente, calentadores para la cama y hasta una Comida apetecible, por desolador que pareciera el lugar.

El Duque se olvidó de su *valet,* que venía en el segundo carruaje siguiéndolos con bastante retraso. De pronto, se dio cuenta de que habían viajado ya varios kilómetros sin que su compañera de viaje hubiera hecho el menor movimiento o pronunciado una sola palabra.

Se alegró de ello, le había permitido realizar una buena acción, sin sufrir ningún inconveniente. Sin embargo, no podía menos que sentir cierta curiosidad respecto a la identidad de la desconocida.

Una fuerte ráfaga de viento le dio una excusa para decir en voz alta:

—Este clima no es propio de esta época del año ¿verdad, señora?

—Tiene razón.

Las palabras, de nuevo, se escucharon quedas e inseguras.

Era evidente que la dama no deseaba hablar y el Duque sonrió para sí mismo al pensar que por fin había encontrado a una persona menos sociable aún que él.

Un momento después, llegaron a una curva inesperada del camino. Una reciente nevada, obligó al carruaje a detenerse. Después, reanudó el camino, pero se ladeó de tal modo que la dama fue arrojada hacía el lado opuesto de donde se, sentaba y fue a dar contra el Duque.

El extendió las manos para sujetarla. La sacudida hizo caer la capucha que ocultaba la cara de la desconocida, revelando dos ojos grandes y brillantes y un pequeño rostro en forma de corazón.

El Duque la miró asombrado.

No se trataba de ninguna anciana, sino de una chica. . . ¡y muy joven, por cierto! A toda prisa ella volvió a colocar la capucha en su lugar y se deslizó de nuevo hacia su asiento, pero el Duque ya la había visto.

—Me dijeron— dijo el Duque con lentitud—, que era una anciana la que requería mi ayuda.

Hubo un momento de vacilación y después la muchacha dijo casi desafiante:

—Tuve la impresión de que usted… se negaría a llevarme, a menos que creyera que se trataba de una persona de edad necesitada de ayuda.

—Estaba en lo correcto— asintió el Duque—, pero ahora que ya no puede continuar con esa farsa, ¿quiere decirme por qué viaja sola?

En respuesta la joven se echó hacia atrás la capucha, dejando ver un cabello intensamente rojo, que caía en rizos desordenados alrededor de su cabeza...

Sus ojos eran de un verde grisáceo muy oscuro, casi de color del mar, y a pesar de la penumbra que imperaba en el interior del vehículo, el Duque pudo ver que su piel era muy blanca, inmaculada y transparente.

La muchacha sonrió y le dijo con voz alegre:

—Me alegro mucho de no tener que seguir hablando con esa voz tan trémula. Lo engañó, ¿verdad?

—Claro que sí— confesó el Duque—, pero eso se debió a que no tenía ninguna razón para sospechar lo contrario.

—Tenía tanto miedo de que se negara a ayudarme… pero ahora que estamos ya, cuando menos, a cinco kilómetros de distancia de la posada, no puede hacer nada con respecto a mí.

Su tono era tan confiado que el Duque no pudo evitar decir:

—Por supuesto, podría dejarla a la orilla del camino.

—¿Y dejarme morir de frío, con este tiempo? ¡Eso sería muy poco caballeroso!

El Duque la miró. Percibió su rostro pequeño y puntiagudo y sus delicadas y finas facciones.

No era una belleza deslumbrante, pensó, pero sí extremadamente bonita. Y había cierta fascinación en la forma en que sonreía, y en el brillo de sus ojos, que no había visto en ninguna otra joven.

Era, sin duda alguna, una dama de buena cuna. Sintiéndose un poco inquieto, el Duque dijo:

—Creo que sería mejor que fuera sincera conmigo. Le pregunté por qué viajaba sola. Ahora le repito la misma pregunta.

—Es un secreto— repuso ella—, pero el caso es que debo entregar unos importantes mensajes en Londres. Un mensajero ordinario habría sido interceptado en el camino, pero es muy poco probable que alguien sospeche de mí.

—¡Muy dramático!— comentó el Duque con sequedad—, y ahora, tal vez, quiera decirme la verdad!

—¿No me cree?

—¡No!

Hubo un largo silencio antes que la joven dijera:

—No quiero decirle la verdad. ¡Y no hay razón alguna para que usted me la exija!

—Creo tengo derecho a ello— contestó el Duque—. Después de todo, está viajando en mi carruaje y, con toda franqueza, no quiero verme mezclado en un escándalo.

—¡No es probable que eso suceda!— respondió la muchacha a toda prisa, tal vez con excesiva premura.

—¿Está segura?— preguntó el Duque—. Tal vez sea mejor que le ordene al cochero que regrese. Su propio carruaje puede ser reparado, sin duda alguna, y usted puede esperar en *"El Guaco y el Jilguero"* a que esté listo.

La muchacha se quedó pensando por un momento y luego, en un tono muy diferente, preguntó:

—Si le digo la verdad, ¿promete ayudarme?

—No puedo hacer ese tipo de promesas, pero le prometo escucharla con simpatía.

—¡Eso no es suficiente!

—¡No estoy dispuesto a ofrecerle más!

De nuevo se hizo el silencio y por fin, en una leve vocecita, la joven dijo:

—¡Me he… fugado!

—Eso supuse— comentó el Duque.

—¿Cómo lo adivinó?

—Las damas, incluyendo a las escocesas, jamás viajan sin compañía, ni solicitan de un desconocido que las lleve en su carruaje.

La joven no contestó y el Duque continuó diciendo:

—En fin, ¿se fugó de la escuela?

—¡Por supuesto que no! Tengo dieciocho años; ya soy una mujer. ¡En realidad, nunca he ido a la escuela!

—Entonces, ¿se está fugando de su casa?

—¡Sí!

—¿Por qué?— como la vio titubear, el Duque añadió—, insisto en saber la verdad. Será más fácil que me la diga por su propia voluntad, a que tenga que arrancársela a la fuerza. Supongamos que, para empezar, me diga su nombre…

—Jacobina.

El Duque alzó las cejas, asombrado.

—Entonces, supongo que pertenece a una familia de jacobinos, ¿no?

—¡Por supuesto!— aceptó ella con decisión—. ¡Todo mi clan es jacobino! Mi abuelo murió en la rebelión de 1745.

—Y ahora el joven pretendiente al trono, Carlos Estuardo, está muerto también— dijo el Duque—. No pueden seguir luchando por un rey que ya no existe.

—¡Su hermano, James, está vivo todavía! Y si piensa que vamos a reconocer a esos advenedizos alemanes de Londres como nuestros legítimos monarcas, ¡está muy equivocado!

El Duque sonrió para sí.

Se daba bien cuenta de lo leales que eran muchos de los escoceses a sus Reyes Estuardos y no podía menos que admirar su valor.

Los ingleses no habían podido destruir su persistente y obstinada adhesión al hombre a quien llamaban *Bonnie Prince Charles.*

—Esta bien, Jacobina— dijo—, prosiga con su historia.

—Me llaman Jabina— le aclaró la joven—. Jacobina es demasiado largo, pero así me bautizaron y ello me llena de orgullo.

—¡Me lo imagino! ¿Pero cree que aquellos que la bautizaron se sentirían muy orgullosos de usted en este momento? Deduzco que alguien la persigue.

—Pero no podrán encontrarme— dijo Jabina con firmeza.

—¡Empiece desde el principio!— ordenó el Duque con el tono autoritario que empleaba para dirigirse a sus subalternos.

—No quiero hablar sobre eso— protestó Jabina.

—Me temo que debo insistir en conocer el motivo de su fuga. De lo contrario; tenga la seguridad, Jabina, de que la llevaré de regreso a *"El Guaco y el Jilguero"*.

Ella lo observó con detenimiento, abriendo mucho los ojos.

—Lo creo capaz de hacer algo tan infame— dijo—. ¡Ya me temía que no era hombre de fiar!

—Pero confió en mí, o no estaría aquí. Está en mi carruaje y, por el momento al menos, soy responsable de usted. ¿De qué está huyendo?

—¡Del... matrimonio!— exclamó Jabina en voz baja.

—¿Está comprometida para casarse?

—Papá intentaba anunciar el compromiso la semana próxima.

—¿Le dijo a su padre que no deseaba ese matrimonio?

—Se lo dije, pero… él no quiso escucharme.

—¿Por qué no?

—Le simpatiza el hombre que seleccionó para mí.

—¿Y a usted no?

—¡Lo detesto!— exclamó Jabina con ferocidad—. Es un viejo aburrido, gordo y desagradable.

—¿Y qué hará su padre cuando se dé cuenta de que ha desaparecido?

—¡Vendrá como una furia tras de mí, con mil miembros del clan blandiendo sus espadas escocesas!

—¡Con mil hombres!— exclamó el Duque—. ¿No estará exagerando un poco?

—Tal vez, pero estoy segura de que papá me perseguirá… ¡y estará muy enfadado!

—¡No me sorprende! Pero, en lo que a mí se refiere, no intento verme involucrado en sus problemas matrimoniales. Debemos llegar a la próxima

hostería antes que caiga la noche, y después, usted se las arreglará sola.

—Jamás solicité que me llevara más allá!— dijo Jabina—. Estaré cerca de la frontera. Una vez en Inglaterra, puedo tomar una diligencia que me lleve a Londres.

—¿Y que intenta hacer en Londres?

—No me voy a quedar ahí— contestó Jabina con desdén—. Seguiré viaje a Francia. Ahora que la guerra con Bonaparte ha terminado, podré hospedarme con mi tía. Es hermana de mi madre, casada con un francés, y vive cerca de Niza.

—¿Le ha informado a su tía de esta decisión?

—No. Pero se alegrará mucho de verme… lo sé bien. Quería mucho a mamá, aunque nunca se llevó bien con mi padre.

—¿Su madre está muerta?

—Murió hace seis años. ¡Y sé que ella jamás le habría permitido a papá que me casara con un hombre a quien detesto!

—Tengo entendido que la mayor parte de las jóvenes no tiene alternativa, ni derecho a elegir cuando de matrimonio se trata, pero estoy seguro, Jabina, de que su padre sabe que es lo mejor para usted.

—Es el tipo exacto de frase pomposa que tenía que decir. ¡Tal como lo habría hecho *lord* Dornach!

— ¿*Lord* Dornach? ¿Es el hombre con quien tiene que casarse?

—¿Lo conoce?— preguntó Jabina.

—No, pero me parece que sería un buen matrimonio, y eso es lo que la mayor parte de las jóvenes quiere.

—No es lo que yo quiero— dijo Jabina enfadada.

—¿No es un hombre acomodado este l*ord* Dornach?

—Es muy rico, creo. Pero aunque estuviera cubierto de brillantes, de la cabeza a los pies, eso no haría que me agradara más. Le digo que es viejo y aburrido. No me sorprendería que

me encarcelara en uno de los calabozos de su castillo y me matara a golpes.

—Sospecho que lo que a usted le ocurre es que tiene una imaginación demasiado fértil.

—Eso es lo que dice mi padre.

—¿Qué más dice él?

—Dice que soy impetuosa, impulsiva, inestable. Y que necesito que una mano fuerte me frene —recitó con desdén.

—La ha descrito con exactitud, me imagino— dijo el Duque con voz seca.

Jabina movió la cabeza.

—¿Le gustaría que lo casaran con alguien que usted no eligió y que se propone hacerle cambiar por completo su personalidad? Además, cuando *lord* Dornach me propuso matrimonio, ní siquiera dijo que me amaba.

—Supongo— comentó el Duque con voz divertida—, que usted no lo alentó mucho a que lo hiciera.

—¡Claro que no! Le dije: ¡Preferiría casarme con un bacalao que, con usted, *milord*!

El Duque, sin poder evitarlo, se echó a reír.

—Mucho me temo, Jabina— dijo después de un momento—, que su idea de viajar sola a Niza es del todo irrealizable. Claro que es triste que tenga que casarse con un hombre que no le gusta, pero, tal vez, después del susto que debe haber dado a su padre con su huida, lo encuentre más accesible a su regreso.

—¡No voy a regresar!— exclamó Jabina—. Ya se lo he dicho… ¡Nada podría obligarme a hacerlo!

—Entonces, es asunto suyo. En la próxima hostería donde pase una diligencia, usted y yo nos separaremos.

—Habla como Poncio Pilato.. Se lava las manos ante un problema porque no sabe qué hacer con respecto a él.

Por un momento, el Duque se quedó estupefacto. No estaba acostumbrado a que nadie le hablara de ese modo.

—No es problema mío— dijo en actitud defensiva.

—La injusticia y la crueldad son problemas de todos— lo contradijo Jabina—. Si fuera usted un joven caballeroso, como el héroe de una novela, estaría dispuesto a luchar por mí, a ayudarme a escapar de las fuerzas del mal. ¡Hasta sería capaz de llevarme en un brioso corcel a la seguridad de su Castillo!

—Me temo que lee usted demasiadas novelas románticas. Por desgracia, mi Castillo, como usted lo llama, está muy lejos de aquí y si la llevara allí, me resultaría difícil explicar su presencia.

El Duque sonrió al agregar:

—Los caballeros que en el pasado rescataban doncellas en apuros, nunca parecieron preguntarse cómo podrían zafarse de ellas.

—Es cierto. ¡Me sorprende que se haya dado cuenta!

El Duque no contestó. Se concreto a fruncir el ceño y, después de un momento, Jabina dijo impulsivamente:

—Siento mucho haberme mostrado un poco grosera. Usted estaba leyendo un libro muy antiguo, o eso me pareció al menos. Lo observaba, pero no parecía muy interesado en su lectura.

—Es un tratado sobre manuscritos medievales.

—¡Ahí tiene! ¿Ve lo que le digo? En verdad, usted no me pareció un hombre que supiera mucho de caballeros errantes y de doncellas en desgracia.

—Tal vez mi educación ha sido un poco descuidada en ese tema en particular, Jabina. Pero, de cualquier modo, tengo que pensar en cómo convencerla para que regrese con su padre. —No necesita perder el tiempo en eso, ni desperdiciar palabras. No volveré. Voy a reunirme con mí tía.

—¿Tiene dinero para hacer el viaje?— preguntó el Duque. Ella sonrió y él notó que se le formaba un hermoso hoyuelo en el lado izquierdo de la boca.

—No soy tan tonta como cree— contestó ella—. Tengo quince libras en la bolsa, que tomé de los gastos de la casa, en un descuido del ama de llaves. Y traje todas las joyas de mi madre conmigo. Las tengo prendidas dentro del vestido, así que no se las puedo enseñar. Pero sé que son muy valiosas, y cuando llegue a Londres las venderé. Entonces tendré suficiente dinero para hacer el viaje a Niza.

—Pero usted no puede hacer ese viaje sola— exclamó el Duque.

—¿Por qué no?

—Es muy joven, demasiado joven, por una parte.

Ella esperó, con una leve sonrisa en los labios.

—Continúen…— dijo.

Como él titubeó, buscando las palabras adecuadas, ella añadió:

. .y demasiado bonita, por la otra. Más vale que lo diga. Sé que soy bonita. Lo he estado oyendo hace años.

—¿No es un poco vanidosa?

—¡No, de ninguna manera! Mi madre era preciosa y yo me parezco a ella. Tenía sangre francesa y vivió en París antes de casarse con mi padre.

—Usted no parece francesa— dijo el Duque.

—Eso se debe a que, como muchas personas, usted supone que todas las francesas son morenas. Mi madre tenía el cabello rojo, como el mío, y sin duda alguna sabrá que Josefina, la esposa de Napoleón Bonaparte, es también pelirroja.

Jabina movió de nuevo la cabeza, con un gesto que le era peculiar.

—¡Espero ser un gran éxito en París!

El Duque buscó en su mente las palabras adecuadas.

Se preguntó cómo podría explicarle a esta impulsiva y joven criatura por qué no podía viajar sola a París. El tipo de éxito que obtendría no estaría de acuerdo, en modo alguno, con la forma en que había sido educada.

Entonces se dijo que ése no era asunto suyo.

No tenía la obligación ni excusa posible para involucrarse en lo que podría resultar un desagradable escándalo. No conocía a *lord* Dornach, pero era evidente que se trataba de un noble. El hecho de que su prometida se hubiera fugado daría ya lugar a bastantes chismes para que a ello se añadiera que el Duque de Warminster la había ayudado en su huida.

El Duque empezó a considerar los numerosos riesgos a que se exponía y que no deseaba enfrentar.

Se irguió con firmeza en el rincón del asiento que ocupaba.

—Tiene razón, Jabina— dijo en voz alta—, al decir que no es asunto de mi incumbencia. No tengo derecho a interferir. Cuando lleguemos a la próxima hostería, nos separaremos. Y creo que sería mejor que no conociéramos nuestras mutuas intimidades.

—Yo conozco la suya. Sé que es el Duque de Warminster. Se lo oí decir a su cochero cuando llegó a la hostería. Debo decirle que pensé que era una mentira, o una broma.

El Duque la miró asombrado.

—Los nobles casi nunca viajan con sólo dos cocheros en el pescante, sin lacayos, y sin acompañantes a caballo— explicó ella.

—Mi segundo carruaje viene atrás, pero se ha retrasado— dijo el Duque sin poder evitarlo.

Le molestaba dar explicaciones sobre su conducta a aquella chiquilla impertinente.

—Eso lo explica en parte. Aun así, creo que viaja usted en una forma muy modesta. ¿No puede darse el lujo de viajar mejor?

—¡Claro que podría darme ese lujo y muchos más!— contestó el Duque acalorado a pesar suyo—. Pero no me gusta ser ostentoso. Creo que los acompañantes a caballo, excepto en ocasiones especiales, son del todo innecesarios.

—Si yo fuera Duque— dijo Jabina—, viajaría siempre con varios jinetes al lado. Y enviaría adelante mis propios caballos para no tener que depender de los que se encuentran en las hosterías de la posta.

—Mis caballos siempre viajan adelante de mí, cuando estoy en el sur. Pero viajé al norte en mi yate y me pareció del todo innecesario someter a mis cabalgaduras a un recorrido tan largo para sólo transportar a los sirvientes.

—¡Llegó en yate! ¡Qué fascinante! ¿En dónde está ahora?

—En la bahía de Berwíck. Intento volver a casa por la costa, introducirme en el Támesis y llegar hasta Londres.

—¡A eso le llamo yo ser original!— dijo Jabina con actitud aprobadora —. No es usted tan estirado como me imaginaba.

—¡Estirado!— exclamó el Duque.

—Bueno, usted es un tipo de Duque bastante aburrido— dijo ella con desparpajo—. Por una parte, no se viste con elegancia. Su corbata es demasiado baja, las puntas del cuello no suben por encima de su barbilla, y trae el cabello mal cortado.

El Duque, que siempre se había enorgullecido de su sobria manera de vestir, se sintió molesto con aquellos innecesarios comentarios.

—No tiene objeto— dijo él con frialdad—, lanzarnos a hacer críticas personales. Tal vez algún día, Jabina, dará gracias al cielo de que yo sea tan

conservador y tan aburrido. De otro modo, se encontraría usted en estos momentos en serias dificultades.

—¿Qué tipo de dificultades?— preguntó Jabina con repentino interés.

El Duque la miró, dispuesto a dedicarle una brusca respuesta. Pero luego advirtió la inocente mirada de la joven.

Ella parecía ignorar el peligro que hubiera corrido de haberse subido al carruaje de uno de los jóvenes aristócratas llamados *bucles,* o *dandies,* que frecuentaban los clubs de St. james. Había entre ellos un buen-número de donjuanes que, sin duda alguna, habrían considerado a aquella jovencita como fácil presa.

Como el Duque no contestaba, Jabina dijo después de un momento:

—Explíqueme qué quiso decir.

—¡Toda su conducta es escandalosa!— dijo el Duque con voz severa—. Y déjeme asegurarle una vez más, Jabina, que no puede viajar a Londres sola ni cruzar Francia sin un, acompañante de respeto. Es un plan imposible. Aún más… no voy a permitirle que intente algo tan reprensible y tan peligroso.

—¿Y cómo va a impedírmelo?— preguntó ella con aire desafiante.

—Voy a entregarla al comisario de la primera población por la que pasemos. La pondré a su cargo y él se encargará de devolverla a su padre.

Jabina lanzó un pequeño grito.

—¡No! ¡No puede hacer eso! ¿Cómo puede ser tan cruel? ¿Tan traidor?

—No soy ninguna de las dos cosas. Soy sensato y, en realidad, estoy pensando en lo que a usted le conviene.

—¡No le creo!— protestó ella con rudeza—. A usted sólo le preocupan los problemas que le acarrearía involucrarse en mis asuntos.

—¡Es usted muy infantil! Pero le aseguro que hago esto por su propio bien.

—¡Detesto todas las cosas que debo soportar por mi propio bien, como las verduras cocidas, el pan con mantequilla y la leche caliente!

El tono de ella era petulante y luego preguntó:

—¿Por qué no resultó usted un hombre alegre, emocionante, que en verdad hubiera querido ayudarme?

—Lo siento, Jabina —dijo el Duque con firmeza—. Comprendo su problema y simpatizo con usted, aunque no lo crea. Pero creo conocer un poco el mundo y le aseguro que sería yo muy negligente si le permitiera lanzarse sola en ese viaje disparatado.

Se hizo el silencio.

—¿De veras… intenta… entregarme… al comisario?— preguntó Jabina, por fin, en voz muy baja.

— ¡Así es! ¡Y le aseguro, Jabina, que algún día me lo agradecerá!

— ¡El me llevará con papá y yo tendré que casarme con *lord* Dornach y lo odiaré a usted mientras viva! ¿Me oye? ¡Lo odiaré toda mi vida!

—Siento mucho eso— contestó el Duque—, pero no hay nada que pueda hacer al respecto.

—¡Haré una imagen suya, de cera, y le clavaré alfileres, y espero que ello le haga sufrir los tormentos del infierno!

El Duque no contestó y continuaron avanzando un poco más, sin hablar.

Por fin Jabina dijo en tono suplicante:

—Por favor, no me lleve ante el comisario. Si me deja en la hostería, encontraré otra persona que… me ayude. Tengo siempre muy buena suerte y la gente es… bondadosa conmigo.

¡El Duque pensó que había muchas probabilidades de que la gente fuera demasiado bondadosa, pero no en la forma que ella esperaba!

En voz alta dijo casi en tono de disculpa:

—Lo siento, Jabina. Tengo que llevarla ante el comisario. Si la dejara sola y sin protección, ello pesaría terriblemente en mi conciencia.

—¡Es usted infame!— exclamó Jabina desolada—. No imaginé que pudiera existir alguien tan cruel. ¡Si me tiro de un precipicio para no casarme con *lord* Dornach, será por su culpa, y ello sí que pesaría en su conciencia por el resto de su vida!

El Duque no contestó y de nuevo continuaron avanzando en silencio.

El viento había amainado un poco, pero caía una fuerte nevada. Suaves copos de nieve se estrellaban contra las ventanas y se adherían a ella, haciendo casi imposible ver hacia afuera.

El camino se había vuelto más accidentado y el carruaje se tambaleaba de un lado a otro, aunque los caballos seguían adelante.

El Duque se inclinó un poco y frotó la ventanilla en un intento por ver dónde se encontraban.

Casi había oscurecido ya, y se preguntó con cierta inquietud si llegarían a la hostería antes que anocheciera.

Como si leyera sus pensamientos, Jabina dijo:

—Tal vez nos quedemos atascados en la nieve. Moriremos congelados y, cuando nos encuentren, todos se preguntarán quién es la muchacha desconocida que murió junto a usted.

Jabina se echó a reír.

—¡Imagínese qué escándalo sería!— añadió—. ¡El distinguido Duque de Warminster muerto en los brazos de una anónima belleza escocesa!

—Como ya le dije antes, es demasiado vanidosa— repuso él.

—¿No le gusta el cabello rojo?

—No particularmente.

—Sé con exactitud qué tipo de mujer le gusta— dijo Jabina en tono de broma—. Una criatura tímida y callada como un ratoncito, que diga: "Sí, su señoría" y "No, Su Señoría". Que esté de acuerdo en todo con usted y que nunca demuestre la menor iniciativa propia.

—Cuando menos, con ese tipo de mujer no me habría visto envuelto en una situación como ésta— contestó el Duque.

—¡Claro que no! Pero imagínese qué aburrido sería vivir con ella. Sería como leer interminablemente uno de sus viejos libracos. No le reservaría ninguna sorpresa y lo mismo daría pasar al siguiente capítulo o releer el mismo, porque todo sería igual.

El Duque, volviendo la vista al paisaje, suspiró.

—Le aseguro, Jabina, que no tengo el menor deseo de embarcarme en esas aventuras que a usted parecen encantarle —dijo—. Sólo espero llegar sin problemas a la hostería.

—Preocuparse nn servirá de nada— contestó Jabina—. Lo que necesita es un cochero en quien tenga absoluta confianza, o conducir el carruaje usted mismo.

—Higman ha estado conmigo desde hace quince años— empezó a decir el Duque—. Realmente, Jabina, creo que dijo usted eso sólo para

enfadarme. Le juro que jamás había conocido a una jovencita más irritante que usted.

—Tiene suerte. Si su aburrida y medrosa novia estuviera aquí, no cabe duda de que, con el rostro bañado en lágrimas, se colgaría de su hombro como hiedra asustada.

El Duque iba a contestar cuando el coche dio un salto repentino y las ruedas parecieron atascarse en la nieve o en el lodo.

Se detuvo en un ángulo bastante precario y Su Señoria abrió la ventanilla más cercana a él.

Instantáneamente, empezaron a entrar copos de nieve arrojados por el viento.

El Duque asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué sucede, Higman?— preguntó—. ¿Estamos atascados? Apenas pronunció esas palabras, el carruaje, inesperadamente, se volcó…

# CAPÍTULO II

El Duque abrió los ojos y, por un momento, se le nubló la vista.

Entonces vio dos ojos verdes gris, bajo una cascada de rizos rojos y, con un gran esfuerzo, recordó dónde los había visto antes.

—¡Está despierto!— exclamó una voz con repentina alegría—. ¡Ah, qué gusto me da!

El Duque, acometido de repentina debilidad, cerró los ojos y al abrirlos de nuevo recordó la volcadura del carruaje y el dolor que le había producido un golpe en la cabeza, antes de perder el sentido.

—¿En dónde estoy?— preguntó, y se sintió aliviado de escuchar su propia voz, que sonaba casi normal.

—¡He estado tan preocupada por usted!— exclamó Jabina—. Pensé que no despertaría nunca. Al principio, llegué a pensar que estaba muerto.

—El carruaje se volco— dijo el Duque, con voz lenta, pero clara—. ¿Resultó alguien lastimado?

—Sólo usted. Tenía asomada la cabeza y supongo que se la golpeó contra una piedra. ¡El médico tuvo que darle seis puntadas!

El Duque trató de incorporarse y advirtió entonces que estaba en una cama, metido por completo entre las sábanas.

Dadas las circunstancias, se dijo a sí mismo, su mente parecía sorprendentemente despejada. Sin embargo, tenía la boca seca y sentía mucha sed.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Jabina dijo:

—¿No quiere beber algo? Tengo limonada aquí.

Le sirvió un vaso y se lo acercó. Poniéndole el brazo bajo la cabeza, la levantó lo suficiente para que él pudiera beber.

Mientras bebía, el Duque no pudo dejar de, advertir que el vaso era de cristal cortado, con un monograma grabado, y que las sábanas que lo

cubrían eran de fino lino.

Como le dolía mucho la cabeza al moverla, después de tomar un poco de limonada volvió a apoyarla contra las almohadas.

Recordó que Jabina estaba con él y haciendo un esfuerzo preguntó:

—¿Es ésta... una posada?

La habitación le pareció muy grande comparada con las que obtenían en las hosterías que daban servicio a la posta.

—No— contestó Jabina—. Estamos en la casa de *sir* Ewan y *lady* McCairn. Cuando el carruaje se volcó, uno de los labriegos de su propiedad pasaba por allí y fue a pedir ayuda.

—Eso me parece afortunado— murmuró el Duque y se quedó dormido.

Debieron pasar varias horas, pero cuando despertó de nuevo Jabina seguía a su lado.

Había luces encendidas en la habitación y las cortinas habían sido corridas sobre las ventanas.

Jabina se encontraba sentada junto al fuego y él sín que ella se diera cuenta, la observó por un momento, notando cómo las llamas hacían destacar el color rojo de su cabello.

Advirtió también que su figura era muy juvenil y graciosa.

El Duque no dijo nada, pero Jabina, instintivamente, comprendió que estaba despierto. Volvió la cabeza y sus ojos se iluminaron de placer al ver que él la estaba observando.

Se puso de pie y se dirigió hacia la cama.

—¿Se siente mejor?— preguntó—. El doctor estuvo aquí y parece satisfecho de cómo evoluciona su herida. Estima que, en uno o dos años, no se notará en absoluto.

—¿En uno o dos años?— repitió el Duque—. ¡Es una suerte que yo no sea vanidoso respecto a mi apariencia!

—En realidad— dijo Jabina con franqueza—, estaba pensando que se veía muy apuesto con una venda alrededor de la cabeza. Habría podido pasar, sin dificultad, por el héroe de una de las novelas que estoy leyendo.

—Es un papel que no me gustaría desempeñar— declaró el Duque con firmeza—. Y, tan pronto como me sienta bien, debo continuar mi camino

hacia el sur.

—Pasarán tres días antes que el doctor le permita levantarse. Tuvo mucha suerte de que la herida no hubiera sido peor.

— Dígame con exactitud qué sucedió— ordenó el Duque.

—Es bastante difícil recordarlo, debido a la excitación que se produjo, pero, a lo que parece, las ruedas del carruaje se hundieron en un hoyo bajo la nieve. Cuando el carruaje se volteó, cayó por fortuna sobre tanta nieve, que nada se rompió, ¡ni siquiera un cristal de las lámparas!

—¿Y los caballos?

—No les pasó nada. Estaban muy asustados, desde luego. Los cocheros los trajeron aquí y están ahora en las caballerizas, esperando a que continuemos el viaje.

El Duque enarcó las cejas.

—¿Continuemos?— preguntó.

Jabina, que estaba de pie junto a su cama, desvió la mirada. Se le veía inquieta, un poco turbada.

—¿Qué pasa?— preguntó él—. ¿Qué ha sucedido?

—Creo que se lo diré mañana— contestó Jabina—. Es sólo que…

Se detuvo.

—¿Sólo qué?

—No quisiera que hablara usted con nadie sobre… nosotros hasta que yo le haya dicho… algo.

El Duque trató de levantarse un poco sobre las almohadas, pero el esfuerzo hizo que le doliera la cabeza.

—¡Acérquese, Jabina! ¡Venga acá! Quiero mirarla.

Ella titubeó, como si fuera a negarse, pero luego volvió y avanzó dos pasos hacia él.

—Ahora— dijo el Duque, mirándola a la cara—, dígame qué está tratando de ocultarme, ¡porque me doy perfecta cuenta de que hay algo!

—Sería mejor que se lo dijera hasta que se sintiera bien.

—Estoy muy bien ahora— replicó el Duque—. ¡No soy tan débil como para que un golpe en la cabeza me deje inutilizado!—, fue una herida atroz, y sangró muchísimo. Pensé que se moría. Estaba aterrorizada, de verdad.

—Me lo imagino. Pero todavía estoy esperando escuchar lo que tiene que decirme.

Ella trató de alejarse, pero él extendió un brazo y la tomó de la muñeca.

—¡Dígamelo!— ordenó—. Presiento que algo anda mal y mientras más pronto lo sepa, será mejor.

Se sorprendió al advertir que Jabina se estremecía.

—Es que…— dijo ella titubeante—, cuando llegamos aquí… a la casa… a usted lo traían acostado… sobre la puerta que habíamos desprendido de sus goznes… y entonces *lady* McCairn… ¡me reconoció!

El Duque quedó inmóvil.

Aquello era algo que no esperaba.

—¿Quiere decirme que… la había usted visto antes?

—Sí, hace algunos años. Y ella conoce a mi padre, aunque ambos se detestan cordialmente.

—¡Ya veo!— dijo el Duque con lentitud—. A usted le resultó difícil explicar por qué estaba en mi carruaje. ¿Le dijo que había escapado de casa?

Se hizo el silencio.

—¿Qué le dijo usted, Jabina?— preguntó el Duque, aumentando la presión sobre la pequeña muñeca de ella.

Jabina titubeó aún un momento y luego las palabras estallaron en sus labios.

—¡Le dije que estábamos… casados!

—¿Casados?

El Duque se mostró tan asombrado que soltó la mano de Jabina y se quedó apoyado contra las almohadas, sin saber qué decir.

—No pude… hacer otra cosa— explicó Jabina—. No tuve tiempo de… pensar… no esperaba encontrarme con *lady* McCairn… y cuando ella me dijo “ Bina Kincarthie! ¿Qué haces aquí?”… me dejé dominar por el pánico.

—¡Así que dijo que estábamos casados!— exclamó el Duque.

—*Lady* McCairn preguntó entonces: “¿Quién es este hombre?” Y yo contesté: “¡Es mi esposo!”

El Duque meditó un poco en esas palabras y después replicó:

—Bueno, será mejor que yo vea a *lady* McCairn y se lo explique todo.

—¡No puede hacer eso!— exclamó Jabina—. ¡No puede! *Lady* McCairn le ha dicho a todos en la casa que estoy casada con usted. Me han asignado el cuarto contiguo y espera que yo lo cuide. Es el tipo de cosa que una esposa debe hacer.

—Mi querida niña— dijo el Duque—, sólo hay una forma de salir de este embrollo en que usted nos ha metido, y es decir la verdad.

—¿Y qué supone usted que *lady* McCairn pensará entonces?— preguntó Jabina—. Veníamos viajando juntos; íbamos hacia la hostería donde ambos pasaríamos la noche. No creo que ella considere correcta esa conducta de parte de usted… ¡y no digamos de mi parte!

Jabina hablaba con cierta sensatez, pero el Duque exclamó enfadado:

—¿Por qué diablos no dijo la verdad? ¿Cómo pudo ser tan tonta… tan increíblemente ingenua como para decir que estábamos casados?

—Como le he dicho… no tuve tiempo de pensar.

—Pero, sin duda alguna, *lady* McCairn le dirá a su padre que hemos estado aquí, ¿no?

Jabina se sentó a un lado de la cama.

—Mire, he pensado las cosas así— dijo con mucha seriedad—, *lady* McCairn detesta a mi padre y él la odia. Dice que es una vieja chismosa y maliciosa… ¡lo cual es cierto!

—¡Y eso nos ayuda mucho!— comentó el Duque con sarcasmo,

—Si yo le hubiera dicho que no estábamos casados, le habría encantado escribirle a mi padre sobre mi llegada aquí, pensando que él se sentiría muy mal al saber que su hija se estaba portando en forma incorrecta.

—¡Que es exactamente lo que está haciendo!— comentó el Duque enfadado.

—Por otra parte— continuó Jabina sin hacer caso de su comentario—, como ella piensa que estoy casada con un Duque, le molesta tanto que yo haya hecho un matrimonio tan bueno, que dudo que se lo mencione a nadie… ¡mucho menos a papá!

Había cierta lógica retorcida en todo ello, pensó el Duque. Al mismo tiempo, le horrorizaba la situación *en* la que Jabina lo había colocado.

—Nos iremos de aquí tan pronto esté usted mejor— continuó Jabina tratando de tranquilizarlo—. Cuando yo haya llegado a Francia y empiece a vivir con mi tía, todos se olvidarán de mi existencia. Después de todo, Escocia está muy lejos de las propiedades que usted tiene en Inglaterra.

—¡Todo esto es absurdo!— rugió el Duque—. Estoy seguro de que lo más sensato sería que yo fuera ahora mismo a decir a *lady* McCairn la verdad. Le informaré que sólo la estaba ayudando a Hacer un pequeño recorrido en mi carruaje y que antes de ayer no la había visto en mi vida.

—Estoy segura que *lady* McCairn jamás creerá una historia así. Se sentirá convencida de que usted me estaba raptando, o que había alguna razón criticable para que fuéramos solos, en un carruaje a hora tan avanzada. Es el tipo de persona que siempre piensa lo peor.

—¿Cómo es posible que un hombre— se preguntó el Duque a sí mismo —, se haya colocado en una situación como ésta, sólo por tener un gesto bondadoso y tratar de ayudar a una anciana?

Hubiera querido tomar a Jabina de los hombros y sacudirla con fuerza, pero ello significaba demasiado esfuerzo de su parte.

Sentada en su cama, observándolo con expresión temerosa, Jabina se veía, tuvo que reconocerlo, muy atractiva, lo cual no mejoraba en nada la situación.

Como él no dijo nada más, Jabina replicó después de un momento:

—¿Se da cuenta de que las explicaciones sólo empeorarían las cosas?

—¡No creo que nada pudiera ser peor que esto!— contestó el Duque con aire sombrío—. ¡En verdad ha logrado dañar mi reputación, Jabina, y en cuanto a la suya…!

—Nuestras reputaciones, por el momento, son tan puras como la nieve — lo contradijo Jabina—, y *lady* McCairn está ronroneando como una gata que acaba de comer, al pensar que tiene como huésped en su casa a un Duque.

Sonrió y el hoyuelo apareció a un lado de su boca.

—No tenía idea de que fuera usted tan importante. Me siento muy impresionada.

—¡Me alegra saberlo! ¡Tal vez ahora se decida a ser más cortés!

—Sigo pensando que es usted demasiado aburrido y estirado— dijo ella con franqueza—. ¡Cuando pienso que podría ser parte del grupo de la Casa Carlton, no me imagino cómo puede encontrar interesantes esos viejos libros polvorientos!

—Pensé que no aprobaba a los arribistas alemanes que constituyen ahora nuestra monarquía— comentó el Duque.

Jabina se echó a reír.

—¡Ese es un punto en su favor!— exclamó ella—. Pero, al mismo tiempo, las extravagancias, las borracheras, los juegos, las fiestas y los bailes deben ser muy entretenidos.

—¿Quién le ha estado diciendo todo eso? *¿Lady* McCairn?

—Ella es un manantial inagotable de ínformacíón acerca de todo y de todos. Conoce hasta el tamaño exacto de las propiedades de usted y cuánto dinero le dejó su padre al morir.

El Duque lanzó un gemido.

Se daba cuenta de que a aquella chismosa entremetida no le costaría ningún trabajo relatar, a cuanta persona se le pusiera enfrente, que había tenido como huésped al Duque de Warmínster y a su esposa escocesa.

—Supongo que *lady* McCairn preguntó cuándo nos casamos. Jabina se sonrojó.

—Tuve que decirle algo.

—Como ya conozco la fértil imaginación que usted posee, no creo que le haya sido difícil inventar una boda, una luna de miel, ¡y hasta un prolongado noviazgo!

Jabina se quedó callada y después de un momento el Duque dijo:

—La única solución es que nos vayamos de aquí cuanto antes y que esperemos que Lady McCairn se olvide de nuestra existencia.

—No creo que eso sea probable— murmuró Jabina—. Sin embargo, debo escapar de Escocia. ¡Tengo tanto miedo de que papá me dé alcance!

—Nada me complacería más— comentó el Duque.

Jabina vaciló un momento y luego preguntó con lentitud:

—¿No me… entregará al comisario?

—Creo que, por el momento, tal acción sólo desataría la publicidad que estoy tratando de evitar.

—¡Ah, ¡qué bueno!

Jabina casi dio un salto en la cama.

—Imaginé que cambiaría de opinión después del accidente. Yo lo cuidé… de veras. ¡Podía haber huido y dejarlo morir!

—A menos que mis dos sirvientes hubieran muerto también, no me imagino que su partida hubiera hecho mucha diferencia.

—¡Oh, deje de ser tan poco agradecido! Después de todo, fue una experiencia terrible, y sí yo hubiera sido esa novia aburrida y tonta que tanto quiere, me habría sentado a llorar.

—¿Qué hizo, entonces?— preguntó el Duque con curiosidad.

—Salí a rastras del carruaje y ayudé a los cocheros a sacarlo a usted del interior. Estaba herido, y los hombres no sabían qué hacer. Los caballos pateaban y relinchaban como locos, y las ruedas del carruaje daban vueltas en el aire. ¡Era una verdadera pesadilla!

Jabina vio que el Duque escuchaba con atención y continuó diciendo:

—Le quité en parte la sangre que le cubría la frente, y entonces le dije a su segundo cochero, que no estaba tan preocupado por los caballos como el primero, que moviera una de las lámparas del carruaje, de un lado a otro, en señal de que necesitábamos ayuda. Yo grité también y, casi como un milagro, apareció el labriego, que volvía del trabajo.

—¿Así que él le dijo dónde estábamos?

—Dijo que la casa donde trabajaba estaba bastante cerca. No supe, hasta que ya era demasiado tarde, que se trataba de la casa de *sir* Ewan y *lady* McCairn, o lo habría dejado llegar a usted solo.

—Lo dudo mucho. Usted estaba disfrutando de todo el drama. ¡Confiéselo, Jabina!

—Bueno, todo fue bastante emocionante— aceptó ella—, pero me sentía muy preocupada por usted. Sólo estaba yo para dar órdenes. Su primer cochero no hacía más que decir: “Su Señoria haría esto” y “Su Señoria haría lo otro”, pero yo le dije que Su Señoria no estaba en condiciones de hablar y que, por lo tanto, yo dispondría lo necesario. Fue a mí a quien se le ocurrió la idea de transportarlo acostado sobre una puerta.

—¿Por qué tuvieron que hacer eso?

—El labriego volvió con algunos hombres, pero. ellos no habían pensado' en traer algo en qué llevarlo. Hablaban de volver a buscar un carruaje. Pero estaba haciendo mucho frío y usted estaba tendido en la nieve.

Jabina sonrió.

—¡Desde luego, yo lo había cubierto con los dos tapetes de piel! ¡Pensé en eso también!

—Ya veo que es usted muchacha de recursos— admitió el Duque—, y supongo que esperará que yo me sienta agradecido.

—Sé muy bien que usted piensa que soy una tonta. Todo lo que estoy tratando de hacer notar es que otra mujer… el tipo de criatura temblorosa que a usted parece gustarle… habría sido del todo inútil en una emergencia.

La voz de Jabina estaba llena de desprecio al continuar diciendo:

—Por otra parte, los escoceses siempre estamos listos a improvisar, ¡y eso fue lo que yo hice!

—Así que debo darle las gracias.

—¿Ya no está… enfadado… conmigo?

—¡Estoy furioso! Pero no hay nada que pueda hacer al respecto, por el momento.

—Me imaginé que terminaría por ver las cosas con sensatez.

—¡Sensatez!— gimió el Duque—. No hay un ápice de sensatez en toda esta situación, pero ya que me ha colocado en esta situación, no veo qué otra cosa me queda por hacer, sino salir cuanto antes de aquí.

—Eso es lo que yo pienso— reconoció Jabina con satisfacción.

A la mañana siguiente, *lady* McCairn visitó al Duque. Era, pensó él, el tipo de mujer dominante a quien le encanta el chisme, la clase de mujer que detestaba.

En cierto modo, podía comprender por qué Jabina se apresuró a decirle que estaban casados, antes que confesarle la verdad.

*Lady* McCairn se sentía muy complacida, le aseguró al Duque, de haberle podido prestar ayuda.

En el espacio de unos minutos, mencionó los nombres de varios distinguidos personajes que ambos conocían y, valiéndose de una ligera

inflexión de la voz, logró dar la impresión de que le sorprendía la elección que el Duque había hecho para casarse.

Cuando salió de la alcoba, recomendando a Jabina que cuidara bien a su esposo para acelerar su recuperación, Jabina hizo un gesto a sus espaldas.

—¿Ve cómo es?— preguntó al Duque cuando se quedaron solos.

—Ya lo veo. Sólo confirma mi impresión de que no pudo haber sucedido nada más infortunado que haber tenido que aceptar su hospitalidad.

—Si el carruaje se hubiera volteado cerca de una hostería, nada de esto habría sucedido— se lamentó Jabina.

—No veo razón alguna para que se haya volcado. Higman es un cochero de mucha experiencia, pero desde luego, con los caminos que Escocia proporciona a los viajeros, no hay modo de saber lo que puede suceder.

—¡Los caminos de Escocia están en buenas condiciones la mayor parte del año!— replicó Jabina—, pero si los ingleses no fueran tan tontos como para viajar durante el invierno, en que hay nieve y vientos, no tendrían motivo de queja. ¡Ellos se lo buscan!

—Por eso quiero irme de aquí cuanto antes… es lo que trataba de hacer — dijo el Duque con paciencia—, pero no pude prevenir que iba a verme abrumado por alguien tan impertinente como usted, como compañera forzada de viaje.

—Bueno, he decidido dejarle tan pronto como hayamos cruzado la frontera— dijo Jabina, llena de dignidad—. Le aseguro que no tengo deseos de permanecer donde no soy bienvenida.

El Duque se echó a reír.

Cuando se enfadaba, Jabina parecía una gatita ofendida. Tendido en la cama, sin nadie más con quién hablar, empezaba a encontrar cada vez más difícil mostrarse tan airado con ella como hubiera querido.

La consideraba exasperante, pero al mismo tiempo, no podía evitar que lo divirtieran muchas de las cosas que decía.

La descripción que su padre había hecho de ella era muy apropiada: era una chica impetuosa e impulsiva, sin lugar a dudas; pero, al mismo tiempo, tenía buen corazón y era ingeniosa y divertida. A veces, el Duque se sonreía en la oscuridad al recordar alguna de sus ocurrencias, mientras ella dormía en el cuarto contiguo.

—Tenga cuidado con lo que dice frente a los sirvientes— le advirtió Jabina—. Han estado hablando con sus cocheros y, desde luego, fue una sorpresa para sus servidores saber que estábamos casados.

—¿La han interrogado las doncellas al respecto?— preguntó el Duque.

—No exactamente, pero pude adivinar que ya lo sabían. Les dije que había que mantener en secreto nuestro matrimonio, ya que usted no le había dado aún la noticia a sus familiares, que debían saberlo antes que nadie.

—Parece que la trama se complica más a cada momento— comentó el Duque con aire sombrío—. Desde luego, Higman y Clements deben haberse quedado estupefactos al oír que usted se estaba haciendo pasar por la Duquesa de Warminster, pues saben muy bien que nos conocimos apenas un día antes de nuestra llegada.

Comprendía que tendría que darles alguna explicación a sus propios sirvientes, pero por fortuna, el doctor le había dicho ese día que ya podía hacer planes para continuar el viaje.

Bastante pálido, aunque, como decía Jabina, con un aspecto interesante, bajó a cenar con una venda alrededor de la cabeza la noche anterior a su partida, logrando sortear con destreza las embarazosas preguntas que *lady* McCaírn le tenía preparadas.

Por fortuna, *sir* Ewan sólo parecía interesado en hablar de deportes, y el Duque se fue a la cama temprano, con el pretexto del viaje que tendría que iniciar al día siguiente, pudiendo escapar del implacable interrogatorio de su anfitriona.

Cuando llegaron a sus habitaciones, Jabina cerró la puerta tras ellos y dijo con un murmullo conspirador:

—¡No está muy convencida! Ya me imaginaba que, sin importar lo que les dijera, sus doncellas le iban a contar que los cocheros de usted decían que no estamos casados. Me preguntó casi una docena de veces en qué iglesia tuvo lugar la ceremonia y si mi padre estuvo presente. ¡Tengo la impresión de que piensa que nos fugamos!

—Déjela que piense lo que quiera— dijo el Duque furioso—, para mí toda esta situación es intolerable. Nos iremos mañana, y cuando estemos ya lejos, pensaremos qué historia inventar para el resto del mundo— sé detuvo

antes de añadir—, no creo que nadie con un poco de sentido común diera crédito a lo que *lady* McCairn dijera.

—La gente escucha aquello que quiere oír. Y a todos les gusta el escándalo. ¡Usted sabe eso tan bien como yo!

El Duque lo sabía muy bien, pero no estaba dispuesto a entrar en otra discusión en esos momentos.

—¡Váyase a la cama, Jabina!— dijo con decisión—. Necesita dormir para estar descansada. He dado órdenes para que partamos a la nueve en punto.

—No debe esforzarse demasiado el primer día— advirtió Jabina—. En realidad, ya he hablado con Higman, y él dice que si pasamos una noche en el. camino podríamos llegar a Berwick al mediodía del día siguiente. Le parece muy buena hora para que usted se embarque en su yate.

—¡Caramba, Jabina!— exclamó el Duque irritado—. ¿Quiere dejarme hacer a mí mis propios planes?

—Todavía soy su enfermera y, en apariencia, su esposa, hasta que nos separemos— contestó Jabina llena de orgullo—, y si usted le hablara en esos términos a cualquier persona de esta casa, le aseguro que se sorprendería mucho.

Habló con tal aire de dignidad ofendida que el Duque se sintió obligado a disculparse.

—Lo siento, Jabina Es sólo que *lady* McCairn me pone nervioso. Toda la situación me preocupa. No tengo mal carácter, en realidad.

—¡Lo perdono!— contestó Jabina con generosidad—, Buenas noches, Su Señoría.

Le hizo una reverencia muy formal y añadió con los ojos risueños:

—¿Está seguro de que no le gustaría que viniera más tarde a arreglarle las almohadas?

—¿Váyase a la cama!— dijo el Duque con firmeza, empujándola hacia la puerta que comunicaba sus habitaciones. Cerró la puerta tras ella y dio vuelta a la llave.

Se había dado cuenta muy bien, durante la cena, de lo precaria que era la situación en que ambos se encontraban.

Se podía imaginar cuál sería la reacción del padre de Jabina si recibía la noticia de que su hija estaba viajando a través de Escocia en compañía de un Duque con quien decía estar casada.

Y si alguno de sus amigos llegaba a enterarse de la posición en que ahora se encontraba, la considerarían muy divertida.

Su tranquila vida de hombre estudioso no había pasado desapercibida. Ni había podido evitar que sus contemporáneos criticarán en numerosas ocasiones su comportamiento.

—Ven a pasarla bien en Londres, John— le había rogado muchas veces Freddie, uno de sus amigos íntimos, con quien había estudiado en Oxford —. Te vas a volver un patán si vives más tiempo en el campo.

Freddie solía pintar también, con vívidos colores, los placeres que aguardaban al Duque.

—El Príncipe de Gales te recibirá con los brazos abiertos— le decía—. ¡A Su Alteza Real le gusta verse rodeado por todos sus Duques! ¡Y las lindas cortesanas los adoran!

Se había reído de los libros del Duque, añadiendo:

—Hay algunas nuevas Venus, que acaban de llegar del continente, que en poco tiempo barrerían todo el polvo acumulado en tus ojos con tanta lectura.

Pero el Duque se había negado a unirse al grupo de alegres jóvenes que, como Jabina había dicho con exactitud, giraban en torno a la Casa Carlton y al Príncipe de Gales. Jamás demostró el menor interés en las llamadas “elegantes impuras”.

Tenía sus propias razones para detestar el mundo social, pero, aunque no estaba dispuesto a divulgarlas, confirmaron su decisión de hacer sólo lo que deseaba: y vivir tranquilamente en el campo.

Lo que Jabina le había estado diciendo acerca de una novia serena y reposada no estaba lejos de la verdad.

Algunos años antes, había establecido cierta relación con la joven viuda de un bibliotecario al que había conocido en el curso de sus estudios. El hombre era un erudito y el Duque sostuvo una larga correspondencia con él.

Marguerite Blachett era una mujer tranquila, atractiva y bien educada, unos dos años mayor que el Duque. Sus suaves y gentiles modales, carentes

de pretensiones, le agradaron desde el primer momento que puso los ojos en ella.

A la muerte de su esposo, el Duque había ido a visitarla para ofrecerle sus condolencias y descubrió que conocía temas que a él le interesaban casi tan bien como al que había sido su marido.

Comenzaron por intercambiar correspondencia, pero como ella vivía a sólo unos once kilómetros del hogar ancestral del Duque, él empezó a visitarla.

El suyo fue un idilio tranquilo, casi exento de pasión. La urgencia de contacto físico había surgido de ella. A él, a su vez, le atraía la viuda y le agradaba poder hablar con alguien de los temas de literatura que tanto le interesaban.

Acostado en la cama, el Duque no pudo menos que pensar en lo diferente que era Marguerite de Jabina, en todos sentidos.

Su amante, si ése no era un término exagerado para alguien a quien consideraba casi tan sólo como a una grata compañera, casi nunca hablaba sin pensar.

Nunca se comportó impulsivamente, y medía muy bien las consecuencias de sus actos.

El Duque sabía muy bien que Marguerite jamás aprobaría a alguien como Jabina. Consideraría su naturaleza impulsiva tan ajena a su propio modo de ser, que las dos mujeres no tendrían nada en común.

Y, en cuanto a la opinión de Jabina respecto a Marguerite, él sabía demasiado cuál sería.

Sólo esperaba que Marguerite no se enterara de sus aventuras en Escocia, porque la habría lastimado, sin duda, la idea de que él pudiera haberse casado sin decírselo primero.

Se preguntó cómo podría nunca explicarle a ella, y mucho menos a sus otros amigos, que el matrimonio estaba muy lejos de sus pensamientos y que no tenía la menor intención de atarse a ninguna mujer, en ningún momento.

Era extraño que un hombre joven como él hubiera decidido en forma tan irrevocable y firme que jamás se casaría. Tenía sus razones para ello, aunque nunca se las había confiado a nadie.

Estaba muy contento con su manera de vivir y no se sentía solitario en su enorme mansión. No anhelaba ver sentada una esposa en el extremo opuesto de la mesa.

Tampoco le perturbaba el hecho de no tener nunca un hijo que heredara sus posesiones y su título.

Intentaba permanecer soltero. Había escogido su forma de vida, la cual, se dijo, le sentaba a la perfección. Todo en su existencia estaba muy bien ordenado.

En resumen, a menos que el techo se le cayera encima, lo cual era muy poco probable porque lo hacía inspeccionar a intervalos regulares, la probabilidad de que en la Casa Warminster sucediera algo inesperado era, en términos de carreras de caballos, de cien contra una.

Sin embargo, se preguntaba ahora, ¿cómo pudo ocurrir que surgiera esta increíble situación en un viaje ordinario a Escocia?

Debía encontrar la forma de resolver ese problema lo más pronto posible. Ello, se dijo, no era tan difícil como parecía.

Llevaría a Jabina, como ella le había pedido, hasta la frontera. Después procediendo con firmeza, dejaría que se las arreglara sola.

Sin embargo, recordó que, antes del accidente, le remordía la conciencia permitir que una jovencita inocente hiciera sola el viaje hasta Londres y cruzara después el Canal para internarse en Francia.

¿Debía buscarle, tal vez, una compañera de respeto?

Al punto descartó tal idea, pues ello significaría involucrarse una vez más.

Si contrataba a una respetable anciana para que acompañara a Jabina a su viaje, como era lo adecuado, habría que dar muchas explicaciones. También tendría que hacerle comprender a Jabina por qué necesitaba una persona así.

Le parecía que todo amenazaba la privacidad y la independencia que caracterizaban su vida.

«¡No es asunto mío!», se repitió a sí mismo.

Sin embargo, la idea de que Jabina partiera sola para Francia, con las joyas de su madre prendidas en el vestido, le parecía patética.

«Las jóvenes de la actualidad son muy capaces de cuidarse solas», pensó.

Entonces recordó la inocencia que reflejaban los ojos de Jabina y el hoyuelo que aparecía junto a su boca cada. vez que sonreía.

«¡Deja de pensar en esa muchacha!», se dijo con severidad. «¡Ya te ha metido en suficientes problemas! Haz sólo lo que ella te ha pedido. Ponla en camino a Londres *y* tú vuelve a casa por mar».

Era un buen consejo, y se propuso seguirlo, por mucho que a Jabina le doliera, y por incómodo que lo hiciera sentirse a él su conciencia.

«¡Debía regresar y dejarla en el mesón *"El Guaco y el jilguero»,* volvió a recriminarse!

¿Por qué diablos se había dejado convencer para llevarla más adelante?

Al hacerse esa pregunta, el Duque encontró la respuesta en el hecho de que conocía a pocas mujeres jóvenes.

Le parecía absurdo, pero al pasar revista a todas sus relaciones sociales, no pudo recordar cuándo había hablado a solas con una muchacha por última vez, o cuándo había recibido a alguna en Warminster.

Las pocas reuniones que había tenido en su casa, fueron siempre para hombres solteros de su edad.

Cuando, de vez en cuando, hospedaba a sus familiares, se veía obligado a invitar a algunas amistades para que los conocieran. Pero los invitados casi siempre eran parejas mucho mayores que él —Estás metido en la rutina, John. Es tiempo ya de que salgas de ella— podía escuchar a Freddie gritar—. Ven a Londres y conoce a las "incomparables" que adornan los bailes de la alta sociedad, y a las "impuras elegantes" que pululan en los clubes nocturnos.

—Prefiero quedarme aquí —les contestaba invariablemente el Duque.

—¡Eso no es natural! ¡Te volverás un tipo aburrido antes de cumplir treinta años! —respondía Freddie.

El Duque se reía de él; pero ahora, al recordar que Jabina lo había calificado de estirado y aburrido, se preguntó si tanto ella como Freddie no estarían en lo cierto.

«Soy lo que quiero ser», se dijo con obstinación, aunque con menos convicción que antes.

De nuevo, se revolvió inquieto en la cama.

Quería dormir. Necesitaría de todas sus fuerzas al día siguiente para poder resistir las sacudidas del viaje por los difíciles caminos de la región.

Jabina, en la habitación de al lado, estaría durmiendo muy tranquila. Sin duda se vería muy joven y muy inocente, pensó. ¡Entonces se dijo con furia que no le interesaba en lo más mínimo cómo se viera!

El Duque*, sir* Ewan y *lady* McCairn habían terminado de desayunar antes que Jabina apareciera. Entró en la habitación como un pequeño torbellino, hizo una reverencia a su anfitriona y se deshizo en disculpas.

—Pensaba levantarme muy temprano, pero me quedé dormida— explicó —. Me volví a dormir después de que ya me habían llamado. ¿Pueden imaginar algo más desesperante?

—Debiste pedirle a tu esposo que te despertara— dijo *lady* McCairn—. ¡Te aseguro que me sería muy difícil dormir, una vez que *sir* Ewan ha decidido que debo levantarme!

Habló en una forma un poco insinuante, que le reveló al Duque con claridad, que estaba tratando de asegurarse que él y Jabina habían dormido en la misma cama la noche anterior.

Jabina no parecía darse cuenta de la curiosidad de su anfitriona.

—A mí me cuesta mucho trabajo levantarme por las mañanas— confesó —. ¡Y en las noches no querría irme a la cama nunca!

—Según tengo entendido, Su Señoria no se desvela en Warminster— dijo *lady* McCairn—. De hecho, a diferencia de la conducta alocada y reprensible de la mayor parte de los aristócratas londinenses, sé que sil señoría lleva una vida por demás disciplinada.

—¡Eso es cierto!— comentó el Duque—. Y ahora, si usted me perdona, señora, voy a ver que todo esté listo para nuestra partida.

Salió del comedor y *lady* McCairn se volvió hacia Jabina.

—No podías haber hecho mejor elección, querida mía. Llevarás una vida tranquila y ejemplar en Warminster y el Duque será, estoy segura, un marido excelente, digno de confianza.

—Tal vez no sea tan aburrido como parece— dijo Jabina sin pensar y vio el asombro que reflejaba el rostro de *lady* McCairn.

—Estoy segura, querida niña, de que no sabes lo que dices. Los ojos de *lady* McCairn, brillaron y Jabina comprendió demasiado tarde que aquella mujer repetiría sus palabras a cuanta persona se tropezara en su camino.

«¡Debe pensar que me casé con él sólo por el título!», se dijo Jabina, pero ya no podía retirar lo que había dicho.

Terminó de desayunar a toda prisa, pensando en que debía frenar mejor su lengua.

Salió del comedor y en lo alto de la escalera que conducía a la puerta del frente, encontró al Duque, que la estaba esperando.

Como en la mayor parte de las casas escocesas, las habitaciones principales estaban en el primer piso y la amplia escalera de piedra les permitió bajar a los tres juntos, mientras *sir* Ewan los seguía detrás.

—No he tenido oportunidad, señora— dijo el Duque con agradable expresión—, de decirle lo encantadora que me parece su casa. Veo que tiene algunos interesantes retratos familiares en sus muros.

—Estamos muy orgullosos de nuestra colección de retratos de familia— dijo *lady* McCairn—. Este es el jefe dela tribu que peleó contra los daneses.

Su desnudo dedo señaló una pintura mal ejecutada y que necesitaba una buena limpieza.

—¡Un hombre magnífico!— comentó el Duque.

—Y aquí está el primer baronet, que recibió el título, por supuesto, después de que nuestro Rey Jaime VI se volvió Jaime I de Inglaterra. Y ésta es su esposa, una linda criatura que le dio nada menos que catorce hijos, de los cuales sobrevivieron diez.

—¡Admirable!— murmuró el Duque.

Bajaron uno escalones más y entonces *lady* McCairn dijo:

—Esta es nuestra antepasada más romántica y su esposo.

—¿Por qué romántica?— preguntó Jabina, interesada por el adjetivo.

—En la rebelión del 45, el jefe McCairn que vimos en el retrato había llegado a un entendimiento con los ingleses, que concedieron a él y a su clan inmunidad.

—¿Y la dama?— preguntó Jabina.

—Jean Ross era una vecina a la que los ingleses descubrieron espiando a sus tropas. ¡Fue traída aquí al castillo y condenada a muerte!

—¿Qué sucedió?— preguntó Jabina, con los ojos iluminados de interés.

—Cuando la sacaron del gran vestíbulo donde había tenido lugar el juicio, sirAngus McCairn, el jefe de la tribu, quien se había enamorado locamente de ella, habló.

—¿Qué dijo?— preguntó Jabina llena de excitación.

—Dijo: “ ¡No pueden matar a esta mujer, porque es mi esposa!”

—¿Y eso la salvó?— preguntó Jabina.

—Por supuesto— contestó *lady* McCairn—. Los ingleses habían garantizado inmunidad a Sir Angus y su clan.

—Pero, ¿no descubrieron los ingleses que el matrimonio no existía?

*Lady* McCairn se echó a reír.

—Vamos, Jabina, no me digas que no conoces nuestras propias leyes. El Matrimonio por Declaración, frente a testigos, es completamente legal en Escocia y en cuanto Sir Angus habló, él y la hermosa Jean quedaron convertidos, de hecho, en marido y mujer.

Hubo un momento de silencio y Jabina se dio cuenta de que el Duque se había quedado inmóvil, como petrificado.

—Estoy segura de que Su Señoria conoce nuestras costumbres escocesas —continuó Lady McCairn en tono casual—. _Por ejemplo, sí usted y Jabina no se hubieran casado antes de hospedarse con nosotros, ahora quedarían convertidos, en forma legal e irrevocable, en marido y mujer.

Había un brillo de malicia en los ojos de *lady* McCairn, como si sospechara la verdad.

Ni Jabina ni el Duque hablaron hasta que llegaron a la puerta del frente.

—Adiós, Jabina— dijo *lady* McCairn—. Ha sido un placer tener a tu esposo y a tí con nosotros, y espero que cuando vuelvan a visitar Escocia nos den oportunidad de brindarles de nuevo nuestra hospitalidad.

—Es usted muy bondadosa— murmuró Jabina.

El Duque estrechó la mano de *sir* Ewan y después la de *lady* McCairn. El también expresó su agradecimiento y subió al carruaje con Jabina.

Los lacayos les cubrieron las piernas con tapetes de piel y el calentador de pies fue colocado, ya caliente, en el piso del carruaje.

Higman fustigó a los caballos con el látigo y éstos se lanzaron al largo recorrido que se extendía frente a ellos.

El Duque no habló.

Jabina lo miró de soslayo.

Había echado hacia adelante la cuadrada mandíbula y apretaba los labios llenos de furia.

Después de algunos momentos, no pudiendo soportar por más tiempo aquel largo silencio, Jabina dijo en una vocecita que era poco más que un susurro:

—Lo… siento.

# CAPÍTULO III

El Duque no contestó. Luchaba por controlar su ira. Nunca, en toda su vida, se había sentido tan capaz de golpear a alguien o de lanzar juramentos desenfrenados.

No podía creer que fuera verdad que él, que había decidido de manera irrevocable no casarse jamás, se encontrara de pronto unido en matrimonio a una muchacha de la que sabía muy poco y a la que consideraba del todo irritante.

Un acceso de rabia impotente lo hizo ver todo rojo a su alrededor. Estuvo a punto de tomar a Jabina por los hombros y sacudirla hasta que le castañetearan los dientes.

Pero luego, echando mano de la lógica con que trataba de controlar todos sus actos, comprendió que no lograría nada con ello.

Lo que había sucedido no podía cambiarse, por el momento, y aunque esperaba encontrar alguna escapatoria legal, no podía pensar en otra cosa excepto en el hecho de que su esposa, la Duquesa de Warminster, estaba sentada a su lado.

Su expresión era tan feroz y tan sombría que Jabina guardó silencio, impresionada.

No estaba acostumbrada a tratar con personas emocionales.

Su padre era un hombre agrio y seco, que después que murió su esposa, se había comunicado con Jabina sólo a base de monosílabos.

Jabina había evitado dejarse vencer y deprimir gracias a su entusiasmo innato y a su fértil imaginación, cualidades que la había ayudado a sobrellevar la soledad de su vida.

La casa de su padre se encontraba en el centro de sus propiedades y el pueblo más cercano estaba a cinco kilómetros.

Con sólo viejos sirvientes con quienes hablar, Jabina, hambrienta de contacto humano, encontraba consuelo en un mundo poblado por sus propias fantasías.

Como ansiaba emociones, hacía de todas las cosas una aventura.

La primera flor silvestre de la primavera era para ella motivo de tremenda excitación. Un fuerte viento que soplara a través de los páramos, se convertía, en su mente, en un tifón que levantaría el techo de la casa y los dejaría expuestos a los elementos, temblando de frío en sus camas.

Cuando salía a cabalgar, se imaginaba a sí misma como uno de sus antepasados, que marchaba a la batalla contra los ingleses.

Otras veces, cuando volvía a casa, era la hija de un jefe escocés que huía de los vikingos que querían secuestrada y llevarla allende los mares como su prisionera.

Cuando no estaba estudiando, pues su padre había insistido en que recibiera una buena educación, se dedicaba a leer y, desde luego, los libros que más la emocionaban eran las novelas románticas de todo tipo.

Se identificaba con las heroínas y vivía sus aventuras; suspiraba y derramaba lágrimas con ellas. Y si, como sucedía con frecuencia en los libros, la heroína moría con el corazón destrozado, Jabina sentía que su existencia misma había concluido.

Vivía una vida ficticia y, de haberlo sabido, el Duque habría comprendido el motivo de las habituales exageraciones de Jabina y su pasión por todo lo dramático.

Pero nada de lo experimentado a través de los azares padecidos por las heroínas de ficción, o de lo que había aprendido de historia, la preparó para verse sentada en un carruaje trepidante, junto a un hombre enfurecido al punto de la violencia y los labios apretados de ira.

Hubiera querido explicarle que, desde luego, se había olvidado por completo de que el Matrimonio por Declaración era una forma legal de casamiento en Escocia.

Había oído hablar y leído sobre ella. Pero cuando dijo, en respuesta a la pregunta de *lady* McCairn, que el Duque era su esposo, no intentó, ni por un segundo, que aquello fuera otra cosa que una falsedad pasajera.

Una mentira mediante la cual podía ganar tiempo para escapar de una desagradable situación: la habrían encontrado sola, en un carruaje dañado, acompañada de un hombre joven.

La única experiencia que había tenido Jabina con los hombres, o con la sociedad en General, tuvo lugar el año anterior, cuando tres meses después de cumplir diecisiete años, su padre la llevó a Edimburgo, para la temporada social.

Ahí, como debutante, había sido invitada a bailes y reuniones y en aquella ocasión descubrió que los hombres la encontraban atractiva, pero los jóvenes que conoció le parecieron torpes y poco refinados.

Conoció, sin embargo, a otros hombres mayores que la adularon y la colmaron de cumplidos.

Jabina estuvo, durante toda esa temporada, acompañada de personas de respeto y vigilada día y noche. ¡Su padre había tenido buen cuidado de ello!

Sin embargo, cuando volvió a casa, había adquirido mayor confianza en sí misma. Había aprendido, además, que más allá del mundo solitario y aburrido en el que ella vivía existía otro mundo, pletórico de emociones.

La visita a Edimburgo le enseñó también cómo manejar a su padre con un poco más de habilidad que en el pasado.

Comprendió que a un hombre se le podía halagar y convencer para que hiciera algo que una mujer deseaba, y había logrado convencerlo para que consintiera en llevarla de nuevo a Edimburgo el próximo mes de mayo.

Pero entonces, como una bomba, llegó la proposición de *lord* Dornach.

Jabina casi no se. había percatado de la existencia de aquel hombre. Era amigo de su padre, al que acompañaba a las cacerías y solía visitarlos cuando iba a Edimburgo o a ver a otros amigos en las cercanías.

A Jabina le parecía un hombre aburrido de un carácter casi tan agrio como su padre.

Lo consideraba sólo como un amigo de la familia y, cuando un día Sir Bruce le ordenó que fuera a su estudio, después que *lord* Dornach se marchó, obedeció a toda prisa, sin imaginar lo que le esperaba.

—Tengo algo de gran importancia que decirte, Jabina —había dicho su padre después de aclararse la garganta.

—Sí, papá. ¿Qué es?

—*Lord* Dornach me ha pedido tu mano en matrimonio y yo se la he concedido en nombre tuyo.

Por un momento, Jabina pensó que no podía haber escuchado bien, o que su padre le estaba jugando una broma cruel. Luego, cuando el impacto de lo que él había dicho golpeó con fuerza su mente, lanzó una exclamación de horror.

—¿Casarme con *lord* Dornach, papá? jamás en mi vida!

—No intento discutir ese asunto contigo, Jabina— contestó su padre—. He prestado seria consideración al asunto y creo que Su Señoria es, exactamente, el hombre que te conviene para marido. Me alegrará mucho saber que estás en manos tan seguras.

—Pero es viejo, papá… demasiado viejo para casarse con alguien de mi edad…

—Esa es cuestión de opinión. Eres muy voluble, Jabina y, te repito lo que te he dicho siempre: demasiado impetuosa e impulsiva. Necesitas un hombre mayor para protegerte.

—¡Yo no quiero protección!— dijo Jabina casi gritando—. ¡Yo quiero casarme con alguien a quien ame! Alguien con quien pueda divertirme.

—No hay nada más que decir, Jabina— le había dicho *sir* Bruce con frialdad—, *lord* Dornach vendrá a visitarte mañana, lo recibirás con amabilidad y confirmarás mi decisión de convertirte en su esposa.

—¡No lo haré! ¡No me casaré con él!— gritó Jabina, golpeando el piso con el pie.

—No me hables de esa manera— dijo *sir* Bruce en tono helado—. Ve a tu cuarto, Jabina, y quédate ahí hasta que te sientas en mejor estado de ánimo. Eres una jovencita en extremo afortunada y no hay nada que decir acerca de este asunto.

—No me casaré, papá— dijo Jabina con los dientes apretados.

—¡Harás lo que yo te ordene!— contestó *sir* Bruce—. Soy tu padre y me debes obediencia.

Sir Bruce salió de la habitación cerrando la puerta tras él y Jabina se dejó caer, temblando, frente a la chimenea en la que ardía un buen fuego.

Le tenía miedo a su padre. Siempre se lo tuvo. Y, desde la muerte de su madre, él se había vuelto aún más inaccesible.

Ni siquiera su madre había logrado nunca hacerlo cambiar de opinión una vez que tomaba una decisión.

Jabina había sabido, por la inflexión de su voz y la determinación de su mirada que, a pesar de la oposición que ella demostrara, terminaría por llevarla al altar para casarla con *lord* Dornach.

Se llevó las manos al rostro con desesperación.

¿Cómo podría soportar una cosa así? ¿Cómo podría tolerar, no sólo a aquel hombre, a quien detestaba, sino la vida que tendría que llevar como su mujer?

Conocía el Castillo Dornach. Era un edificio de piedra, frío e imponente, con gruesos muros de un metro de espesor y habitaciones sombrías y oscuras, apenas un poco mejores que los calabozos que albergaba en los sótanos.

Se imaginó a *lord* Dornach acariciándola y se sintió sacudida por un temblor de miedo que jamás había experimentado.

Él era tan sombrío y temible como su castillo.

Tenía la impresión de que, una vez que se viera encerrada en aquel lúgubre lugar, lanzaría gritos de pavor que nadie escucharía.

—¡No puedo casarme con él… no puedo!— murmuró para sí misma.

Sin embargo, al día siguiente, cuando Dornach fue a visitarla, no pudo desafiarlo, como deseaba.

Con su padre presente, se había limitado a permanecer de pie, bajos los ojos, sintiendo que *lord* Dornach deslizaba un pesado anillo de brillantes en su dedo.

Había pertenecido a la madre de él y Jabina no pudo menos de notar que necesitaba limpiarse y que la montadura era pesada y bastante fea.

—Estoy seguro de que seremos muy felices— había dicho *lord* Dornach con aire solemne, después de pensarlo unos minutos.

—Mi hija es muy tímida— dijo *sir* Bruce al ver que Jabina no contestaba—. No es de sorprender, considerando el honor que Su Señoria le ha conferido.

*Lord* Dornach había bajado la mirada hacia el rostro pálido de Jabina y, por un momento, ella pensó en suplicarle que la liberara de la obligación de convertirla en su esposa.

Entonces, cierto instinto recién adquirido con respecto a los hombres, le reveló que *lord* Dornach no accedería a sus ruegos. No era nada que él hubiera dicho.

Fue sólo cierto brillo que advirtió en el fondo de sus ojos y que la asustó más que si la hubiera tomado en sus brazos.

Comprendió desolada que, aunque ella nunca le había prestado a él la menor atención, él sí se había fijado en ella.

No podía equivocarse respecto al sentimiento que él le inspiraba.

En Edimburgo, había empezado a notar ciertas reacciones, cuando los hombres le tomaban la mano demasiado tiempo, o se le acercaban demasiado al hablarle.

Le había agradado provocar emociones que no alcanzaba a comprender del todo, pero lo que resultaba divertido proviniendo de un joven, le parecía repulsivo en un hombre lo bastante viejo para ser su padre.

Sintió el loco impulso de volverse y escapar a toda prisa de allí. Sólo cuando volvió a quedarse sola y su padre se llevó a *lord* Dornach a las caballerizas, comprendió lo que debía hacer.

Le había tomado algún tiempo poner su plan en acción.

Primero, había pensado simplemente, marcharse de casa y dirigirse a Edimburgo, trataría que alguna de las muchachas con las que había trabado amistad durante la temporada anterior le diera alojamiento.

Pero comprendió que su padre la haría regresar y que la situación, no sólo no cambiaría, sino que empeoraría: la mantendría más encerrada que antes, celosamente vigilada, hasta el día en que la conducirían a la iglesia para casarla con *lord* Dornach.

Fue entonces que recordó a su tía, la hermana de su madre, a quien había amado tanto cuando era niña. Vivía en Niza, un refugio seguro en el que su padre no la encontraría jamás.

Tenía la impresión, aunque no podía estar segura, de que su padre no conocía la dirección de su tía.

Ella no se había comunicado con él desde la muerte de su hermana, pero solía escribir a Jabina en el cumpleaños de ésta, y en Navidad.

Algunas veces, también, antes que la guerra lo prohibiera, llegaban regalos de Francia que emocionaban mucho a Jabina.

«Tía Elspeth comprenderá», se dijo Jabina, «que no puedo casarme con un hombre como *lord* Dornach, a pesar de lo rico e importante que pueda ser".

Tenía la impresión de que, una vez que llegara al lado de su tía, podría encontrar en el sur de Francia al joven de sus sueños.

Debía ser apuesto y sonriente. Un hombre con brillo de travesura en los ojos, y que le hablara, no sólo de la admiración que le causaba su belleza, sino de su amor.

Quería oír decir a alguien todas las cosas que jamás había escuchado en su hogar. Quería ser halagada y sentir, una y otra vez, la extraña emoción que le estrujaba la garganta cuando un hombre le decía: "¡Eres preciosa!"

¡Y ahora se encontraba casada con un hombre que le había hecho comprender, con absoluta claridad, que la detestaba! Aquel pensamiento le resultaba insoportable.

Por un momento, pensó en decir a gritos que ella nunca había querido que tal cosa sucediera y que no podía resistir la idea de lo que le esperaba en el futuro.

El Duque no era, en ningún sentido, el hombre de sus sueños.

Cuando recordaba su actitud estirada e intransigente, la forma en que criticaba el modo exagerado de hablar de ella y, por si fuera poco, su huida de casa, Jabina decidió que el destino le había jugado una mala pasada.

Había escapado de *lord* Dornach para caer en una versión joven del mismo tipo de hombre.

"¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?"

Las ruedas del carruaje, al avanzar por los descuidados caminos, parecían repetir aquellas palabras una y otra vez.

En aquel instante, se le ocurrió una idea.

—¿Usted cree…?— empezó a decir en voz alta.

El Duque se volvió a mirarla por primera vez.

Instintivamente, Jabina se encogió, y se acurrucó en un rincón del carruaje.

El rostro del Duque estaba contorsionado por la rabia. Este no era el mismo hombre flemático y tranquilo, aunque pomposo y aburrido, que encontró al principio.

Era un hombre airado, de mirada relampagueante, que le decía con voz áspera:

—¡Tenga la bondad de guardar silencio! ¡Discutiremos esto cuando yo haya tenido tiempo de pensar en ello! Por el momento, ¡no deseo oír su voz parlanchina, ni sus tontos comentarios!

Volvió el rostro y miró hacia el frente y guardó silencio.

Continuaron el viaje sin hablar hasta que, al mediodía, entraron en el patio de una posada.

El Duque descendió del carruaje y solicitó una sala privada. Pero le dijeron que no había ninguna disponible y que, si él y Jabina deseaban comer, tendrían que hacerlo en el comedor General, donde ya había bastantes personas.

Jabina se alegró de no tener que sentarse con él a solas, en silencio, o escuchar sus expresiones de furia contra ella.

Llevada de sus cambiantes estados de ánimo, después de sentirse muy deprimida debido a la ira del Duque, se sintió un poco mejor al observar que tenía apetito.

Como de costumbre, el menú consistía de caldo escocés, carnero duro y un pudín pesado como el plomo.

Pero habla un queso excelente y Jabina, con el sano apetito de la juventud, comió con gran entusiasmo.

Notó que el Duque apenas probaba la comida y que bebía con expresión desolada el vino de mala calidad, el mejor que la posada podía proporcionar.

Tenía la impresión, y estaba en lo justo, de que al Duque debía dolerle la cabeza, debido a los bruscos movimientos del carruaje.

Pero él le había ordenado que no hablara y, con un gran esfuerzo, Jabina contuvo las palabras que asomaban a sus labios y permaneció en silencio.

Se consoló observando a la gente que la rodeaba, inventando, como de costumbre, historias sobre ellas.

Ella y el Duque se veían fuera de lugar entre los labriegos y pastores mal vestidos, o entre los relamidos agentes viajeros, que formaban la mayor parte de la clientela restante.

Una hora después de su llegada, volvieron a ponerse en marcha, y ahora no había la menor duda de que el Duque estaba sufriendo.

Se recostó en el rincón del carruaje y cerró los ojos, pero su expresión de enfado persistía. Jabina, lo contempló un instante, un poco inquieta.

Continuaron avanzando. El viaje le pareció a ella interminable, pero al fin, cuando el sol empezaba a ocultarse, se detuvieron en una hostería, a todas luces mejor que las que les habían tocado en suerte hasta entonces.

La esposa del mesonero, una mujer de unos cincuenta años, se dio cuenta de que pertenecían a la aristocracia desde que los vio. Los condujo a una salita privada, donde ardía un enorme leño en la chimenea, provista de cómodos sillones frente al fuego.

—Me imagino que querrá dos habitaciones, señor: una para usted y otra para su hermana— dijo la mujer al Duque después de observar furtivamente el dedo izquierdo de Jabina y ver que no llevaba anillo de casada.

—Sí. Eso es lo que necesitamos— contestó el Duque a toda prisa.

—Hay dos en el primer piso que de seguro les gustarán. Si me acompaña, señorita, me imagino que querrá lavarse y arreglarse un poco antes de la cena, que les será servida inmediatamente.

Como sabía que la gente del campo cenaba a las cinco de la tarde, Jabina siguió a la mujer obedientemente y subió con ella una escalera para encontrarse dos habitaciones agradables, de techo bajo y con cómodas camas y chimeneas, en las que el fuego fue avivado de inmediato.

Le trajeron agua caliente y, después de que se hubo lavado y cambiado de vestido, bajó, un poco titubeante, por la escalera de roble pulido, hacia la salita privada.

Notó que el Duque se había cambiado la corbata y la ropa de viaje y que llevaba ahora otro de los trajes de chaqueta oscura y sencilla, que le recordaban más a un ministro de la Iglesia que a un caballero de la aristocracia.

Estaba bebiendo una copa de coñac cuando ella apareció. Se puso un momento de pie, pero se sentó de nuevo en cuanto ella se acercó al fuego para extender las manos heladas hacía él.

—La esposa del mesonero —dijo el Duque por fin—, pensó que era usted mi hermana y creo que, dadas las circunstancias, es mejor dar esa impresión. Los sirvientes, por desgracia, ya le han dicho mi nombre. Será mejor que ella piense que nos une ese parentesco por el breve tiempo que estaremos aquí.

Jabina no tuvo oportunidad de decir nada al respecto, porque en ese momento se abrió la puerta y empezaron a servir la cena. Esta resultó una sorpresa por la buena calidad.

En lugar del carnero duro que habían comido antes, les sirvieron un tierno filete de ternera, gordos pichones rellenos de setas, y un exquisito jamón del que el Duque comió doble ración. Saborearon también una buena selección de golosinas y pudines, seguidos por tres quesos, el mejor de ellos hecho con leche de cabra.

El mesonero sacó de su bodega una botella de clarete que el Duque encontró bastante agradable. Cuando terminó la cena, Jabina imaginó que el Duque debía sentirse de mejor humor.

No estaba muy segura, porque seguía teniendo el ceño fruncido, y aunque había desaparecido de su rostro la expresión de furia, su mentón se erguía amenazador y duras líneas surcaban su boca.

Cuando al fin terminaron de cenar y la mesa fue despejada, el Duque se levantó para sentarse junto al fuego con una copa de vino en la mano.

Un poco nerviosa, Jabina se sentó en una silla frente a él.

—Y ahora— dijo él con una nota aguda en la voz—, supongo que tendremos que discutir esta intolerable situación en la que nos encontramos.

—Yo… lo siento… mucho— dijo Jabina de nuevo.

—Debo admitir que me parece incomprensible que haya pasado por alto el resultado que se derivaría de sus mentiras. Todavía estaba muy enfadado, pensó Jabina, y se le encogió el corazón.

—Me había. . olvidado… por completo… de esa ley. —¿Usted la conocía?

—Ss-í —contestó Jabina—, pero nunca había sabido de nadie que se hubiera casado por declaración, y cuando le aseguré a *lady* McCairn que estábamos casados, lo dije sin… pensar.

—¡Con resultados desastrosos!

—Debe ser… posible liberamos… de algún modo— dijo Jabina en un murmullo.

—Tal vez exista otra ley que lo permita— sugirió el Duque—, ¿o es eso algo que también ha olvidado?

—No logro comprender cómo pude decir que estábamos casados— murmuró Jabina, con voz casi suplicante—. Pero cuando vi a *lady* McCairn, mirándome con sus ojos inquisitivos, no se me ocurrió otra cosa para explicar que estuviéramos juntos… las palabras acudieron sin pensar a mis labios.

—¿Está segura de que no lo hizo en forma deliberada?

Por un momento Jabina no comprendió lo que el Duque insinuaba, pero después un fuerte rubor afloró a sus mejillas.

—¿En verdad se imagina— exclamó con visible ira—, que yo querría casarme con usted? Aunque sea un Duque, no es el tipo de hombre con quien me casaría. ¡Es demasiado aburrido y desagradable! ¡Y, pensándolo bien, demasiado viejo!

Creyó advertir en los ojos del Duque una mirada llena de desprecio y eso la incitó a decir con rudeza:

—De nada le sirve ser Duque sí parece un sacristán relamido. No concibo que ninguna joven pueda desear ser su esposa.

—Y yo por mí parte, ¡no tengo el menor deseo de casarme con usted!— contestó el Duque iracundo.

Aquella furia contenida, asomó de nuevo a la superficie.

—¡Una jovencita irritante, impulsiva y medio loca— añadió—, no es el tipo de, esposa que necesito! ¡Puedo asegurárselo!

Habló en voz tan alta, que sus palabras retumbaron por toda la habitación y Jabina se puso de pie.

—¡Cómo se atreve a hablarme de ese modo!— dijo a su vez con violencia.

—Le hará bien escuchar la verdad, aunque sea una sola vez en su vida. ¡Le aseguro que no tiene nada de qué enorgullecerse, ni tampoco tiene derecho a insultarme!

Jabina, exasperada, salió a toda prisa de la salita.

Cerró la puerta al salir con tanta violencia, que las botellas en el interior de un aparador chocaron entre sí y un cuadro colgado en una pared lateral se vino abajo.

El Duque se puso de pie, pero volvió a sentarse, mirando hacia el fuego con aire de desconsuelo.

«¿Qué objeto tiene enfurecerse?» se preguntó.

Todos los insultos que pudieran intercambiar entre ellos, no alterarían el hecho de que estaban legalmente casados. No podía imaginar a una pareja más incompatible que ellos dos.

Jabina había sugerido que debía haber alguna forma de deshacer el matrimonio. Él lo esperaba así. Tendría que consultar a un abogado y pedir opinión legal en el asunto.

Se imaginó una larga serie de juntas y discusiones, y a abogados que se contradecían entre sí.

Le aterrorizaba pensar en la publicidad que ello provocaría y podía imaginar las burlas de sus amigos. ¡Cómo se divertirían a su costa!

—¡Pobre John! ¡Al fin lo pescaron!

Les haría mucha gracia relatar cómo había caído en las redes del matrimonio cuando menos lo esperaba, y atrapado, no por una de las bellezas de la alta sociedad que lo persiguieron en el pasado, sino por una desconocida chiquilla escocesa de la que nadie había oído hablar.

«Lo único que puedo hacer es actuar con dignidad» , pensó el Duque.

Se sintió un poco avergonzado por haber perdido el control de sí mismo e insultar a Jabina de ese modo.

Pero ella lo había hecho perder los estribos. No era sólo que le hubiera dicho que era aburrido, cosa que él ya sabía. El que lo hubiera comparado con un sacristán relamido fue la gota que derramó la copa de su paciencia.

—¿Estás metido en una rutina! ¡Tu vida es monótona! ¡Te volverán un tipo insoportable!

¡Con cuánta frecuencia había escuchado esas palabras de Freddie y sus demás amigos!

Y ahora se las repetía una chiquilla impertinente. «¿Qué importa si es verdad?», se preguntó, pero no pudo evitar que la idea lo irritara.

Al ver que su copa estaba vacía, cruzó la habitación para llenarla de nuevo, pero en la botella que había dejado en el aparador no quedaba una gota de licor.

Con un gesto de impaciencia, tiró de la campanilla, y después de un momento apareció la esposa del mesonero.

—Diga a su esposo que me mande otra botella de vino— ordenó el Duque.

—Muy bien, Su Señoria— contestó la mujer y añadió con aire de reconvención—: no es correcto que una jovencita salga al frío a estas horas de la noche. Se le mojarán los pies, por una parte. Además, hay tipos peligrosos alrededor de las tabernas.

El Duque la miró con incredulidad. Entonces preguntó:

—¿Me quiere decir que mi… hermana salió a caminar?

—La vi con mis propios ojos caminando por la calle hace unos minutos — contestó la esposa del mesonero—. Su Señoria no debía permitirlo.

La mujer hablaba en el tono severo de una niñera que estuviera riñendo a un niño mayor por no cuidar a otro de menos edad. El Duque se puso de pie.

—Iré a buscarla.

Afuera de la salita, cerca de la puerta, colgaba del gancho en el que la había puesto al llegar su capa forrada de piel.

Al tomarla, notó que la capa oscura que Jabina llevaba puesta ya no estaba ahí.

Abrió la puerta de la posada.

En el acto le azotó el rostro una ráfaga de aire helado. El viento, que había disminuido un poco durante el día, soplaba ahora de nuevo con fuerza.

El Duque salió a la angosta calle, en la que sólo se veían unas cuantas casas, levantadas en forma caprichosa y a distancias irregulares. Había

varias tiendas, pero estaban cerradas ahora. En lo alto del pueblo estaba la iglesia.

Un poco adelante del camino, había varias ventanas iluminadas, sin duda pertenecientes a tabernas baratas, donde los habitantes de la localidad bebían.

El camino era irregular y resbaloso.

El Duque partió en la dirección que supuso que Jabina había tomado y, después de caminar unos cuantos pasos, le pareció ver, adelante, a dos figuras entre las sombras.

Al mirar en aquella dirección, oyó gritar a Jabina.

Al salir de la salita, Jabina iba tan furiosa que había decidido, en la forma impulsiva en que solía actuar, que dejaría al Duque y no lo volvería a ver jamás.

Se sentía insultada y humillada porque él se había negado a hablarle en todo el día. Y luego, cuando la ofendió con saña, decidió que ya no podía soportarlo más.

¡Lo odiaba! No tenía la menor intención de quedarse a escuchar sus insultos y, en realidad, ¿por qué tenía que hacerlo?

Ella había aparecido en la vida de él por pura casualidad. Ahora, se marcharía y, casados o no, jamás volverían a verse.

Se daba perfecta cuenta del valor de las joyas de su madre, por lo que, al cambiarse, se las había prendido dentro del vestido limpio.

Sabía que podía ser peligroso dejarlas en el dormitorio y Jabina era lo bastante precavida para no querer separarse de su única riqueza hasta que estuviera en la seguridad de la casa de su tía.

En su pequeño bolso de mano llevaba aún las quince libras, que seguían intactas. Había sacado el bolso de la pequeña maleta de piel que llevaba en la mano durante el día y que ponía debajo de la almohada en la noche.

Sabía bien que los viajeros que se hospedaban en hosterías, o aun en casas particulares como invitados, solían sufrir robos. Se les quitaban, mientras dormían, los objetos de valor, y aun a plena luz del día, por métodos más violentos.

Por primera vez en su vida, Jabina se sentía independiente. Nunca antes había manejado dinero, porque su padre consideraba que no había

necesidad de que lo tuviera.

Aquellas quince libras le parecían una suma enorme, y estaba segura de que las joyas de su madre, que incluían un número considerable de piedras preciosas, debían valer una pequeña fortuna. Por lo tanto, no llegaría con las manos vacías a casa de su tía, y tal vez la sangre francesa que corría por sus venas la hacía sentirse segura de que eso era importante.

Nadie quería nunca a su lado a una parienta pobre, pero siempre era bien recibida una jovencita con recursos, que podía pagar su propio sostenimiento o, cuando menos, no hacer el triste papel de dependiente pobre.

Ya afuera de la salita, Jabina había tomado su capa de viaje, colocándosela sobre los hombros. Bajó la capucha sobre la cabeza y, abriendo la puerta de la hostería, salió a la calle.

Como el Duque, sintió el viento helado que le golpeaba la cara con fuerza, pero estaba demasiado enfadada para que la detuviera algo tan trivial.

Olvidó que no llevaba puestos los sólidos zapatos cerrados que había estado usando durante el viaje, y que llevaba en su lugar un par de zapatillas de satén, cruzadas a la altura del empeine por una sola tira, que se aseguraba con una pequeña hebilla incrustada de brillantes de imitación.

El frío de la nieve le taladraba los tobillos como una mano helada.

Jabina casi se había echado a correr, en su ansiedad de alejarse de la posada y del Duque. La furia que ardía en su interior le prestaba fuerzas.

Caminó a todo lo largo de la calle del pueblo. Pasó junto a la iglesia, y se disponía a lanzarse a un camino que parecía extenderse en una interminable oscuridad, cuando oyó risas estridentes que salían de la ventana iluminada de una casa que se encontraba a un lado del camino.

Se abrió una puerta y salió una figura alta, vestida con una falda escocesa.

Jabina había apartado la vista del hombre que salía de la taberna, y continuó caminando a toda prisa.

La noche no estaba oscura del todo. Una luna pálida cabalgaba por el cielo y las estrellas brillaban con intensidad.

Apenas había avanzado un poco, cuando oyó pisadas detrás de ella y una voz que decía:

—¿A dónde va, niña?

Ella volvió la cabeza y vio que el alto escocés estaba unos cuantos pasos atrás y decidió no contestar.

El hombre le dio alcance en tres zancadas.

—Hice una pregunta correcta— dijo—, y espero una respuesta correcta también.

Jabina se dio cuenta, por el tono de la voz, y por el olor a alcohol que despedía aquel hombre, que estaba borracho.

Trató de moverse con mayor rapidez, pero las largas piernas de aquel sujeto le permitían mantenerse con facilidad al paso de ella.

—¿No puede dar a un pobre hombre un penique o dos para un trago?

—Creo que ya ha bebido usted demasiado— contestó Jabina.

—Sólo tomé una cerveza— había contestado el hombre—. ¡Vamos, no sea tan dura de corazón, muchacha! Ayude a un pobre hombre en desgracia.

Pensando que podría deshacerse de él con facilidad con un poco de dinero, Jabina se detuvo.

—¿Si le doy lo necesario para un trago, me dejará en paz?— le preguntó.

—¡Oh, sí! Se lo prometo. Todo lo que quiero es un poco de dinero para humedecerme la garganta.

Jabina abrió su bolso de mano.

Recordó que, además de las quince libras, llevaba también una moneda de seis peniques y otra de cuatro, que había encontrado sueltas en la caja que el ama de llaves usaba para guardar el dinero.

Las estaba buscando en el fondo del bolso cuando, de pronto, éste le fue arrebatado.

—Yo tomaré el dinero— dijo el hombre con voz pastosa—. No puedo estar esperando toda la noche.

—¡No! ¡No!— había gritado Jabina, aferrada aún a su bolso, pero era demasiado tarde, porque el hombre ya le había echado la mano encima.

Se lo quitó de un tirón, y mientras ella gritaba, el hombre echó a correr, a tal velocidad, que no había la menor posibilidad de que le diera alcance.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó ella y al tratar de correr resbaló y cayó en el duro suelo.

—¡Deténgase!— gritó.

Entonces alguien la ayudó a ponerse de pie y se dio cuenta de que era el Duque.

—Ese hombre se llevó mi bolso de mano con todo mi dinero— gritó Jabina—. ¡Alcáncelo! ¡Por favor, alcáncelo!

—Dudo mucho que alguien pueda ya darle alcance— contestó el Duque —. ¿Qué diablos se proponía usted hacer?

—Pensaba… irme de aquí.

—¿Cómo puede ser tan ridícula?— preguntó el Duque—. Vuelva a la posada.

—Pero no tengo dinero— dijo ella con voz quejumbrosa—. Ese hombre me quitó todo lo que tenía.

—¿Qué podía esperar al caminar por las calles a mitad de la noche?

—Le iba a dar una moneda de seis peniques.

El Duque la había hecho volverse en dirección de la posada y ahora, rodeándole los hombros con el brazo, caminaron juntos, con dificultad, porque el piso estaba tan resbaloso que les costaba trabajo mantener el equilibrio.

Por fin, llegaron a la posada.

Cuando abrieron la puerta encontraron a la esposa del posadero de píe en el pasillo.

Al ver el rostro pálido y desencajado de Jabina la condujo a la salita.

—Trae los pies empapados— la reprendió—. Ahora, siéntese frente al fuego, *milady,* y trate de entrar en calor. Voy a traerle un ponche caliente; de lo contrario, o mucho me equivoco, mañana amanecerá resfriada.

Jabina hizo lo que le ordenaba la mujer. Sintió que le quitaba la capa y entonces bajó la vista hacia sus pies: sus zapatillas de satén estaban empapadas por la nieve y el hielo.

Sintió mucho frío y, cuando se inclinó hacia adelante para soltar las hebillas de sus zapatos y quitárselos, sus pequeños dedos se negaron a obedecerla.

—Yo haré eso— dijo el Duque.

Se arrodilló de pronto junto a ella y le abrió la hebilla, para soltar la correa del zapato y quitarle la primera zapatilla. Vio que la media que había bajo ella también estaba empapada.

—Quítese las medias— dijo—, o pescará un resfriado descomunal.

Jabina levantó el ruedo de su vestido y se zafó la media, sujeta con una frívola liga azul bajo la rodilla.

El Duque le quitó la medía y volvió su atención al otro píe.

Mientras desataba la delgada correa y Jabina se bajaba la media, el Duque sintió que algo húmedo y tibio le caía en la mano. Era una lágrima, a la que siguió otra.

Cuando le quitó a Jabina la otra media, le levantó con las manos el pie. Era pequeño y bonito, pero estaba helado comparado con la tibieza de sus propios dedos.

Tenía un empeine alto, aristocrático, y cada uno de sus pequeños dedos terminaban en una punta sonrosada. El Duque frotó el pie vigorosamente y después volvió su atención al otro.

—¿Los siente mejor?— preguntó, percibiendo que la sangre empezaba a circular de nuevo.

—Sí… gracias— contestó Jabina en una voz tan baja que él apenas pudo oírla.

—¿Por qué quería huir?

—Estaba… usted tan… enfadado.

—Y ahora es mi turno de pedir disculpas— dijo el Duque—. Lo siento, Jabina. No hubiera querido mostrarme tan desagradable.

—Tenía… razón para estar… furioso— murmuró Jabina.

—Aun así, no debía haber dicho las cosas que dije.

Levantó la mirada hacia ella y sus ojos se encontraron.

Los de ella estaban cuajados de lágrimas y él vio que le temblaban los labios.

Él estaba a punto de decir algo, cuando la puerta se abrió y entró la esposa del posadero. Llevaba una pequeña bandeja de plata con un vaso.

—Ahora, aquí está su ponche caliente, *milady*— dijo con el tono firme de una niñera autoritaria—. ¡Beba hasta la última gota! No quiero que

mañana la tengamos en cama con un resfriado al pecho, muriéndose de la tos.

Colocó el vaso en las manos heladas de Jabina. La observó, mientras ella tomaba un trago. La bebida era dulce y sabía a miel.

—Tómelo todo —advirtió la mujer—. Voy a calentar su cama. Mientras más pronto se meta entre las sábanas, *milady,* será mejor.

El Duque se puso de pie.

—Claro que sí— dijo con voz tranquila—. Y todo nos parecerá diferente después de una buena noche de descanso.

Jabina no contestó, pero el Duque tuvo la impresión de que estaba luchando por contener las lágrimas.

Continuó bebiendo el ponche, dejando el vaso vacío. El Duque se lo quitó de las manos y lo puso sobre la mesa.

La puerta se abrió y una doncella de cofia asomó la cabeza.

—¡Mi ama dice que la cama ya está caliente y que *milady* puede subir ahora mismo!

Cerró la puerta de nuevo y el Duque se volvió hacia Jabina con una sonrisa.

Era la primera vez que sonreía ese día.

—¡Ya ha recibido sus órdenes!— dijo—. ¡Será mejor que las obedezca!

—Si… sí, claro— murmuró Jabina.

Luego, mientras él se volvía para servirse una copa de la nueva botella de clarete que había sido colocada en la mesa lateral, lanzó una pequeña exclamación.

—¿Qué sucede?— preguntó el Duque.

—Creo que… no puedo… caminar— contestó—. Me siento muy… extraña.

El Duque se echó a reír.

—¡Y yo que siempre pensé que los escoceses resistían bien el *whisky!* Vamos, la llevaré a la cama.

La tomó en sus brazos. Era muy ligera y apoyó la cabeza contra su hombro.

—¡Creo que… debo estar… borracha!

—Sí lo está, eso evitará que se resfríe— contestó el Duque.

Cruzó la salita con ella en brazos y subió la escalera, hasta el dormitorio de techo bajo.

Con mucha gentileza la depositó en la cama.

—Acuéstese tan pronto como se desvista, Jabina— le dijo—.

Mañana trataremos de hacer planes. Esta noche no se preocupe por nada.

Ella levantó la mirada hacia él. Sus ojos verdes gris, se veían muy preocupados en su pequeño rostro.

—Yo… nunca quise… ser una… molestia— murmuró.

# CAPÍTULO IV

EL yate navegaba impulsado por el viento y nunca pensó Jabina, que fuera posible que hubiera tanto ruido en un lugar. Se escuchaba el chasquido del viento que hinchaba las velas, el crujido de las cuerdas, los gritos de mando, el sonido de pies que corrían y el rugido del mar, a medida que la proa se deslizaba entre las verdes olas que golpeaban con fuerza el casco del barco.

Jabina nunca se había embarcado y no imaginó que ello pudiera ser tan emocionante.

Siempre pensó que los barcos, con sus elevados mástiles y las velas desplegadas se deslizaban firmes y serenos sobre las aguas.

Por lo tanto, no estaba preparada para el bamboleo que había tenido que soportar cuando *"El León Marino"* salió de la bahía de *Berwick-on-Tweed* y se lanzó hacia el Mar del Norte.

Para su deleite, no se había mareado. Pero descubrió que navegar en el yate del Duque podía ser físicamente agotador.

No sólo era difícil mantener el equilibrio, sino también, cada vez que el barco cambiaba de dirección, temía ser arrojada contra el piso o contra las paredes del camarote. Y, en la cubierta, existía siempre el peligro de caer por encima de la borda al mar.

Jabina no esperaba que el yate del Duque fuera tan grande, ni tan lujoso.

Sus mástiles eran altos, con una desconcertante multitud de velas diferentes. Contaba con una tripulación de cuarenta hombres, todos ellos, según le había dicho el Duque, experimentados marinos.

En el interior, los camarotes estaban amueblados con gran comodidad y con un gusto exquisito que, en opinión de Jabina, no iba de acuerdo con la austeridad que el Duque parecía preferir en su propia apariencia.

Las suaves alfombras, las cómodas camas y los sillones amplios, así como todo el decorado, lleno de colorido, la hizo pensar que la Casa

Warminster debía ser mucho más impresionante que su dueño.

Se había dicho a sí misma, sin embargo, que no debía expresar sus opiniones, sin importar lo que sintiera o pensara, ni criticar para nada al Duque.

Pensándolo bien, merecía los agudos comentarios que él le había dirigido y que la habían hecho intentar algo tan tonto como querer escapar de su lado a medianoche.

Consideraba que había recibido un merecido castigo por su conducta al haber perdido su dinero.

Era lo bastante escocesa como para lamentar, con gran amargura, el no tener ya las quince libras en su bolso de mano. Lo único que la consolaba era pensar que había sido, cuando menos, lo bastante lista como para llevar las joyas de su madre prendidas al vestido. Ello, por sí solo, le aseguraba que nunca tendría que depender de la caridad de los demás.

A la mañana siguiente a la noche en que el Duque la llevó en brazos a la cama, había bajado a la salita, sintiéndose un tanto temerosa.

Pensó que debía estar todavía muy enfadado y tal vez más aún, al ver cómo se le había subido a ella a la cabeza el *whisky* que contenía el ponche.

Pero, para su tranquilidad, el Duque le sonrió cuando apareció en la puerta y, en forma inexplicable, ella sintió como si el sol hubiera salido de pronto.

Mientras desayunaban, el Duque había dicho:

—He estado pensando sobre la situación en la que nos encontramos, Jabina, y estoy convencido de que sólo hay una solución.

—¿Y cuál… es?— preguntó Jabina muy nerviosa.

La aterrorizaba la idea de que él insistiera en llevarla al comisario para entregarla a su padre.

—Le propongo —dijo el Duque con suavidad—, llevarla al sur de Francia, al lado de su tía.

Los ojos de Jabina se agrandaron de sorpresa y entonces dijo con voz cálida:

—¿Lo dice en serio? ¿Me llavará con mi tía Elspeth?

—Eso es lo que intento hacer.

—¡Oh, gracias, gracias! ¡Muchísimas gracias! Estuve pensando esta mañana, al despertar, que tal vez no podría hacer el viaje sola, como había pensado.

—¡Por supuesto que no podría hacer ese viaje sin compañía!— exclamó el Duque—. Lo que ocurrió anoche fue sólo una de las muchas cosas desagradables que podrían haberle sucedido.

—¡Me doy cuenta ahora de que fui muy… tonta!— había respondido Jabina con humildad.

El Duque la miró y notó que sus pestañas se veían muy oscuras contra la suave piel de sus mejillas.

Tuvo la impresión de que, tal vez por primera vez en su vida, Jabina estaba asustada y tenía miedo del mundo exterior.

Nunca, en la protegida existencia que había llevado al lado de su padre, había tenido que enfrentarse a las duras realidades que esperaban a una joven que no contara con la protección de un hombre.

—Lo que he planeado— continuó el Duque—, es que abordemos mi yate en *Berwick-on-Tweed*— y nos embarquemos directo hacia Calais. De ahí viajaremos por tierra hasta Niza.

—¡Eso me parece maravilloso!— exclamó Jabina—. Pero, ¿está seguro de que no le estoy causando demasiados inconvenientes? El Duque sonrió.

—En realidad, no tengo otra alternativa— contestó—. No puedo dejarla abandonada en el norte de Inglaterra y, con toda franqueza, no deseo enfrentarme a los problemas que nos esperarían en Escocia.

Jabina no contestó y después de un momento él continuó diciendo:

—Pero creo que nuestra anfitriona de anoche nos resolvió un problema. Usted viajará como mi hermana. Por cierto, tendremos que tuteamos si no queremos despertar sospechas.

—¿Usted… no tiene hermanas?— había preguntado Jabina.

—Fui hijo único— contestó el Duque—, como usted.

—¿Y… cuando lleguemos… a casa de mi tía?— preguntó Jabina titubeante.

—Para entonces habremos tenido tiempo de pensar y tal vez descubrir si hay alguna forma de salir del embrollo en que nos encontramos. Por el

momento, será usted *lady* Jabina Mínster, y así la presentaré cuando subamos a bordo de mi yate.

Por fortuna, los cocheros del Duque no tuvieron ocasión de hablar con los marineros de "El León Marino";porque, en cuanto ellos descendieron del carruaje, el Duque les dio órdenes de regresar a Warminster.

En "El León Marino", el capitán, que había servido en el pasado en la Marina Real, no se mostró sorprendido de ser presentado a la "hermana" del Duque, aunque Jabina imaginó que tanto él, como toda la tripulación, se sentirían un tanto desconcertados de llevar una dama a bordo.

El Duque le había explicado esto a Jabina más tarde, mientras cenaban juntos.

—Siempre me he negado a llevar mujeres a bordo de "El León Marino"— dijo.

—¿Por qué?— preguntó Jabina.

—Con toda franqueza, pensaba que las mujeres serían una gran molestia a bordo—contestó él—. Casi siempre se marean y les cuesta mucho trabajo soportar los pequeños inconvenientes que conlleva el hacerse a la mar.

—¡Pareces tener una opinión muy pobre de las mujeres!— exclamó Jabina.

El Duque no contestó por un momento y ella añadió a toda prisa:

—¡Está bien, lo diré por tí! Yo no he mejorado tu opinión de ellas que digamos.

El Duque rio.

—Lo más encantador que hay en ti, Jabina, es tu franqueza.

—¡En otras palabras, estás sugiriendo que no debo decir lo que pienso!

—Me aterroriza pensar que pudieras hacerlo— bromeó él. Jabina se dio cuenta de que, tan pronto como subió al barco, el Duque pareció tranquilizarse.

Había comprendido, también, que disfrutaba de cada sacudida del barco, y de la forma en que el yate, construido en forma especial para desarrollar gran velocidad, resistía los embates y la violencia de las olas.

«Supongo» pensó Jabina, «que para él es como un reto. Tal vez la razón por la que la vida le resulta tan aburrida es que consigue las cosas con demasiada facilidad».

Recordó que *lady* McCairn le había dicho acerca de la gran riqueza del Duque, y de sus extensas propiedades, no sólo en Warminster, sino en otras partes del país, y pensó para sí que lo que él necesitaba era despertar a la vida.

De cualquier modo, él se veía ahora, con el cabello alborotado por el viento, el rostro que comenzaba a broncearse a causa del sol y de los cambios bruscos de temperatura, y la piel recubierta de aceites protectores, muy diferente al joven sobrio, de grave ademán, que iba leyendo un libro junto a ella en el carruaje.

Jabina había esperado ahora sostener conversaciones interesantes con él durante las comidas, pero esto era casi imposible. A la velocidad que viajaban, y con el bamboleo del barco, apenas si podían comer.

Con mucha frecuencia, la fuente de la cual se estaban sirviendo iba a dar al suelo. Otras veces, se deslizaba de un lado a otro de la mesa, o se le caía de las manos al camarero, mientras éste se tambaleaba, tratando de no perder el equilibrio.

—Si no aprendemos a asir la comida a toda prisa— dijo Jabina—, habremos muerto de hambre antes de llegar a Calais.

Al mismo tiempo, todo resultaba bastante divertido, y lo que lograban probar resultaba delicioso, porque ambos estaban hambrientos.

Jabina reía cuando los platos y las fuentes de la comida se deslizaban de un lado a otro de la mesa sin que pudieran detenerlos. Y sólo podían beber si apuraban el contenido de sus vasos en cuanto se los llenaban.

El esfuerzo físico que tenía que hacer durante el día agotaba a Jabina de tal modo, que en cuanto ponía la cabeza en la almohada se quedaba dormida.

—¿Sabes que estoy cambiando de opinión respecto a las mujeres a bordo y que he dejado de considerarlas un fastidio?— le dijo el Duque una noche cuando se disponía a irse a dormir.

—¿No he sido demasiada molestia?— preguntó Jabina.

—Has sido admirable, en todos los sentidos— contestó el Duque.

La cálida inflexión de la voz de él llenó a Jabina de turbación.

—¡Ten cuidado!— le advirtió—. Si me alientas demasiado, tal vez un día eche abajo un mástil por error, o le haga un agujero al barco con las

tijeras con que me corto las uñas.

—Creo que a estas alturas ya nada me sorprendería— dijo el Duque sonriendo.

En aquel momento, el capitán enderezó el yate con un brusco movimiento que arrojó alabina en los brazos del Duque. Y, como tenía una taza de té en las manos, le derramó a él encima todo el líquido.

—Creo que has hecho esto a propósito— exclamó el Duque haciéndola recobrar el equilibrio.

—¡Tú desafiaste al destino! ¡Así que ten cuidado de que no vayan a suceder cosas más terribles!

—Me estás asustando— declaró el Duque.

Retiró los brazos de ella y Jabina lo miró con expresión traviesa al advertir una extraña mirada en los ojos de él.

Sin saber por qué, a Jabina le resultaba difícil respirar. Sintió oprimida la garganta, por lo que esperó a que él hablara.

—Buenas noches, Jabina— dijo el Duque muy serio y antes que ella pudiera contestar salió del camarote en el que se encontraban.

El viento del norte los impulsó todo el tiempo durante la travesía del Canal, y cuando por fin llegaron a Calais, el capitán les informó que habían roto la marca de velocidad establecida hasta entonces.

—Voy a sentir mucho dejar el mar— dijo Jabina al Duque—. Sin embargo, me emociona pensar que voy a conocer París.

—¿Hablas francés?— le preguntó el Duque.

—Me estás insultando. Ya te he dicho que mi madre tenía… sangre francesa y por ello insistió, desde que yo era muy pequeña, en que hablara francés sin acento y que fuera capaz de expresarme en ese idioma como en inglés.

La primera noche en que el yate estuvo anclado en la bahía de Calais, durmieron a bordo.

El Duque llevó consigo a Jabina a tierra firme cuando fue a hacer arreglos para alquilar un carruaje y caballos que los transportaran en la siguiente parte del viaje.

Ella lo escuchó hablar con los franceses a cargo de las caballerizas y le sorprendió descubrir que dominaba bastante bien el idioma.

Comprendió que debió esperar que un hombre de su cultura tuviera un buen dominio del francés. Su acento era excepcionalmente bueno y poseía un extenso vocabulario.

Observó también, que el Duque era muy bueno para regatear. En lo que a caballos se refería, era un conocedor, y rechazó varios hasta obtener el tipo de animales que deseaba.

Una vez terminados los arreglos de transportación, el Duque llevó a Jabina al *Hotel del l'Angleterre,* que, según explicó, *monsieur* Dessin había hecho famoso desde fines de siglo.

El propietario del hotel era también el dueño del carruaje y de los caballos que el Duque había contratado.

—Además de manejar un excelente restorán, nada barato por cierto— explicó el Duque—, nuestro anfitrión vende y alquila carruajes, cambia dinero y se dice que ha amasado ya una fortuna de más de cincuenta mil libras.

—¿Cómo sabes todo eso?— preguntó Jabina.

—Viajé mucho por Francia, antes de la guerra. Todos los turistas importantes que se detienen en Calais se hospedan en *Dessin's,* como se llama al hotel con frecuencia.

Jabina miró a su alrededor con interés.

Había en el comedor otros ingleses, unos ocho en total, los cuales acababan de cruzar el Canal. Como su conversación llegaba hasta donde estaban ellos, Jabina se enteró de que habían llegado a Francia porque se disponían a cruzar Europa en dirección a Grecia.

Se mostraron muy ruidosos a la hora de comer, gritando:

—¡Vino! ¡Vino! ¡El mejor! *¡Du meilleur! ¡Du meilleur!*

El propio *monsieur* Dessin acudió a callarlos y les ofreció su mejor *coñac*, que ellos aceptaron con deleite.

La comida, descubrió Jabina, era deliciosa, y probó la especialidad de la casa, un platillo a base de cangrejos frescos.

*Dessin's* le impresionó gratamente, pero Calais la desilusionó. Era una población pequeña con casas, en su mayoría, de techo bajo y aspecto pobre

y descuidado.

Pero Jabina iba a descubrir, tanto en Calais como en todo el trayecto a París, que la gente de Francia, no sólo era encantadora, sino muy amable con los forasteros.

Nunca, pensó, había encontrado tanta cortesía y afabilidad. Todo poseía allí una gracia especial y se sintió impresionada hasta por los limosneros.

Un chiquillo, de unos diez años, le pidió limosna al Duque. Y como éste se la negó, pensando que si le daba dinero a uno de los chiquillos todos los demás lo asediarían, el niño hizo una reverencia, diciendo con gran cortesía:

—*Pardon, Monsieur, une autre occasion.*

Después de despedirse del capitán y de la tripulación de "El León Marino", Jabina bajó a tierra a la mañana siguiente, para descubrir que la estaba esperando toda una caravana.

El Duque había contratado un cabriolé, que él mismo podía conducir, con dos briosos caballos. Un mozo iba sentado atrás, listo para tomar las riendas en caso necesario.

Al ver que, además, los acompañarían dos jinetes, Jabina levantó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¡Querías que yo viajara en forma impresionante!— comentó el Duque divertido.

—¿Hiciste eso por mí?— preguntó Jabina.

—A decir verdad, nuestros hombres a caballo nos protegen. Los viajeros pueden ser asaltados en los caminos y me han asegurado que ambos hombres son muy buenos tiradores de pistola.

En realidad, se veían muy elegantes con sus pelucas y sus sombreros de terciopelo terminados en pico, y ataviados con una colorida librea, mucho más ostentosa, sin duda, que la que el Duque habría seleccionado para sus propios sirvientes.

Llevaban un tercer jinete para atenderlos. Este, según informó el Duque a Jabina, se adelantaría para ordenar sus comidas y hacer los arreglos para pasar la noche.

Cuando por fin partieron, el Duque condujo el carruaje con una destreza que ella no pudo menos de admirar. Jabina se sentía muy emocionada, pensando que era inicio de una gran aventura.

Al atravesar Calais, se encontraron con un tráfico considerable en las calles.

Jabina observó un vehículo atestado con dos grandes cestas de mimbre, una en el frente y otra atrás; y lleno de baúles, bolsas, cajas y jaulas y, hasta algunos pasajeros adicionales. Con voz que revelaba su indignación, exclamó:

—¡Oye, ese vehículo está sobrecargado, y los caballos que lo arrastran son muy pequeños!

—*Lord* Nelson los llamó "caballos-ratas"— contestó el Duque—. Vas a descubrir que los franceses, a pesar de sus finos modales, son con frecuencia muy crueles con los animales.

En el camino, después de salir de Calais, pasaron junto a una diligencia francesa, un amplio vehículo cuyos caballos, según supo Jabina, eran cambiados cada doce kilómetros, ya que iban siempre al galope.

La diligencia podía llevar hasta treinta pasajeros, todos mirando hacia adelante, y podía cubrir hasta cien kilómetros al día.

—Por fortuna no tenemos que viajar en diligencia— le dijo el Duque—. Van sobrecargadas, sus resortes de muelles son muy malos y tienen el hábito de salir siempre de madrugada.

—Y también me parece que sobrecargan a los pobres caballos— dijo Jabina con severidad.

—Estoy de acuerdo contigo— contestó el Duque—, pero no hay nada que podamos hacer al respecto.

Una vez fuera de la población, el Duque podía escoger entre dos caminos para cubrir los ciento ochenta y tres kilómetros que debían recorrer para llegar a París.

La ruta de las carrozas, que era la peor, cruzaba Abbeville, Beauvais y Beamont.

—¡La mayor parte de los mesones que hay en ese camino son atroces!— comentó el Duque.

Tomó la ruta de la posta, que atravesaba Amiens, Clermont y Chantilly. La primera hostería en la que pasaron la noche fue agradable, y la comida, si no excelente, era al menos apetitosa.

Los mesoneros, tanto en el almuerzo como en la cena, hicieron gala de cortesía y de buenos modales.

Jabina disfrutó mucho del viaje. No veía por ninguna parte los villanos *sansculottes* que mostraba Gilray en sus caricaturas, sino rostros amistosos y, en General, ciudadanos bien vestidos.

Las mujeres que vio en los mercados, vestidas con chaquetas de lana roja, altos delantales, y cofias con largas cintas, se veían encantadoras.

En la posada donde durmieron, disfrutaron de una típica cena francesa. La iniciaba un buen plato de sopa, que sirvió el mismo mesonero, y un platillo de pescado.

Siguió después pato con pepinos, lengua en salsa de tomate y *fricandeau* de ternera.

De postre, hubo dulces, pudines, fruta fresca y en compota, y varios tipos de bizcocho.

Jabina había notado con sorpresa que, una vez que salían de las poblaciones y se internaban en la campiña, casi no se veía a ningún hombre.

En cambio, abundaban las mujeres de piel tostada por el sol, con la cabeza descubierta o cubierta con un pañuelo, trabajando en los campos.

—¡Napoleón sigue reclutando hombres pata su ejército!— explicó el Duque.

—Pero nosotros hemos dejado de hacerlo— protestó ella.

—Sí, hemos desbandado regimientos completos, reducido a la mitad el número de hombres en la Marina y desechado numerosos barcos. ¡Es una locura!

—¿Una locura? ¿Será posible que haya otra guerra? ¡Pensé que eso había terminado ya!

—Se comentaba en Calais que las cosas están muy tensas en los círculos diplomáticos—contestó el Duque—, pero sabremos más cuando lleguemos a París.

—Murieron tantos hombres antes del armisticio— murmuró Jabina en voz baja—. No puedo creer que Napoleón Bonaparte quiera luchar contra Inglaterra.

—Si pudiera conquistarnos, lo haría, no te quepa la menor duda. Lo único que lo detiene, es tener que cruzar el Canal.

—Si vamos a la guerra de nuevo— dijo Jabina en voz baja—, yo estaré viviendo en un país enemigo.

—Como tu tía lo ha hecho estos últimos años.

—Pero ella se casó con un francés y adquirió su nacionalidad.

El Duque no supo qué responder y continuaron en silencio.

Con su optimismo usual, Jabina se dijo que el Duque estaba preocupándose sin motivos. Después de todo, cuando el armisticio puso fin a la guerra entre los dos países, todos decían que ésta había terminado para siempre.

En Amiens, y después de nuevo en Chantilly, el Duque encontró a mucha gente haciendo predicciones de que Inglaterra y Francia estarían de nuevo peleando en menos de un mes.

Parecía imposible pensar en la guerra el contemplar el sol de mayo, las flores de la primavera a lo largo del camino y los árboles en floración.

Los peligros, como la nieve, parecían haber quedado atrás, y cuando llegaron a Chantilly, el dieciséis de mayo, Jabina estaba tratando de convencer al Duque de que permanecieran en París varios días antes de continuar hacia el sur.

—Me han dicho siempre que es una ciudad muy alegre. Por favor… por favor, déjame ver un poco de ella, antes de seguir adelante —suplicó.

El Duque no le había permitido visitar ninguno de los castillos ni iglesias que encontraron en el camino, alegando que tenía prisa por llegar a París lo más pronto posible.

Jabina tuvo la impresión de que ello no se debía a que quisiera deshacerse de ella, sino a su preocupación p9r la situación política. Sólo porque ella se mostró tan interesada, visitaron, durante su, paso por Chantilly, los famosos jardines del Príncipe de Conde. Los canales, cascadas y fuentes se habían dejado arruinar después de la Revolución, pero ahora ya los restauraban.

Cuando llegaron a St. Denis, convenció al Duque de que la llevara a ver la Abadía de los Benedictinos, donde se guardaban las joyas de la corona francesa.

Le desilusionó un poco la corona dorada de Carlomagno, que no le pareció muy grande; pero su espada incrustada de brillantes y su juego de ajedrez de marfil sí fueron lo que ella esperaba.

Había también un clavo de la Cruz de Cristo, un crucifijo tallado con la propia madera de la Cruz por el Papa Clemente III, una caja que contenía cabellos de la Virgen María y una de las espinas que, según los monjes, formaba parte de la corona usada por Jesucristo durante la Crucifixión.

—Imagínate… han tenido guardadas todas estas cosas a través de los siglos! —exclamó Jabina casi sin aliento.

El no quiso desilusionarla, pero ella comprendió por la forma en que él torcía los labios, que no pensaba que tales reliquias fueran en verdad auténticas.

La entrada a París estuvo llena de formalidades y molestias.

Había puertas de hierro y una barrera que se extendía a todo lo ancho del camino. Una vez que los dejaron pasar, los funcionarios aduanales del *Bureau de Roi* examinaron el vehículo y todo el equipaje de Jabina y del Duque, para ver si no traían artículos prohibidos.

Mientras la inspección seguía su curso, fueron abrumados por jóvenes vestidos con mucha elegancia, que ofrecían sus servicios como *valets,* en un defectuoso inglés.

Extendían hacia el cabriolé las referencias que habían escrito en inglés sus antiguos patrones.

El Duque, con voz autoritaria, les ordenó que se marcharan, y ellos terminaron por obedecer, aunque de mala gana.

—¿En dónde vamos a hospedarnos?— preguntó Jabina, cuando de nuevo se pusieron en marcha.

Los funcionarios de la aduana, no encontraron nada en el equipaje que pudiera considerarse como contrabando.

—Los mejores hoteles están en el Faubourg St. Germain— respondió el Duque—, pero he enviado a nuestro mensajero conseguirnos habitaciones amuebladas, que son más cómodas.

El Duque no resultó desilusionado.

Las habitaciones que le consiguieron, que cubrían el primero y segundo piso de una enorme mansión que había pertenecido a un aristócrata, eran, en

opinión de Jabina, muy lujosas.

La alegraba pensar que el hecho de que él hubiera alquilado una casa en lugar de hospedarse en un hotel tal vez significaba que accedía a su súplica de quedarse unos días, o tal vez una semana, en París.

Había visto, al entrar en la capital, varios lugares donde se bailaba al aire libre, y mientras recorrían las calles llegaba hasta ella el sonido del violín, el clarinete y la tambora.

—En París bailan como si se hubieran vuelto locos, *mademoiselle*— le había dicho una de las doncellas, en Chantilly—. ¡Bailan y bailan, de día y de noche! ¡los parisienses no piensan en otra cosa!

La mujer hablaba en tono despreciativo porque ya estaba un poco entrada en años, pero para Jabina aquella noticia era una emoción que no había esperado.

Ahora se preguntaba cómo podía convencer al Duque de que la llevara a bailar. Por alguna razón, no podía imaginarse que él encontrara divertido un salón de baile para plebeyos.

Apenas había transcurrido una hora desde que se hospedaron en la lujosa mansión, cuando empezaron á llamar a la puerta los comerciantes.

El *valet* que el Duque había contratado junto con el departamento, y la doncella que habría de atender a Jabina, pasaron todo el tiempo contestando a las llamadas a la puerta.

Sastres, peluqueros, sombrereras, zapateros, costureras, joyeros, y todo tipo de vendedor de ropas y accesorios para damas y caballeros, acudieron en rápida sucesión.

Jabina pensó que el Duque los despediría sin escucharlos siquiera. Pero como ella lo miró con aire suplicante, el Duque se dio cuenta, por primera vez, de lo poco elegantes que eran la ropas de ella.

En verdad, él nunca se había preocupado de lo que ella se ponía.

Ahora comprendía que sólo había podido sacar unas cuantas cosas en el pequeño baúl que tomó de la casa de su padre, cuando escapó.

Cuando el Duque pensó en ello, le pareció recordar que ella había usado el mismo vestido, día tras día, y el mismo traje formal todas las noches.

Cuando extendieron ante él piezas de seda y muselina, de gasa y encaje, para que los inspeccionara, comprendió cuánto debían significar para cualquier mujer, y en forma especial para Jabina.

Seleccionó la *couturier* que le pareció mejor y dijo con firmeza:

—Quiero seis vestidos elegantes para la señorita. Uno de ellos debe estar listo para que lo use esta misma noche. Otro para mañana en la mañana.

Jabina lanzó un grito de emoción.

—¿Lo dices de veras? ¿Es en serio?

Entonces, al ocurrírsele un pensamiento repentino, lo llevó a un lado, donde la gente que había en el salón no escuchara.

—¡No debo gastar mucho dinero!— dijo en voz baja—. No sé cuánto puedan darme por las joyas de mi madre, cuando las venda.

—Lo que he ordenado para ti es un regalo, Jabina— contestó el Duque.

La luz de los ojos de ella era deslumbrante.

—¡Gracias! ¡Un millón de gracias!— exclamó—. ¿Puedo escoger lo que yo quiera?

—Estas personas deben traer dibujos con ellas— explicó él—, y hasta, tal vez, algún modelo. No quiero poner en tela de duda tu buen gusto, Jabina, pero me encantaría ayudarte a hacer la selección.

—¡Si, sí, desde luego! —aceptó ella.

Jabina se dirigió a toda prisa a su dormitorio, seguida de las parisienses que llevaban consigo mercadería, y que hablaban casi sin interrupción, aconsejándole acerca de los estilos más atractivos.

A Jabina le pareció increíble, pero su vestido estaba listo esa misma tarde.

Suponía que buena parte de él estaba ya hecho antes que ella llegara, pero, de cualquier modo, le fue ajustado a la perfección y, por primera vez en su vida, comprendió que tenía una figura atractiva.

Los vestidos de falda amplia, con chales de muselina, que había en Escocía, ya no estaban de moda.

Josefina Bonaparte, esposa del Primer Cónsul, había introducido en París un estilo que había sido aceptado por el mundo de la moda.

Para aquellos trajes que caían en forma recta, desde el alto talle, se usaban telas casi transparentes y, que revelaban la curva de las caderas y

acentuaban el busto.

El escote era bajo y las pequeñas mangas abombadas que se llevaban sobre los hombros iban con frecuencia adornadas con pedrería de fantasía o con encajes.

El vestido de Jabina era de gasa blanca, con delicados hilos de plata entretejidos, que hacían brillar la tela a cada paso que daba. El talle iba cruzado con cintas que se ataban a la espalda y eran también plateadas, como las zapatillas.

Una peinadora le arregló el rojo cabello -en un estilo casi griego, con los rizos cayéndole a la espalda y, cuando la hizo mirarse en el espejo, casi no podía creer que estaba viendo reflejada la imagen de Jabina Kincarthie, *y* que no se trataba de alguna elegante y atractiva desconocida.

El Duque le había prometido llevarla a cenar fuera y ella se preguntó qué diría él cuando la viera.

Tenía un poco de miedo de que se sintiera escandalizado al ver el revelador vestido, pero, de todos modos, ella no le hubiera agregado, por nada del mundo, ni un centímetro de tela.

Cuando su doncella terminó de vestirla, Jabina se puso el collar de brillantes de su madre y un brazalete, también de brillantes, en la muñeca.

—Le tengo lista su capa de terciopelo, *mademoiselle* —dijo la doncella.

—No me la pondré por el momento— contestó Jabina—. Quiero mostrar a mi hermano mi vestido nuevo. ¿Está en el salón?

—Su Señoria acaba de salir de su dormitorio, *mademoiselle, y* está tomando un vaso de vino —contestó la doncella, que había espiado por el ojo de la cerradura.

Jabina se dio una última mirada en el espejo.

—Abreme la puerta, por favor, Yvette— ordenó y salió de la habitación.

Jabina entró en el salón y se quedó de pie un momento en el umbral, esperando a que el Duque se diera cuenta de su llegada. Cuando él se volvió desde la mesita lateral ante la cual se encontraba, ella lanzó una exclamación de profundo asombro.

—¡Oh…

Por un momento casi no pudo dar crédito a sus ojos. Era el Duque, sin duda alguna, pero el cambio que se había operado en él casi lo hacía

irreconocible.

Habían desaparecido el monótono traje negro, la corbata baja, anudada sin gracia; el corte de cabello anticuado.

¡En cambio, frente ella, se encontraba un *buck,* un *dandy* o un *petit Maitre!* Llevaba una alta corbata inmaculada, anudada en forma meticulosa y las puntas del cuello sobresalían por arriba de la línea de su barbilla.

La chaqueta de satén azul oscuro hacía resaltar sus anchos hombros, y los pantalones ajustados, de color champaña, revelaban lo angosto de sus caderas.

Una leontina pendía del chaleco, cuyos botones brillaban intensamente.

—¿Apruebas mi apariencia? —preguntó él dirigiendo una leve sonrisa a Jabina, quien se había quedado muda del asombro.

—Te ves… ¡maravilloso!— exclamó ella—. ¡Nunca pensé que pudieras verte así! ¡Es fantástico!

El Duque se echó a reír.

—¡Me siento halagado!— dijo—. Y ahora permíteme decirte, aunque tal vez no lo haga de manera tan elocuente, que tú también pareces muy diferente.

—¿Te parece bien?

—¡Por supuesto que sí! Debí haberte dicho que las costureras parisienses son verdaderamente magas.

—¡Claro que lo son!— reconoció Jabina, con los ojos brillantes—. Ambos nos vemos muy elegantes y no nos parecemos en nada.' a los turistas ingleses que pintan en las caricaturas.

—No creo que podamos disimular nuestra nacionalidad tan fácilmente— dijo el Duque riendo—, pero no hay la menor duda de que te ves como una dama muy distinguida, vestida a la última moda.

—¡Y tú eres ahora tal como yo quería que fueras!

Los ojos del Duque se encontraron con los de ella y parecieron interrogarla. Pero antes que pudieran decir nada más, un sirviente abrió la puerta y anunció:

—¡Le *Vicomte* Armand D'Envier!

En el momento en que escuchó pronunciar su nombre, un francés delgado y moreno apareció en la habitación y el Duque lanzó una

exclamación de alegría.

—¡Armand!— exclamó—. Qué gusto me da que estés en París.

—Fue por casualidad que me enteré de que habías llegado, mi querido John— contestó el Vizconde.

Los dos hombres se estrecharon la mano y entonces, como el Vizconde reparó en Jabina, el Duque dijo:

—Vengo acompañado por mí hermana. Permíteme presentarte, Jabina… este es un viejo amigo mío, el Vizconde D'Envier… mi hermana, *lady* Jabina Minster.

El Vizconde hizo una reverencia.

—*¡Enchanté, mademoiselle!* Espero que me proporcione el placer de mostrarle París, si ésta es su primera visita.

—Sí lo es— contestó Jabina.

—¡Entonces ambos deben venir a cenar conmigo esta noche!— dijo el Vizconde—, espero que no tengan ningún otro compromiso, John, porque ahora que sé que traes a tu hermana contigo, debo decirte que tenía la intención de llevarte, quisieras o no, a un baile que mi tía está dando para una de mis primas. Ambos deben venir conmigo. Será una velada muy divertida. *lady* Jabina brillará como un meteoro entre nuestras *demoiselles Parisiennes.*

—No estoy seguro de que podamos esta noche…— empezó a decir el Duque, pero Jabina le puso una mano en el brazo.

—Por favor… vamos— le suplicó.

No había la menor duda de que deseaba ir al baile y el Duque cedió ante su solicitud.

—Muy bien, Armand —dijo—. De cualquier modo, estoy seguro de que, si me niego, no me harás ningún caso. Siempre me has arrastrado de un lugar de diversión a otro.

—Esta noche no sólo debo preocuparme de que te diviertas tú— dijo el Vizconde—. También quiero que lo haga tu hermana, quien debe comprender que, aun bajo el talón de un burdo corso, París puede ser todavía una ciudad de encantamiento.

El Duque se echó a reír.

—¡Sigues siendo el realista de siempre! ¿Todavía oponiéndote al régimen? ¿Todavía decidido a echar abajo al pequeño cabo?

—Ya llegará nuestra oportunidad— dijo el Vizconde con aire amenazador—. ¡Estamos haciendo nuestros planes, John, para librarnos de este intruso que se ha entronizado como el conquistador y gobernante de Francia, además de tratar de ser también árbitro de la moda!

Habló en forma casi violenta. Entonces añadió:

—No lo creerás, pero Bonaparte ha creado una nueva aristocracia, otorgando títulos imaginarios que nos hacen sentir, a los que somos verdaderos aristócratas, enfermos ante el insulto.

—No puedo permitir que esta noche pienses en cosas serias— dijo el Duque—. Tal vez mañana nos sintamos inclinados a tomar partido y a apoyarte en tu lucha contra Bonaparte; pero ahora tenemos hambre y sed. Viajamos a toda prisa para llegar aquí.

—Pero ahora que han llegado, no hay prisa alguna— dijo el Vizconde—. Y tienes razón, John. Olvidémonos de todo, excepto del placer de estar vivos y de encontrarnos en la ciudad más bella del mundo.

Jabina se puso su capa de terciopelo y el Duque se colocó la suya sobre los hombros.

Descendieron por la amplia escalera hacia el vestíbulo de mármol de abajo, donde un lacayo los condujo hacía donde esperaba el carruaje del Vizconde.

París, según iba a notar Jabina esa noche y al día siguiente, era una ciudad de contrastes, así como de velocidad, de ruido y de constante actividad.

Mientras cruzaban las calles de la ciudad, vio magníficos Palacios, iglesias, y grandes casas impresionantes que sin duda habían pertenecido a la nobleza del régimen aristócrata.

Admiró los anchos puentes sobre el Sena y los hermosos jardines del Tívoli, aunque también vio calles sucias que hablaban de pobreza y desventura.

Frente a las relucientes tiendas, que estaban todavía abiertas aunque empezaba a caer la noche y junto a muchas de las casas, había montones de

manzanas podridas, arenques echados a perder, bolsas de papel, bultos y mugre que parecían llevar allí semanas o meses enteros.

No tuvo tiempo de ver mucho más, pues pronto llegaron a un restaurante llamado. *Chez Robert,* donde el Vizconde les explicó que siempre había una mesa reservada para él.

—Tú y yo hemos comido aquí con frecuencia, en el pasado— dijo al Duque—, y sugiero que cenemos aquí antes de ir al baile de mi tía. Estoy seguro de que tu hermana estará interesada en probar la mejor comida de París y beber de lo que es sin duda la mejor cava.

Si Jabina no hubiera estado tan emocionada con el ambiente que la rodeaba habría prestado más atención, pensó posteriormente, a la comida y a la bebida.

Pero le resultaba difícil captar todas las cosas a la vez. Las elegantes mujeres francesas, relucientes de brillantes, y vestidas con trajes tan transparentes que parecían ir completamente desnudas bajo una capa de gasa o de muselina.

Los hombres también iban vestidos de manera muy llamativa, en forma mucho más elaborada de lo que un inglés habría considerado permisible.

Pero, sin importar lo elegantes que todos ellos pudieran ser, Jabina no podía evitar pensar que el Duque se distinguía por encima de todos los demás.

Volvió a pensar lo mismo cuando llegaron al baile que ofrecía la tía del Vizconde.

Desde el momento en que entraron en el enorme salón donde su anfitriona estaba recibiendo, Jabina se dio cuenta de que estaba siendo presentada, no sólo a las familias que pertenecían al viejo régimen de Francia, sino a los advenedizos, a los miembros de la nueva sociedad de los que el Vizconde había hablado con tanto desprecio.

Todas las damas eran muy atractivas y tenían la alegría y vivacidad típicas de las francesas.

Las parejas bailaban en un enorme salón iluminado por candelabros. Afuera, en los jardines, había un tablado especial para bailar, bajo linternas que colgaban de árboles que acababan de florecer.

La parte más formal de los jardines se iluminaba con pequeñas velas, las que daban a todo el lugar la apariencia de un sitio arrancado de un cuento de hadas.

A Jabina no le faltaron parejas, pero la irritó que el Duque no le pidiera una pieza, pues hubiera preferido bailar con él más que con cualquier otro.;

Sin embargo, el Vizconde bailó con ella varias veces, hasta que, ya muy entrada la noche, se encontró sentada con él en una pequeña glorieta desde la que podían contemplar a los bailarines, que se movían con gracia de cisnes.

—Háble me un poco de usted— dijo el Vizconde.

El francés tenía un definitivo encanto personal, pensó Jabina, que muchas mujeres debían encontrar irresistible.

Sus ojos oscuros la miraban con ardor y, sin embargo, cuando le decía un cumplido, ella no podía evitar darse cuenta de que lo pronunciaba en forma automática.

—¿Qué desea saber?— preguntó ella, aferrándose a la esperanza de que sus preguntas no fueran demasiado inquisitivas.

—Bueno, algo que estoy ansioso de oír es cómo, después de tantos años de ser hijo único, John aparece de pronto con una hermana.

Jabina se puso rígida.

Aquello era algo que no esperaba. Buscó en vano alguna explicación, pero antes que pudiera hablar, el Vizconde continuó diciendo:

— Puede confiar en mí. Sí hay algún tipo de relación entre ustedes, que él no desea reconocer, ¡me sentiría encantado de ello!

—No. No es… nada de… eso— dijo Jabina aprisa.

—Entonces lo siento— dijo el Vizconde—. Cuando la vi en el salón esta noche, me dije a mí mismo: ¡al fin se ha dado cuenta John de sus errores! ¡Por fin ha empezado a divertirse!

—¿Usted piensa que no ha disfrutado de la vida en el pasado?— preguntó Jabina con inquietud.

— No, desde que tenía quince años— contestó el Vizconde.

—¿Qué sucedió entonces?

—¿No lo sabe?

—No.

—Primero dígame quién es usted— insistió el Vizconde.

—Es… es un… secreto— dijo Jabina, sintiéndose incómoda.

—Con más razón debo saberlo yo. Puedo, desde luego, preguntárselo a John. Pero tengo la impresión de que lo haría sentirse mal darse cuenta de que no me engañó con su supuesto parentesco.

—No… soy su… hermana— dijo Jabina titubeante—. ¡En realidad, soy… su esposa!

—¿Su esposa?

No había la menor duda de que el Vizconde estaba estupefacto.

Si Jabina hubiera sido un poco menos ingenua, se habría sentido ofendida por lo que el Vizconde había pensado de ella.

Con gran timidez, relató todo lo sucedido y cómo, inadvertidamente, ella y el Duque se habían encontrado casados por la ley escocesa.

Cuando terminó su relato, él unió las manos en un gesto de entusiasmo.

—¡Bravo!— exclamó—. ¡Es lo mejor que pudo haber pasado! John había jurado que no se casaría jamás. Bueno, ahora el matrimonio le ha sido impuesto y puede ser… estoy seguro de que será… su salvación.

—¡Explíqueme eso! ¡Por favor, explíqueme de qué está hablando!— suplicó Jabina.

—¿El no le ha hablado sobre su infancia, ni sobre lo que sucedió cuando tenía quince años?

Jabina sacudió la cabeza.

—Sólo sé que él no había intentado casarse nunca. Se puso furioso cuando se vio en esta situación.

—Y ahora vá a llevarla con su tía, para deshacerse de usted— comentó el Vizconde.

—Tal vez yo pueda desaparecer simplemente de su vida— dijo Jabina, con ligera tristeza—, sólo *lady* McCairn, que está en Escocia, puede decir que estamos casados, Y si se le hace llegar la noticia de que he muerto, ¿qué puede hacer al respecto?

—Ahora, escúcheme— dijo el Vizconde—. John es uno de mis más viejos amigos. Lo conozco desde que estuvimos juntos en la escuela y me

simpatiza más que cualquier otra persona que yo haya conocido. Juntos, usted y yo podemos salvarlo de sí mismo.

—Pero, ¿como?

El Vizconde la miró con una ligera sonrisa en los labios.

—Usted, una mujer, ¿tiene que preguntarme eso?

— ¡El Duque me detesta! Se puso furioso al verse casado conmigo y yo represento todo lo que a él le desagrada en una mujer. ¡El me lo dijo!

— ¿Y usted…?— preguntó el Vizconde—. ¿También lo detesta?

—Creo que es aburrido y pretencioso. Y puede ser muy desagradable cuando quiere— dijo Jabina a toda prisa.

Entonces evocó la imagen del Duque como lo había visto esa noche, con su nueva corbata, la barbilla en alto, vestido elegantemente y con una sonrisa en los labios. Jabina titubeó.

Miro a los ojos al Vizconde, que la estaba observando.

—Acabo de… darme cuenta— dijo en voz baja—, que casi no lo conozco. Háble me de él. ¡Cuénteme… todo lo que sepa!

# CAPÍTULO V

—Conoci a John— empezó a decir el Vizconde—, cuando ambos estudiábamos juntos en Eton. Los ojos de Jabina estaban clavados en él al escuchar su relato.

—Mi padre— continuó—, deseaba que yo tuviera una educación cosmopolita, y me envió a estudiar a Inglaterra. Me alentó a que invitara a mís amigos ingleses a venir a París.

—¿Vino John a París?— preguntó Jabina.

—Varías veces, y yo también estuve con él en Warminster y en otras de sus propiedades en Inglaterra.

Se detuvo un momento antes de continuar:

—Fuimos amigos íntimos y creo, al volver la vista atrás, que John fue para mí, no sólo amigo, sino el hermano que nunca tuve.

—¿Y él correspondía a ese afecto?

—Así lo creí siempre— contestó el Vizconde con una sonrisa.

—¿Y conoció usted a sus padres?

—Desde luego. El padre de John era como él. Encantador, cortés, erudito.

—e Y su madre?

Jabina sentía que ahí estaba la clave de lo que el Vizconde le había dicho.

—¡La madre de John era una de las mujeres más bellas que he visto en mi vida!— contestó él—. No sólo sus facciones eran perfectas, de estilo clásico, sino que poseía una vivacidad y una alegría que uno no asocia casi nunca con las mujeres inglesas.

Titubeó un momento, como si estuviera escogiendo las palabras con gran cuidado, antes de añadir:

—Pero, mirando hacia atrás, creo que aun entonces me daba cuenta de que era una mujer muy emocional y dada a pasiones tormentosas.

—¿Qué quiere decir con eso?— preguntó Jabina.

—Estoy tratando de explicarle… y tal vez de explicarme a mí mismo… la razón de que se hubiera fugado de casa.

—¿Cómo que se fugó?— preguntó Jabina.

—Con un hombre más joven que ella. Un par de Inglaterra, calavera y disoluto, de quien se enamoró perdidamente.

Los ojos de Jabina estaban fijos en el rostro del Vizconde.

—¿Y cómo afectó eso a John?

—Le causó el impacto de una bomba. Creo que, al principio, no quería creer que su madre los hubiera abandonado a su padre y a él. Aun después, cuando ocurrió la tragedia, le resultó difícil creerlo.

—¿Qué tragedia?

—La Duquesa de Warminster y *lord* Beldon se ahogaron cuando el yate en que escaparon de Inglaterra naufragó, durante una tormenta en la Bahía de Vizcaya…

—¡Qué terrible!— exclamó Jabina.

— Creo que, hasta el momento de la muerte de ella, el padre de John se sintió seguro de que su esposa volvería a su lado. Cuando no hubo ya esperanza alguna de que eso sucediera, se convirtió en otro hombre.

—¿En qué forma?

—Supongo que la respuesta sería que se volvió tal como John es ahora.

Jabina no dijo nada y él continuó:

—Al principio estaba muy deprimido, casi desesperado. Siempre he pensado, aunque él jamás lo mencionó, que John pasó las de Caín con su padre en esa época. Es posible que hasta haya tenido que impedir que se quitara la vida.

—¡Pobre John!— murmuró Jabina en voz muy baja.

—Cuando se vio obligado a aceptar la situación, el Duque se replegó más y más en sí mismo y llenó todo su tiempo con la lectura.

—¡Como John!— exclamó Jabina.

— Al principio, John no imitó a su padre. Estaba de interno en la escuela, lejos de su casa. Después se fue a la Universidad en Oxford, donde

volvimos a estar juntos, y por un tiempo se volvió muy alocado.

—¡Casi no puedo creerlo!

—¡Es verdad, se lo aseguro!— afirmó el Vizconde—. Bebía mucho, jugaba y, de manera inevitable, como el resto de nosotros, se interesó en las mujeres.

Jabina contuvo el aliento y después aspiró con fuerza. Aquello era algo que no esperaba escuchar.

—Pero su actitud hacia ellas era diferente de la mía y la del resto de sus amigos— siguió diciendo el Vizconde.

—¿En qué sentido?

—Creo que puedo explicarlo diciendo que John quería hacerles daño. Era como si cada vez que dejaba sufriendo y llorando a una mujer, se hubiera vengado un poco de su madre.

—¡Puedo… comprender eso!

—Creo que, en cierta forma, yo también lo comprendo, pero eso no hizo a John más feliz.

—No, por supuesto que no.

—En el fondo es un hombre bondadoso, generoso, comprensivo… y siempre lo ha sido— dijo el Vizconde—, pero en esa época se mostró duro, insensible y, en ocasiones, hasta cruel.

—Debe haber echado a su madre de menos en una forma intolerable— murmuró Jabina.

—Creo que la impresión que recibió cuando ella lo abandonó fue más intensa que lo que lo hubiera sido para cualquier otro muchacho— explicó el Vizconde—. Constituían una familia muy unida y feliz, hasta que esto sucedió.

—¿Cómo pudo hacer ella una cosa así?

—Yo mismo me he hecho esa pregunta muchas veces. Y creo que fue porque ella sentía, en cierta forma, que se estaba volviendo vieja y se le escapaba la juventud. Era como una bella mariposa. Amaba la vida. Quería retenerla con fuerza entre sus brazos. Quería disfrutarlo todo… no perderse nada.

—Así que se enamoró.

—Como ya le he dicho, era muy emocional. A usted debe serle muy difícil entenderlo, porque sólo ha visto a John como es ahora, pero él también es capaz de sentimientos muy profundos.

—No me había… dado cuenta de ello.

—¿Cómo podía hacerlo?— preguntó el Vizconde—. Nunca lo ha visto como realmente es; sólo como es ahora. Pero estoy seguro de una cosa: el frenarse como lo ha hecho todos estos años, el encadenar sus sentimientos y ahogar sus emociones naturales no significa que el fuego que tiene dentro se haya apagado.

El Vizconde se detuvo para decir en forma casi profética:

—Un día volverá a encenderse de nuevo.

Jabina guardó silencio.

El Vizconde se quedó mirando el pequeño y grave rostro de Jabina, cuyo perfil destacaba a la luz de las linternas, y añadió:

—Estoy convencido; siempre lo he estado, de que la conducta actual de John es una farsa. El verdadero John, el que yo admiro; aquel con quien crecí, se esconde bajo ese aire de austeridad, de solemnidad, de increíble aburrimiento, con que se ha rodeado.

—¿Será posible que eso sea verdad?

—Estoy seguro de ello y por eso es que la recibo a usted con los brazos abiertos en la vida de John. Si alguien puede salvarlo, es usted.

—¡El me detesta!— exclamó Jabina.

—Lo dudo mucho. No puedo menos de sospechar que la razón por la que John ha cambiado de apariencia, por primera vez en ocho años, es que usted lo convenció de que se vistiera de una manera diferente.

Se echó a reír y añadió:

—¿Qué sucedió con esos ropajes negros que lo hacían verse como enterrador?

Jabina rió también y entonces explicó:

—¿Apenas sucedió hoy! Llegó a París, en mi opinión, con el aspecto de un ministro presbiteriano.

—Cuando menos ese cambio es un paso en la dirección correcta— dijo el Vizconde.

—No me ha dicho aún cuándo dejó de ser alegre, irresponsable y perverso con las mujeres, para convertirse en el hombre reprimido y puritano que conocí en Escocia.

—Fue después que salimos de Oxford. Creo que entonces se dio cuenta de lo mucho que su madre había lastimado a su padre.

—Debe haber sido… horrible para él —murmuró Jabina.

—Como ya le he dicho— continuó el Vizconde—, John y su padre eran muy parecidos. Creo que el viejo Duque se aferró a su hijo con desesperación porque no tenía a nadie más.

—Eso es. . . comprensible.

—De cualquier modo, en lugar de reunirse con sus amigos en Londres, John se quedó en Warminster.

—Sólo con su padre.

—Así es— confirmó el Vizconde—. Inevitablemente, John comenzó a parecerse a su padre cada vez más. Estuve a visitarlos en una ocasión y me costó trabajo creer que se quedaran hablando hasta la madrugada sobre algún punto oscuro de la literatura medieval, o que pasaran días enteros planeando pequeñas mejoras en sus propiedades, que podían haber dejado con facilidad en manos de su administrador.

Titubeó un poco, como si las palabras se negaran a salir de sus labios.

—Era como si el anciano hubiera decidido llenar su existencia de trivialidades, para compensar con ellas lo que había perdido.

—Era su única esperanza— dijo Jabina.

—No importaba mucho, en lo que al viejo Duque se refería, pero en el caso de John, resultó desastroso. Se volvió tan aburrido, que muchos de sus amigos ya no lo soportaban.

—Y todavía tiene algunos amigos?

—Yo siempre seré amigo de John, aunque en los últimos años hemos estado separados por el Canal, ya que como francés yo no podía visitar Inglaterra. Y, antes de la guerra, dejé de ir a Warminster por uno o dos años. Recibía noticias suyas a través de otros amigos, cuando éstos visitaban París, pero no eran muy alentadoras.

—Yo creo— dijo Jabina—, que lo que él necesita es un reto; algo que lo obligue a salirse de la rutina a la que se ha condenado.

—¡Hay mucho sentido común en esa linda cabecita suya! Jabina se ruborizó y después se echó a reír.

—Me siento halagada por sus cumplidos.

—Son muy en serio— dijo el Vizconde— y, como dije al principio, estoy seguro de que usted es la única persona que puede salvar a John.

—Lo dudo mucho; pero, de cualquier modo, le agradezco que me haya dicho la verdad. Me ha ayudado a entenderlo mejor a él.

El Vizconde suspiró.

—En Francia siempre sospechamos que hay una mujer en el fondo de todo problema— el Vizconde tomó entre las suyas la mano de Jabina—. Pero también creemos que, si una mujer ha creado una situación difícil, otra puede arreglar las cosas. ¡Es su turno, Jabina!

—Haré lo mejor que pueda— prometió Jabina—, pero no estaré con él mucho tiempo.

—Creo que ambos debemos tratar de convencer a John para que prolongue su visita— sugirió el Vizconde.

Una luz encendió los ojos de Jabina.

—¿Cree que podría hacer eso?— preguntó ella—. ¡Hay tantas cosas que quisiera ver! ¡Tantas cosas que quisiera hacer! Esta ciudad maravillosa es divertida y emocionante. ¡Me encanta su gente, por alegre!

—Me gusta oírla decir eso. Muchos de sus conciudadanos nos critican mucho, así que es un deleite escuchar alguna vez algo agradable. El Vizconde levantó la mano de Jabina, que mantenía aún en la suya, y se llevó a los labios.

—Debemos volver al lado de John— propuso—, o pensará que abrigo malas intenciones con respecto a usted. No desearía sostener un duelo con mi mejor amigo.

—No creo que le importe— dijo Jabina en voz muy baja—. Creo que se alegraría de librarse de mí.

—¡Yo no estaría tan seguro! De cualquier modo, debe procurar, si se aleja de su lado, que él la eche de menos.

—Lo que me interesa es que usted lo convenza para que se quede en París. ¡Inténtelo, por favor!

—Haré todo lo posible, no sólo por usted, sino por mí. No puede imaginarse el placer que me ha dado ver a John de nuevo y revivir los tiempos felices que pasamos juntos cuando éramos jóvenes.

El Vizconde rio brevemente.

—No me gustaría contarle todas las aventuras en las que tomamos parte, ni los planes que hicimos juntos para el futuro. En aquel entonces, ninguno de los dos imaginábamos que nuestro país iba a entrar en guerra.

—¡Guerra!

Un ligero estremecimiento sacudió el cuerpo de Jabina.

—Tengo la impresión— dijo—, de que eso es lo que le preocupa ahora a John.

Volvieron a la casa y encontraron que John, como Jabina sospechaba, estaba de pie junto a la mesa del *buffer,* en el gran comedor, hablando con varios jóvenes. Cuando se acercaron ella oyó la palabra "Bonaparte" y comprendió que su suposición había sido acertada.

—Ya me estaba preguntando qué les habría pasado a ustedes— dijo el Duque cuando Jabina y el Vizconde se reunieron con él.

—¿Ya quieres irte?— preguntó el Vizconde—. El carruaje está afuera.

—Creo que ambos estamos cansados— contestó el Duque—. Ha sido un día muy largo.

—¡Pero muy emocionante!— agregó Jabina a toda prisa.

—Habrá muchas cosas más que hacer mañana— prometió el Vizconde —. Permítanme llevarlos a su casa *y* mañana iré a buscarlos en mi carruaje por la mañana.

—¿Para hacer qué, me permites preguntar?— dijo el Duque.

—Para conocer la ciudad, entre otras cosas— contestó el Vizconde—. Tu hermana tendrá que visitar el Louvre, los Jardines del Tívoli, Notre Dame y, desde luego, nuestra máxima y suprema curiosidad… ¡el propio Primer Cónsul!

La voz del Vizconde se hizo un poco aguda al mencionar a Bonaparte y, tal, vez para gastarle una broma, el Duque dijo:

—A mí me gustaría conocer al hombre que, sin importar lo que puedas decir de él, logró unificar a Francia después de la Revolución.

—¡No del todo!— protestó el Vizconde con brusquedad.

—No, no del todo— concedió el Duque—, pero se acercó bastante. Aunque nosotros consideramos que el gobierno actual de ustedes es una dictadura militar, el pueblo de Francia ve a Bona-parte como su única defensa contra los sacerdotes, los aristócratas y los extranjeros.

—No voy a permitir que me irrites, ni me hagas reñir contigo, John— dijo el Vizconde—. Como todos los tontos que vienen a París, te estás dejando fascinar por el corso plebeyo. He oído a muchos hablar maravillas de él… y todo lo que puedo decir es: ¡trata de vivir en Francia y ya verás cómo cambias de opinión!

—Lo que me preocupa por el momento— dijo el Duque en un tono diferente—, es que todos consideran inevitable la reanudación de las hostilidades.

—No me sorprendería nada— dijo el Vizconde.

—Me acaban de decir— continuó el Duque—, que nuestro embajador, *lord* Whitchurch , ha partido para Inglaterra, sin intenciones de volver.

—No sé si será cierto— murmuró el Vizconde, dudoso—. Han circulado tantos rumores esta última semana… lo que oíste puede ser sólo la expresión de los deseos secretos de quienes quieren que Inglaterra gane las batallas por nosotros.

—Tal vez, pero si así fuera, Jabina y yo tendríamos que volver a casa.

—Ya lo averiguaremos mañana— dijo el Vizconde con aire tranquilizador—. Tengo amigos que están muy cerca de Bonaparte. No es una posición que les envidio, por cierto. Pero, cuando menos, ellos pueden decir con exactitud cuál es la situación actual.

—Entonces, pasemos una noche tranquila, sin preocupaciones— sugirió el Duque.

Se despidieron de su anfitriona y el Vizconde los llevó hasta su carruaje, un elegante vehículo con dos cocheros adelante y un lacayo de pie en la parte de atrás.

Subieron al carruaje y empezaron a avanzar. El Duque y el Vizconde se pusieron a hablar del pasado y de las diversiones de que habían disfrutado cuando eran jóvenes.

De súbito, el carruaje se detuvo frente a la entrada, iluminada en forma muy llamativa, de un Jardín-Danzante.

El Duque se asomó sorprendido por la ventanilla y el Vizconde explicó:

—¿Recuerdas este lugar, John? Solíamos venir aquí con bastante frecuencia. En aquellos días se llamaba "El Jardín del Rey". Los tiempos han cambiado: ahora es "El Jardín de la Libertad", pero es todavía un lugar muy alegre.

—¡Oh! ¿Podríamos… podríamos entrar un momento?— suplicó Jabina.

El Vizconde miró al Duque con una sonrisa.

—No veo ninguna razón para que no lo hagamos. Que John lo decida.

—Estoy seguro de que a Jabina le gustaría ver dónde desperdiciamos nuestra juventud— contestó el Duque.

Con una exclamación de alegría, Jabina bajó del carruaje tan pronto como el lacayo abrió la puerta.

El jardín estaba muy iluminado con numerosas linternas, y por todos lados se veían mesas llenas de gente que bebía vino y observaba a las parejas que bailaban.

Como acababan de estar en un baile tranquilo y elegante, era imposible no notar aquel cambio, y el ruido que hacían la orquesta y los asistentes.

El fuerte rumor de las voces y risas se unía al de los aplausos. La música, cada vez más rápida, obligaba'a los bailarines a hacer más veloces sus pasos en el piso pulido.

No era un lugar escandaloso, ni vulgar, pero sí pletórico de gente llena de alegría de vivir. Jabina, con ojos muy brillantes, lo observaba todo, emocionada.

Los invitados al baile se deslizaban con lentitud y dignidad al acorde de los valses, las contradanzas francesas y las gavotas inglesas.

En el jardín, los valses eran tan rápidos que las parejas casi parecían volar alrededor de la pista, y los otros bailes eran muy alegres, aunque agotadores físicamente.

El Vizconde ordenó dos botellas de vino. Era delgado y muy inferior al que habían estado bebiendo en el baile, pero Jabina no pudo menos que pensar que la atmósfera del jardín era embriagante en sí misma.

Observó por unos minutos a los bailarines y entonces, al iniciarse otro vals, puso su mano en el brazo del Duque:

—Por favor, ¿no bailas conmigo?

El la miró sorprendido y por un momento Jabina pensó que se negaría.

Entonces el Vizconde dijo:

—Solías ser un experto bailarín, John. ¿Ya se te olvidó bailar?

—Será mejor que lo averigüe— contestó el Duque.

Se puso de pie y condujo a Jabina a la pista de baile.

Ella esperaba que el Duque se mostrara un poco torpe y rígido en sus movimientos. Pero, para sorpresa suya, descubrió que bailaba admirablemente, mucho mejor que cualquiera de las parejas que había tenido en el baile de gala.

La estrechaba con fuerza contra él, lo que permitía a Jabina seguir sus pasos con facilidad.

La hizo girar por toda la pista y Jabina se encontró riendo con él y disfrutando más de lo que había disfrutado en toda la velada.

Era difícil hablar, debido al ruido ensordecedor que los rodeaba, pero a Jabina le emocionaba comprobar que se movían al unísono y que eran, sin duda alguna, la pareja mejor vestida y más atractiva.

Cuando regresaron a la mesa, el Vizconde aplaudió entusiasmado.

—¡Bravo!— exclamó—. Las bellas damiselas que te enseñaron, John, se sentirían orgullosas de ti.

—Creo que ya debíamos regresar a casa— dijo el Duque.

—¿Podemos volver otra noche?— dijo Jabina suplicante—. ¡Es divertido… lo más divertido que he visto en toda mi vida!

—Encontrará *bastrinques* como éste en todo París— dijo el Vizconde—. Tendrá que convencer a John para que la lleve a ellos. ¡Nadie mejor que él sabe lo divertidos que pueden ser esos -lugares!

El Duque no contestó.

El Vizconde le estuvo gastando bromas todo el trayecto de regreso a la mansión de Faubourg St. Germain.

Al bajar todos del carruaje, el Vizconde dijo:

—*Au revoir, milady.* ¡Hasta mañana! Contaré las horas que faltan para que los vuelva a ver.

—¡Yo también!— dijo Jabina con alegría—. Gracias por una noche inolvidable.

Un criado cansado cerró la puerta exterior de la casa tras ellos y Jabina y el Duque subieron la escalera de piedra, que en otros tiempos hollaron grandes aristócratas de Francia, hasta que llegaron a la sala de estar.

—Fue una velada maravillosa —dijo ella.

El Duque no contestó y ella se sintió un poco irritada por su silencio.

—¡Fui un gran éxito! —exclamó—. ¡Lo fui. . . de veras! Varios franceses, muy apuestos, quisieron besarme.. .

—Y supongo que permitiste que lo hicieran, ¿no?

El tono iracundo con el que el Duque dijo aquello, hizo que Jabina se estremeciera.

De pronto, recordó todo lo que el Vizconde le había contado y comprendió que el Duque, tal vez, pensaba que ella se estaba comportando en la forma en que lo había hecho su madre. Observó su ceño fruncido y, a toda prisa, le extendió las manos.

—¡No! ¡No!— exclamó—. ¡No es cierto!

—¿Estabas mintiendo?— preguntó el Duque.

—Sí, o más bien… exagerando. Sólo un hombre me dijo, cuando estábamos bailando, que le hubiera gustado… besarme porque yo parecía una niña en su primera fiesta.

Jabina habló con mucha rapidez, atropellando las palabras, pues le turbaba tener que dar aquella explicación.

El Duque seguía frunciendo el ceño.

—Sólo estaba alardeando— dijo ella—. Por favor, no te enfades conmigo.

—No entiendo por qué quieres engañarme con tales falsedades— dijo el Duque en tono de reprobación.

—Tú no me invitaste a bailar en casa de la tía del Vizconde— dijo—, ni prodigaste el menor elogio a mi apariencia y yo... quería que pensaras que me veía bonita.

Se produjo un prolongado silencio antes que el Duque dijera:

—No sabía que mi opinión te importara tanto, pero, ya que quieres saberla, te diré que me pareció que ningua mujer de la fiesta podía compararse contigo.

Jabina se volvió para mirarlo, muy grandes los ojos.

—¿Lo dices de veras? ¿Lo dices en serio?

—Yo siempre hablo en serio— contestó el Duque con suavidad.

Luego, se alejó de ella, y atravesó la sala en dirección de la puerta de su dormitorio.

—Buenas noches, Jabina— dijo en tono mesurado, y la puerta se cerró tras él.

Jabina se quedó de pie un momento, fijos los ojos en la puerta.

¡En ese preciso momento, comprendió que lo amaba!

Jabina se levantó tarde porque, aunque su doncella le llevó una jarra de chocolate caliente a las nueve en punto, se sentía aún soñolienta. Envió un mensaje para avisar que no desayunaría con el Duque y se levantó con calma, dándose tiempo para admirar su nuevo vestido, que había sido entregado, según le dijo la doncella, a las ocho en punto de la mañana.

—Las costureras deben haber trabajado toda la noche, *mademoiselle*— dijo la doncella—, y prometieron entregarle hoy mismo otro traje de noche.

—Casi no puedo creer que puedan hacerlos con tanta rapidez. Esto jamás hubiera ocurrido en Londres— dijo Jabina.

—La gente en París es pobre— contestó la doncella con sencillez—, y pedidos como el que Su Señoria hizo ayer son un regalo de Dios para quienes no -tienen muchos clientes. Además, muchos de los que ordenan ropa no pagan por ella.

—¿Su Señoria ya pagó estos vestidos?— preguntó Jabina.

—Sí, *mademoiselle*— contestó la doncella—. Su Señoria ha pagado todo *en* cuanto se lo han entregado. Esto es muy apreciado, se lo aseguro, *mademoiselle.* Algunos de los aristócratas tienen cuentas pendientes por años y los comerciantes tienen, a veces, que declararse en quiebra.

—Yo siempre ha detestado la idea de deber dinero— dijo Jabina.

Se alegró de que el Duque fuera tan escrupuloso en la liquidación de las cuentas, como lo era en otras cosas.

Jabina no había podido conciliar el sueño, cuando se fue a la cama la noche anterior, por estar pensando en él.

—¿Será posible— se preguntó a sí misma— que me haya enamorado de un hombre a quien no le simpatizo y que me considera sólo una molestia?

Comprendió que se había sentido atraída hacia él aun antes de que el Vizconde le hubiera explicado la razón de su solemnidad y de su deseo de llevar una existencia oscura y tranquila.

Se encontró sufriendo por él, al pensar en su dolor y su desdicha cuando su madre lo abandonó.

Recordó cómo había sufrido ella misma cuando su propia madre murió y cómo su padre se había vuelto todavía más amargo e inaccesible.

Sin embargo, aunque sufría al pensar en él. Duque, comprendía, sin aprobarlo, el deseo de la madre de él de desear llevar una vida, plena y dichosa.

Debió haber sido muy emocionante para ella, pensó Jabina, después de tener un hijo ya crecido, que la enamorara un hombre que parecía quererla lo suficiente como para estar dispuesto a llevársela de Inglaterra y tal vez vivir en el extranjero el resto de su existencia.

Comprendía que, para un inglés, el dejar su país y todo lo que le era familiar resultaba tal vez más difícil y doloroso que para una mujer.

La vida de los hombres estaba consagrada a los deportes, a la relación con sus contemporáneos, a la atención de sus propiedades.

Sin embargo, *lord* Beldon había estado dispuesto a sacrificarlo todo por el amor de una mujer mayor que él.

A cambio de ello, la Duquesa de Warminster había sacrificado a su hijo.

"¿Cómo pudo hacer eso?" se preguntó Jabina. Pudo imaginarse la angustia que abrumó al joven John.

Los niños jamás pensaban que sus padres podían ser víctimas de emociones tan fuertes, o más fuertes aún, que las de ellos, ni sentirse físicamente desgarrados ante decisiones difíciles.

Para John, se dijo Jabina, debió haber sido una tremenda impresión comprender que su madre era falible; que era una mujer capaz de poner un amor ilícito por encima de su esposo, su hijo y su honor.

Como siempre que Jabina leía o escuchaba una historia, vivió toda la experiencia de quienes habían participado en ella.

Podía sentir la indecisión de la Duquesa sobre qué camino seguir y, después, el momento desesperado en que tomó su decisión.

Imaginaba el sentimiento de pérdida que había abrumado al esposo de ella, tan intolerable como un terrible dolor físico. Y, por último, visualizaba con claridad el desconcierto, el sufrimiento y la angustia de John.

«Debo ayudarlo, debo tratar de hacerlo feliz» se dijo, y se quedó dormida pensando en lo diferente y elegante que se veía con su nueva ropa.

Se vistió y la doncella, mientras le arreglaba el cabello en el nuevo estilo de moda, le dijo de pronto:

—¿Me perdona un momento, *mademoiselle?* Le traeré un poco de café. Son más de las diez, y comprendo que tanto usted como Su Señoria desearán tomarlo.

—¡Claro que sí!— exclamó Jabina—. Como no desayuné, tengo hambre. Tráeme también uno de esos deliciosos *brioches.*

—Así lo haré, *mademoiselle*— contestó la doncella.

Salió de la habitación y Jabina puso los últimos toques a su cabello y admiró las líneas elegantes de su nuevo vestido.

Era de muselina verde, muy sencillo, con cintas verdes de terciopelo de Lyon, *y* se veía muy elegante.

Le parecía muy transparente para el día y no pudo menos de preguntarse qué dirían su padre y sus amistades de Escocia si pudieran verla.

Estaba segura de que se sentirían muy escandalizados.

Sonrió ante aquel pensamiento y, en ese momento, se abrió la puerta de su dormitorio.

—¡No tardaste mucho!— dijo, suponiendo que se trataba de la doncella.

Pero, para sorpresa suya, vio ante sus ojos al Vizconde.

—Buenos días— empezó a decir.

—¡Pronto!— la interrumpió él apremiándola—. Tome todo el dinero y las joyas que tenga a la mano, pero nada más. ¡Tienen que marcharse ahora mismo!

—¿Marcharnos?— repitió Jabina—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Se ha declarado la guerra entre Inglaterra y Francia— contestó él—, y Bonaparte ha ordenado el arresto de todos los ingleses que se encuentren en el país.

—¡No puede ser cierto!— exclamó Jabina.

—Es verdad, y ya hay soldados en camino para detenerlos a usted y a John y conducirlos a prisión.

A través de la puerta abierta que daba a la sála de estar, Jabina vio que el Duque salía de su dormitorio.

Tomó un chal de seda que se había comprado el día anterior y sacó de su escondite el bolso que contenía las joyas de su madre, y que había colocado la noche anterior en lo alto del guardarropa.

— ¡Pronto! ¡Pronto!— dijo el Vizconde—. Pueden llegar en cualquier momento. Jabina corrió hacia la sala de estar.

El Duque se encontraba de pie, en el centro de la habitación. Sin pensarlo, simplemente porque necesitaba su protección, Jabina deslizó su mano en la de él.

— No te preocupes— le dijo el Duque con voz firme—. Armand nos salvará.

—Sólo espero poder hacerlo— dijo el Vizconde—. ¡Síganme! Salió del salón y Jabina y el Duque lo siguieron.

Para sorpresa de ella, no bajaron por la escalera que conducía a la planta baja y a la calle, sino que subieron la que llevaba a los pisos superiores, hasta el cuarto piso.

Se encontraban en los desvanes. El Vizconde abrió una puerta en el extremo de una pequeña habitación llena de polvo que no parecía haber sido usada en mucho tiempo.

Estaba atestada de baúles viejos, platos rotos, sillas que habían perdido una pata, o sillones a los que les faltaba un brazo.

Sólo la iluminaba un tragaluz y Jabina vio una escalera apoyada contra uno de los muros.

El Vizconde y el Duque la ajustaron en la posición que deseaban y cerraron con llave la puerta tras ellos.

— Revisarán el resto de la casa primero— dijo el Vizconde—, pero les tomé la delantera por unos cuantos minutos. Los vi marchar en esta dirección cuando venía hacia aquí a recogerlos en mi carruaje.

—No deben relacionarte con nuestra desaparición— dijo el Duque.

—Yo puedo cuidarme, no te preocupes— contestó el Vizconde—, vamos, John. Esperemos que Jabina sea tan ágil, como solías serlo tú, para caminar por los techos de París.

Jabina se preguntó por qué el Duque había tenido que andar por los techos en el pasado, pero no había tiempo de preguntas.

Los dos hombres la hicieron subir la escalera a toda prisa y ella se encontró de pie junto al precipicio profundo que se abría entre dos techos, elevados y grises.

El Vizconde retiró la escalera y la dejó tendida sobre el techo. Después, cerró el tragaluz.

Jabina y el Duque lo siguieron de cerca, caminando por angostas cornisas, saltando, o subiendo por pequeñas escaleras a techos cada vez más altos, salvando peligrosos huecos que descendían muy hondos hasta la calle del fondo.

A Jabina le pareció que recorrían kilómetros enteros. La falda de su bonito vestido nuevo pronto quedó negra de polvo y mugre, lo mismo que sus manos.

El bolso donde llevaba las joyas de su madre era un estorbo y el Duque se lo quitó para introducirlo en un bolsillo interior de su chaqueta.

Después, cuando Jabina pensó que ya habían cruzado medio París, llegaron a un tragaluz similar al que habían usado para subir a los techos, y descendieron a otro desván.

La casa en la que ahora se encontraban era muy diferente a la que dejaron. Se veía vacía y las ventanas estaban clausuradas con tablas. Los pisos estaban llenos de polvo y las ratas escaparon corriendo al escucharlos entrar.

Bajaron por escale Yas de madera de barandales rotos y agujeros en los escalones. Al fin, llegaron al piso de abajo, y Jabina pensó que iba a salir a la calle, pero el Vizconde cruzó el vestíbulo.

Detrás de la escalera principal había otra más angosta y dilapidada aún y que, en otros tiempos, debió haber usado la servidumbre.

Bajaron por ella y cruzaron una pesada puerta al parecer de un sótano. Para asombro de Jabina se encontraron en una enorme caverna llena de gente.

Había más hombres que mujeres, pero no eran, como habría podido esperarse, gente de la clase baja. Por su porte, y la elegancia, con que vestían, se adivinaba que pertenecían a la aristocracia.

Ninguno de ellos permanecía ocioso. Todos estaban enfrascados en alguna tarea. Los hombres tenían ante sí periódicos y papeles, mapas con toda probabilidad, y las mujeres estaban revisando y seleccionando ropa.

El Vizconde condujo a Jabina *y* al Duque al fondo de la caverna, donde se sentaba, ante una mesa de bastidores, un anciano de cabellos grises y aspecto distinguido.

—Me permito presentarle a su señoría, el Duque de Warminster, *monsieur*— dijo el Vizconde—, y a su hermana, *lady* Jabina Minster.

El anciano se puso de pie y extendió la mano.

—Soy el Duque de St. Croix— dijo—, y me siento muy complacido de que Armand haya podido rescatarlos a tiempo.

—Perdóneme si parezco un poco desconcertado por lo que está sucediendo— dijo el Duque.

—Como Armand debe haberles explicado— contestó el Duque de St. Croix—, el corso ha ordenado el arresto de ustedes.

—Pero, ¿por qué?— preguntó el Duque—. Cuando se declara la guerra no se acostumbra que las autoridades procedan de inmediato en contra de los civiles.

—¿Qué puede esperarse de un bárbaro desenfrenado?— preguntó el Duque de St. Croix, casi escupiendo las palabras.

—Lo que enfureció a Bonaparte —explicó el Vizconde—, es que barcos ingleses hubieran capturado a dos bergantines franceses. Desde este momento, el continente quedó cerrado a los ingleses y los que se encontraran aquí debían ser tratados como prisioneros de guerra.

—¡Es increíble!— exclamó el Duque.

—Eso es lo que nosotros pensamos— dijo el Duque de St. Croix—. Pero nada nos sorprende ya de Bonaparte.

El Vizconde sonrió.

—Sería una gran satisfacción para él tener al Duque de Warminster como su prisionero. ¡Sólo Dios sabe cuánto tiempo durará la guerra!

—Durará hasta que los ingleses derroten al ejército de Napoleón— dijo el Duque de St. Croix—. Ahora, Su Señoría, debemos decidir qué disfraz deberá usted usar para salir de París.

—¿Ha enviado ya a alguien a la Bolsa de Trabajo?— preguntó el Vizconde.

—Uno de nuestros mejores hombres partió hacia allá hace una hora, para obtener información— contestó el Duque francés—. Ya no debe tardar mucho.

Miró al Duque.

—¿Su francés es bueno?

—Excelente… ¡para un inglés!— contestó el Vizconde por él—. ¡Pero no lo bastante bueno para un francés!

—Tendremos que decir que procede usted de una de las provincias del norte— sugirió el Duque de St. Croix—. ¿Y el de la señorita?

—¡Perfecto!— dijo el Vizconde antes que Jabina pudiera hablar.

Jabina estaba a punto de decir que su madre era en parte francesa, cuando recordó que se suponía que era hermana del Duque, por lo que se contuvo a tiempo.

El Duque, comprendiendo que había estado a punto de cometer un error, la miró con una sonrisa y ella le sonrió a su vez.

Jabina tenía la impresión de que el Duque estaba muy emocionado por todo lo que estaba sucediendo, pero ella, por su parte, se sentía muy asustada.

Conocía los relatos acercó de la crueldad de los ejércitos franceses y cómo demostraron una absoluta indiferencia ante los sufrimientos de los países conquistados.

Estaba segura de que si ella y el Duque eran encarcelados los separarían, y le aterrorizaba pensar que podía verse sola en una prisión. ¡La idea era

horripilante!

Una vez más, deslizó su mano en la del Duque y sintió la tibia fuerza de sus dedos.

—Creo que lo mejor para ustedes sería— empezó a decir el Duque de St. Croix, pero de pronto se abrió la puerta de la caverna y todos se volvieron hacia ella.

Entró un hombre delgado, de edad madura. Tenía el aspecto de un empleado de cierta categoría, o de secretario de un noble. Vestía de negro, y se movía con seguridad y aplomo.

Se dirigió hacia el Duque de St. Croix, quien preguntó inmediatamente:

—¿Alguna novedad, Mirmon?

—Sí, *Monsieur le Duc*— contestó el hombre—. El Marqués de Lorne salió para Suiza, disfrazado como camarera al servicio de la esposa de un banquero suizo. No tendrá ninguna dificultad en atravesar la frontera.

— ¡Excelente!— dijo el Duque de St. Croix—. ¿Y hay vacantes en la Bolsa de Trabajo?

—Sí, *Monsieur le Duc* y una, en particular, se adaptaría muy bien a la dama y el caballero que tiene usted en mente.

—¿De qué se trata?— preguntó el Duque.

—El General Delmas ha sido nombrado Comandante en Le Havre. Desea salir de París mañana por la mañana.

Todos escuchaban, conteniendo la respiración, la voz tranquila del hombre.

—¿Sí?

—El *y Madame* Delmas no pueden llevarse consigo a su valet y a su doncella, debido a que éstos tienen varios hijos. Por lo tanto, han solicitado que se les proporcionen ahora mismo dos pesonas adecuadas para el servicio.

—-¡Magnífico!— dijo el Duque de St. Croix—. Armand, pide al señor Conde que prepare los papeles ahora mismo. El Duque debe ser un inválido parcial, dado de baja en el ejército, y puede haber nacido en Normandía. Eso explicará su acento un tanto anglicano. *Mademoiselle* puede ser de cualquier parte, de Lyon o de algún lugar cercano a París.

El Vizconde se alejó de la mesa de bastidores, hacia otra mesa, del lado opuesto de la caverna, donde un caballero se ocupaba en preparar papeles y documentos de viaje.

—Perdone, *monsieur le Duc*— exclamó el hombre llamado Mirmon.

—¿Sí? ¿Qué pasa?— preguntó el Duque.

—El General pidió, en forma específica, un matrimonio. Será mejor que la dama *y* el caballero aparezcan como marido y mujer.

—Sí, sí, desde luego— aceptó el Duque de St. Croix—. No habrá dificultad alguna en eso, supongo, ¿verdad?

— Ninguna dificultad— contestó el Duque. Jabina extendió la mano.

— El anillo de boda de mi madre está con sus otras joyas— le dijo en voz baja.

El la miró y Jabina observó una leve sonrisa en sus labios. Comprendió que ambos estaban pensando lo mismo.

Parecía imposible que pudieran escapar uno del otro. El destino, las circunstancias, los unían como marido y mujer.

Entonces, cuando el Duque sacó de su bolsillo el pequeño bolso con las joyas y lo colocó en sus manos, los dedos de ambos se tocaron.

Fue sólo un breve roce, producido por un modo casual, pero Jabina sintió que una intensa emoción la sacudía de pronto; una sensación que nunca había sentido antes.

Era casi como una llamarada.

«¡Lo amo!» se dijo a sí misma. «¡Sin importar lo que nos suceda, lo único que deseo es que estemos juntos!».

# CAPÍTULO VI

Sentada en el pescante del carruaje de viaje, Jabina descubrió que podía ver mucho mejor el camino desde ahí que dentro del vehículo como pasajera.

Habían salido de la casa del General a las ocho en punto de la mañana, después de trabajar varias horas, hasta que los baúles fueron atados y llevados abajo.

Una multitud de pequeños paquetes, que contenían artículos olvidados, se acumularon en cestas y bolsas en el último momento y se añadieron al equipaje.

El carruaje era en verdad un vehículo impresionante y podía alcanzar gran velocidad.

Desde el momento en que Jabina y el Duque conocieron al General, se dieron cuenta de que actuaba como un déspota acostumbrado a salirse siempre con la suya, en el menor tiempo posible.

Los realistas los habían provisto a ellos de todos los papeles que necesitaban, haciéndolos salir de la estrecha y sucia calle donde estaba situada la caverna. Habían caminado hacia un suburbio elegante de París, donde debían presentarse a solicitar trabajo.

Si a Jabina no le hubiera dado tanto miedo pensar en lo que les sucedería si los descubrían, habría encontrado divertida la apariencia de ambos.

En la caverna se había desvestido, detrás de un biombo, y las damas la volvieron a vestir con la ropa que correspondía a una doncella.

Insistieron en que hasta el último detalle fuera correcto.

El vestido de sarga negra, bastante ajustado, se habría visto horrible en cualquier mujer con una figura menos perfecta que la de Jabina. Un cuello blanco y un pequeño delantal de seda del mismo color reducían un poco su severidad. Un sombrero de paja, áspera y oscura, le cubría el cabello.

El pelo de Jabina había constituido un problema.

—¡Es un rojo demasiado atractivo!— declaró una de las damas, a la que las demás llamaban “Condesa”, no sin cierto tono de envidia en la voz.

—¡Es cierto!— reconoció otra—. Ninguna buena ama de casa la contrataría de haber hombres en la familia.

Todas se echaron a reír, pero Jabina dijo muy preocupada:

—¿No podría teñírmelo?

—No hay tiempo— dijo la condesa—. Además, el cabello teñido nunca se ve natural.

Después de una prolongada discusión, decidieron peinar el cabello de Jabina hacia atrás, recogiéndolo en un moño, encima de la cabeza.

Luego, le espolvorearon un polvo oscuro que opacó el brillo natural y la hizo aparecer casi modesta.

—¡Su piel es demasiado blanca para ser una mujer de este país! —se quejó la condesa y una vez más Jabina advirtió la envidia con que lo decía.

Las demás consideraron absurda aquella observación.

—Josefina Bonaparte tiene la piel muy blanca— dijeron—. ¡Los ingleses no son el único pueblo en el mundo con la piel clara!

Decidieron, entonces, concentrarse en el vestuario de Jabina, con la esperanza de que la esposa del General, en su prisa por irse con su marido a *Le Havre*, no se fijara demasiado en ella.

Le pusieron un refajo de tela gruesa y áspera y unas medias de lana negra, pero tuvieron alguna dificultad en encontrar un par de zapatos que fuera resistente, cómodo y pequeño, porque los pies de Jabina eran diminutos.

Por fin, le pusieron el resto de la ropa que tendría que usar en una cesta de mimbre: un vestido de algodón para trabajar, una cofia que, al menos, cubriría su cabello, y un delantal blanco muy almidonad.

—No se olvide que es el patrón quien proporciona los uniformes— dijo la Condesa—, así que *madame* Delmas no se sorprenderá-de que lleve tan pocas cosas.

Por último, Jabina se cubrió con una vieja capa de viaje que, evidentemente, había visto mejores días.

—Pertenece a mi propia doncella— dijo una de las señoras con una sonrisa—, y aquí están también sus guantes.

—¿No te preguntó para qué los querías?— le preguntó otra.

—Le dije que eran para los pobres. Las monjas están siempre recolectando ropa para los pobres de París. Y, desde luego, le di a cambio otras cosas mías, con lo cual se quedó encantada.

Las señoras se echaron a reír.

Cuando Jabina estuvo lista, salió detrás del biombo, después de dirigir una última y lastimera mirada a su nuevo vestido de muselina verde, que había usado por primera y última vez.

Se sentía un poco tímida al tener que enfrentarse al Duque y se preguntó qué pensaría él de su aspecto. Pero cuando lo vio, se dio cuenta de que no necesitaba temer sus críticas.

El Duque se veía en verdad extraordinario.

Vestía los pantalones negros ajustados y la chaqueta abotonada que caracterizaba a todos los franceses, pero llevaba, también, un parche negro en un ojo.

Cuando Jabina lo miró atónita, el Duque dijo con una sonrisa:

—Armand cree que éste es un disfraz muy efectivo. Piensa que nadie puede imaginar que uno sea tuerto por gusto. Se echó a reír.

—Además, la herida que recibí en la cabeza, cuando tú y yo nos conocimos, está resultando muy útil.

Aunque en los últimos días la herida había mejorado en forma considerable, los hombres habían logrado que tuviera ahora muy mal aspecto.

La mancha rojiza producida por el golpe casi había desaparecido, pero aún se veían, muy marcadas, por encima del parche del ojo, las prominencias donde el médico había cosido la herida con seis puntadas.

No había la menor duda de que todos pensarían al verlo que había sido herido en batalla.

—No olvide— dijo el Conde al entregarle los papeles que le había preparado—, que ha sido dado de baja en el ejército, también, debido a una herida de bala en la pierna. Recuerde cojerar un poco y no se mueva con mucha rapidez.

—Así lo haré— prometió el Duque.

Tomó los papeles que le entregaron y los colocó en un bolsillo interior.

—Sus nuevos nombres son Jacques y María Boucher— continuó el conde.

—Nos hemos olvidado de una cosa muy importante— dijo el Duque de St. Croix interviniendo en el diálogo.

—¿De qué se trata?— respondió el Duque.

—Sus manos— contesto el anciano—. Muchos aristócratas fueron capturados durante la Revolución, sólo porque se olvidaron de disfrazar sus manos.

—¡Desde luego! ¡Debía haber pensado en eso! —gritó una de las mujeres.

Con un par de tijeras do uñas, tomó las manos del Duque entre las suyas y le cortó las uñas al ras.

—Ahora raspe las manos en el piso— añadió el Duque de St. Croix—. Es una forma efectiva de lograr que parezcan rudas… como si trabajara de vez en cuando.

Todos rieron, pero Jabina sabía que todo lo que se estaba diciendo ahí era de importancia vital.

El Vizconde consultó su reloj.

—Si están listos— dijo—, será mejor que acudan a entrevistarse con el General. Sería un error permitir que contrataran a otra pareja antes que ustedes.

—Sí, desde luego— contestó el Duque.

Extendió la mano hacia el Duque de St. Croix.

—Quiero agradecer profundamente a Su Señoria todas sus bondades y su ayuda.

—No queremos su agradecimiento— contestó el viejo Duque—, pero, si en algún momento, cuando se encuentren ya en Inglaterra, pueden ayudar a la causa realista, les estaremos muy agradecidos.

—Cuente con que haré todo lo que esté en mi poder— contestó el Duque.

El Duque francés miró hacia el Conde.

—¿Has dado a Su Señoria los nombres de nuestros agentes realistas, en caso de que fueran descubiertos antes de llegar a Le Havre?

—Lo hice ya.

—Como comprenderá— dijo volviéndose al Duque—, deberá recurrir a esas personas en busca de ayuda sólo en una emergencia. Todo contacto con alguien como usted los expone a ellos a un gran peligro.

—Me doy perfecta cuenta— contestó el Duque.

—Y otra cosa— continuó el viejo Duque francés—, su única probabilidad de volver a Inglaterra es, como comprenderá, el ponerse en contacto con los contrabandistas que estarán cruzando el Canal todas las noches, ahora que se ha declarado de nuevo la guerra.

Sonrió.

—Bonaparte, desde luego, como lo hizo antes, les dará toda clase de facilidades, porque cuando regresen a estas playas le traerán oro. ¡Pero, desde luego, no les permitirá llevar pasajeros en el viaje de retorno a Inglaterra!

—Me doy cuenta de ello— dijo el Duque.

—Por lo tanto, sospecho que habrá centinelas de guardia a todo lo largo de la costa. Esta podría ser una de las razones para enviar más tropas a *Le Havre,Calais* y *Boulogne.*

El viejo Duque se detuvo y añadió:

—Por supuesto, Bonaparte podría estarse preparando para cumplir cuanto antes su ambición de invadir Inglaterra.

—¡Nunca podrá hacer eso!— replicó el Duque.

—Eso es lo que pensamos, pero de cualquier modo, podría intentarlo.

—Lo haga o no— intervino el Vizconde—, habrá tropas guardando la costa. Así que ten mucho cuidado al acercarte a los riachuelos o bahías donde los contrabandistas tienen sus barcas.

—¡Lo haré!— dijo el Duque—. Y gracias, Armand. Un día tendré la oportunidad de pagarte por esto.

—Un día— dijo el Vizconde—, seré feliz si tú y *lady* Jabina pueden pasar más tiempo en París.

—Deseaba tanto visitar el Jardín Danzante otra vez— dijo Jabina con voz muy triste—. Y ya no pude ver el Louvre.

El Vizconde se llevó la mano de ella a los labios y entonces, mientras el Duque se volvía a un lado para despedirse del Duque de St. Croix, dijo en voz muy baja, que sólo ella pudo escuchar:

—Esta es su oportunidad de ayudar a John. ¿Se da cuenta?

—Sabe que trataré de hacerlo feliz— contestó Jabina, y de nuevo el Vizconde besó su mano.

No hubo tiempo para decir más.

Jabina y el Duque fueron llevados al frente de la casa, a fin de que subieran solos los sucios y roto? escalones que conducían del sótano a la calle.

Caminaron con rapidez y hablaron poco.

—De ahora en adelante debemos conversar sólo en francés— dijo el Duque en voz baja—. ¡No sólo sería peligroso hablar en inglés, sino que ésta será una oportunidad de mejorar mi acento!

—Trata de que tu voz suene un poco más vulgar— lo aconsejó Jabina.

Entonces le enseñó algunas de las expresiones que los sirvientes en su posición suelen usar.

El General era más joven de lo que Jabina había esperado, hasta que recordó que Bonaparte promovía regularmente a los jóvenes para que ocuparan altos rangos en el ejército.

Tenía la nariz muy larga y unos ojos peligrosamente penetrantes.

—¿En qué regimiento estuvo usted? ¿En dónde fue herido?— preguntó al Duque, haciendo pregunta tras pregunta, en rápida sucesión.

Por fortuna, al Duque le habían dado los detalles completos de su supuesta carrera en el ejército.

Contestó en forma servil, con palabras breves y arrastrando las vocales, lo cual disimulaba a la perfección el acento inglés.

—Veo que viene de Normandía— dijo el General consultando sus papeles—. ¿Está su familia todavía ahí?

— *Oui, mon général*— contestó el Duque—. Esa es una de las razones por las que mi esposa y yo queremos ir con usted y con *madame* a *Le Havre.*

—Necesito que trabaje duro— dijo el General con voz aguda—. ¿Está capacitado para hacerlo?

—Los doctores dicen que sí, *mon général.*

El General volvió su atención a Jabina.

—¿Ha servido antes, María?— preguntó.

Jabina, a quien también habían dado una referencia, explicó que había sido doncella personal durante dos años de una dama que, por desgracia, se había marchado de París para vivir en una propiedad que tenía en el campo.

—No había sitio para mi esposo en su casa, *monsieur,* y tenía la esperanza de conseguir un empleo donde pudiéramos estar juntos.

—Sí, sí, comprendo— dijo el General—. Bueno, *madame* Delmas les dará instrucciones sobre sus deberes. Si se quedan aquí esta misma noche, pueden ayudar a nuestros sirvientes a preparar el equipaje y ellos les informarán acerca de sus otros deberes.

—¿Estamos contratados, *mon Général?*— preguntó el Duque.

—Están contratados— contestó el General—, pero si no me resultan satisfactorios los despediré a ambos cuando lleguemos a *Le Havre.*

—Espero que le agraden nuestros servicios —dijo el Duque con humildad.

Había tanto qué hacer que Jabina, quien había estado preguntándose qué arreglos habría para ellos en cuanto a dormitorios, encontró que sólo pudo disponer de una hora para dormir acurrucada en un sofá, antes que la despertaran de nuevo para terminar de hacer el equipaje y ayudar a *madame* Delmas a vestirse para el viaje.

La esposa del General era una mujer muy poco atractiva y mucho mayor que su esposo.

Jabina no tardó en descubrir que se daba aires de grandeza porque su familia era de mayor alcurnia que la del General. De acuerdo con sus parientes, había hecho un mal matrimonio al casarse con un hombre cuya única profesión era la de soldado.

—¡Ella es la que, tiene el dinero!— susurró la doncella que estaba con ellas, al oído de Jabina.

A pesar del tono agudo de la voz del General y de su forma de dar órdenes, como si todos fueran soldados a su mando, Jabina consideraba que, de los dos, él era el más agradable.

Pero no le interesaba de modo muy particular el carácter o la personalidad de sus amos.

Todo lo que deseaba era salir de París, ya que estaba segura de que los soldados de Napoleón debían estarlos buscando por la ciudad, al no

encontrarlos en la casa, como esperaban.

El carruaje, tirado por cuatro caballos, partió con cierta lentitud y pronto se reunió con los otros vehículos que avanzaban con asombrosa rapidez sobre el empedrado irregular de las calles de París.

Jabina vio, en el corto espacio que recorrieron desde la casa del General hasta las puertas de París, un número considerable de accidentes. Además, la mugre y el agua del camino salpicaban de tal modo las faldas limpias de las damas y las medias de los caballeros, que se sintió satisfecha de ir sentada detrás de los caballos.

Una vez que salieron de las puertas de París, empezaron a moverse a una velocidad semejante a la de las diligencias.

El cochero le dijo al Duque que el General quería llegar a Verdon, que quedaba a ochenta kilómetros de distancia, antes del anochecer.

—¿Podremos hacerlo realmente?— preguntó el Duque.

—Claro que sí— contestó el cochero—. Cambiaremos caballos cada doce o quince kilómetros, y ya han sido enviados soldados adelante, para reservar los mejores animales para el General.

Era, sin embargo, muy difícil sostener ningún tipo de conversación.

Jabina se contentaba con sostenerse con firmeza en el asiento y tratar de no caer del pescante cada vez que tomaban una curva a toda velocidad, o se detenían en forma repentina.

El Duque, al advertirlo, puso su brazo alrededor de la cintura de ella y la atrajo hacia él.

—Debí haber dejado que te sentaras en el centro— le dijo con suavidad —. Estarías más segura de ese modo, pero pensé que tal vez te disgustara ir oprimida entre el cochero y yo.

Ella comprendió que el Duque había estado pensando en su comodidad y que sabía que le disgustaría la proximidad de un cochero que olía a ajo y a sudor, aunque, sin embargo, era un hombre muy eficaz con las riendas.

—No me pasará nada— contestó Jabina.

Sin embargo, el Duque insistió en que cambiaran de lugar cuando llegaron a la primera hostería de la posta.

Allí, *madame* Delmas, sin bajar del carruaje, pidió café, y el General quiso un vaso de vino.

El Duque tuvo que bajar del carruaje para traérselos de la posada. Luego, casi antes que tuviera tiempo de devolver la taza y el vaso usados, el cochero fustigó a los nuevos caballos.

—¡Oiga… no tan rápido, amigo!— suplicó el Duque—. Recuerde que tengo una bala en la pierna y eso me hace un poco torpe.

—Lo siento, camarada— contestó el cochero—, pero el General tiene prisa de enfrentarse a los ingleses. ¡Si no apuro a estos animales que casi parecen mulas, me volará la cabeza de un disparo!

—Un hombre duro, ¿eh?— preguntó el Duque.

—Quienes sir' en a sus órdenes dicen que puede ser el mismo diablo cuando quiere.

Jabina se estremeció, llena de temor.

El Duque, pensando que tenía frío, le ajustó bien la capa sobre los hombros.

—Debo tratar de buscarte una manta —dijo con voz solícita y a ella le agradó que le preocupara su bienestar.

—No tengo frío— contestó.

—Cuando menos, podemos sentirnos agradecidos de que no llueve— dijo el Duque.

El día se les hizo interminable.

Se detuvieron al mediodía para una comida rápida. El Duque y Jabina tuvieron que comer en la cocina de la posada, lo cual le pareció muy divertido a Jabina.

Colgaban de la pared largas tiras de cebollas, sartenes y ollas de latón, y un jamón que se ahumaba colgado de las vigas.

Todo era muy pintoresco, pero ello no compensaba la mugre que había en el suelo, ni la forma descuidada en que se preparaba la comida.

Sin embargo, les supo muy bien lo que comieron, aunque sin duda cualquier cocinera inglesa se habría sentido horrorizada de ver tanta basura y tanta suciedad.

Siempre que se detenían en las posadas de los pueblos, varios limosneros se acercaban al General y a su esposa. Se veían también soldados que habían perdido piernas o brazos y que andaban casi en harapos.

—¿No se hace nada por ellos después de darles de baja en el ejército?— preguntó Jabina al Duque.

—¿Acaso algún país se preocupa por los hombres que pelean por él, una vez que dejan de serle útiles?— dijo el Duque con visible disgusto.

Jabina estaba ya tan cansada, después del mediodía, que empezó a cabecear, y el Duque la atrajo un poco más hacia él y ella se quedó dormida en su hombro.

Había dormido muy poco la noche anterior, y el ejercicio desacostumbrado de inclinarse sobre los baúles, de subir y bajar corriendo escaleras, y estar en todo momento a las órdenes de la voz exigente de *madame,* la hizo sentirse más cansada de lo que había estado nunca en su vida.

Aunque sus ojos se cerraron estaba consciente del movimiento del carruaje.

Podía escuchar el chasquido del látigo y el sonido de las ruedas moviéndose sobre los caminos irregulares, aunque algunas veces le parecía que venían de tan lejos que se mezclaban con sus sueños.

Fue con un estremecimiento que oyó al Duque decir:

—Ya estamos aquí— y despertó para encontrar que entraban en esos momentos en el patio de una posada grande, bastante impresionante.

—¿Estamos ya en Verdon?— preguntó.

—¡Ochenta kilómetros en poco más de siete horas!— dijo el cochero con satisfacción.

En cualquier otro viaje, Jabina hubiera pensado, con beneplácito, que por fin iba a descansar del movimiento del carruaje y a comer algo.

Pero ahora tenía primero que cumplir con sus deberes. *Madame* Delmas fue escoltada al mejor dormitorio que había en la posada.

Exigió que le bajaran ciertos baúles en particular, los cuales se encontraban hasta abajo, en la alta pila colocada sobre el techo del carruaje.

Había que traer agua caliente, ayudarla a cambiarse de vestido y arreglarle de nuevo el peinado. Y todo el tiempo, mientras Jabina la estaba atendiendo, no dejaba de quejarse de que estaban viajando demasiado aprisa y de que el General no tenía sentimientos al esperar que ella lo resistiera.

—¿Quién quiere estar aislada en un lugar como *Le Havre,* cuando podría estar ahora en París?— preguntó repetidas veces.

—Estoy segura, *madame,* de que el nombramiento del General es de la mayor importancia— repuso Jabina, sabiendo que ella esperaba una respuesta.

—¡Claro que lo es!— contestó *madame* Delmas con brusquedad—. Pero yo no soy un soldado, y te digo que se espera demasiado de mí.

Se detuvo para preguntar:

—¿Crees que tu marido pueda atender al General en forma adecuada? No podemos permitirnos tener gente enferma con nosotros.

—Por supuesto, *madame.* Mi esposo está capacitado para cumplir con todos sus deberes.

—¡Eso espero!— gruñó *madame* Delmas.

Por fin, cuando estuvo ya lista para bajar a la sala privada donde cenaría, dio a Jabina una larga lista de cosas que necesitaba para la noche.

Incluían un cambio de almohadas, más frazadas, y un calentador de camas, que debía ser colocado entre sus sábanas, cuando menos, una hora antes que se acostara.

Para estar segura de que no se olvidaría de lo que le habían ordenado, Jabina fue en busca del mesonero o de su esposa.

Pensó que casi no los había visto desde su llegada y comprendió que ello se debía a que la posada estaba atestada de soldados—

Los podía escuchar hablando y riendo en la taberna, y podía oír, también, voces femeninas.

Encontró a la esposa del mesonero en la cocina, muy ocupada con la preparación de la cena.

—¿Más frazadas? ¿Nuevas almohadas?— exclamó la mujer—. ¡No tenemos una sola más! La posada está llena a reventar; no hay un cuarto desocupado. Tendrá que quitar las de la cama de usted, o ella tendrá que pasárselas con las que hay en su cuarto.

Jabina no veía razón para pasar frío sólo por dar gusto a *madame* Delmas.

Por lo tanto, fue a buscar al Duque y le sugirió que trajera del carruaje uno de los tapetes para las piernas, forrados de piel.

El Duque trajo uno del carruaje y lo subió al cuarto de *madame.*

—¿Has comído algo?— preguntó a Jabina, después de colocar el tapete sobre la cama.

—No he tenido un momento ni para respirar siquiera— contestó Jabina —. Pero, ya que lo mencionas, tengo hambre.

—Ven conmigo— dijo el Duque—. Antes que hagas nada más, debes comer.

—¿Resultó difícil el General?— preguntó Jabina.

—Un poco impaciente— contestó el Duque con una sonrisa—. De aquí en adelante, tendré siempre el mayor de los respetos por la diligencia de mi propio *valet.* Y no sabía lo difícil que era quitar las botas del ejército. ¡Sobre todo para un hombre que tiene la tendencia a patearlo a uno mientras lo está haciendo!

Jabina no pudo menos que echarse a reír.

Bajaron y literalmente se sirvieron ellos mismos de comer en la cocina, mientras la esposa del mesonero les gruñía y el posadero, que entraba y salía con bandejas y botellas, los empujaba a un lado para que no le estorbaran.

Por fin tomaron sus platos y se sentaron en una banca de roble que había en el pasillo, para poder comer con alguna tranquilidad.

—Esta es en verdad una aventura— dijo Jabina.

—Me alegra que la consideres así— contestó el Duque—. He estado pensando todo el tiempo que fue una gran suerte tener a Armand en París, para ayudarnos.

Jabina se estremeció.

—Yo también— dijo en voz baja—, he pensado en lo terrible que habría sido que nos hubieran encerrado en una prisión francesa, sobre todo si no me hubieran permitido estar contigo.

—Tal vez hubiera podido convencerlos de que eras su esposa, aunque habría necesitado darles muchas explicaciones sobre las razones que tuve para presentarte como mi hermana al llegar a París.

—Mi niñera decía siempre que una mentira conduce a otra.

—Estoy seguro de que es verdad— reconoció el Duque—. Al mismo tiempo, estoy orando porque nuestro disfraz, aunque sea también una

mentira, siga teniendo éxito.

—¿Cuánto tiempo más tendremos que estar con ellos?

—Hasta que lleguemos a Quillebeuf, donde, según tengo entendido, pasaremos la noche mañana— contestó el Duque—. Está como a treinta y cinco kilómetros de *Le Havre* y se encuentra muy cerca del mar. Lo que tendremos que decidir es cuándo dirigirnos a la costa. ¿Debemos hacerlo antes de llegar a *Le Havre,* donde hay una fuerte guarnición, o probar nuestra suerte en Quillebeuf mientras duermen nuestros amos?

—Creo que sería conveniente esperar a ver cómo es el lugar— dijo Jabina.

—Aunque parezca extraño, eso mismo fue lo que pensé yo. El mesonero pasó en esos momento y Jabina exclamó:

—*Monsieur,* ¿han terminado ya de cenar el General y *madame?*

—Sí, ya han terminado— contestó el hombre—, y la señora ha mencionado que desea acostarse.

—Entonces debo ir a atenderla— dijo Jabina a toda prisa.

—Te esperaré en la escalera— dijo el Duque—. Ya he subido tu equipaje. Dormiremos en el desván.

—¡Debí habérmelo imaginado!— dijo Jabina sonriendo y se echó a correr para ir a atender a *madame* Delmas.

Esto le llevó bastante tiempo. *Madame* tardó casi dos horas en meterse en la cama y aunque se quejó de tener que dormir bajo el tapete de un carruaje, aceptó que no había otra alternativa.

Jabina tuvo que prenderle el cabello en pequeños rizos, después de cepillárselo más de cien veces.

Parecían no tener fin los diferentes preparativos de belleza a los que *madame* Delmas recurría tratando de mejorar su apariencia.

El resultado, no pudo menos de pensar Jabina, no era muy satisfactorio.

Después de avivar el fuego, de guardar la ropa de *madame* y de ver que la ventana estuviera bien cerrada, se le permitió apagar las velas y dejar a su ama en la oscuridad.

No le sorprendió descubrir que el Duque ya no estaba en la escalera y pensó que tal vez la estaba esperando donde habían cenado.

Bajó a la planta inferior *y* al instante escuchó música, procedente de la taberna, muy similar al ritmo de la cual había bailado la noche anterior.

¡Estaban bailando!

Jabina sintió que los pies le hacían cosquillas por el deseo de bailar. Había dejado de sentirse cansada.

Retornaba a ella la emoción experimentada la noche anterior.

La alegre música significaba que los soldados se deslizaban en un vals como el que ella bailó en los brazos del Duque.

En forma impulsiva, sin penar en lo que hacía y en que podía ser arriesgado, extendió la mano para abrir la puerta que conducía a la taberna.

En el momento en que lo hacía escuchó la voz del Duque.

—¿Jabina!

Se volvió y lo vio venir del corredor.

—¿A dónde vas?— le preguntó.

—¡Están bailando!— dijo ella, con los ojos muy brillantes—. ¡Oh, John, vamos a bailar un poco nosotros!

—¿Estás loca? ¡Tú no puedes ir ahí!

—¿Por qué no?

—Porque sería un error.

—¡Oh, no seas tan estirado! Nadíe se fijará en nosotros. Sé que hay soldados, pero me imagino que la gente de la aldea también vendrá a divertirse.

—Es hora de que te vayas a la cama— dijo el Duque—. Nos tenemos que levantar muy temprano.

—Quiero bailar— insistió Jabina—. ¡Sólo una pieza!

—¡No!

La voz del Duque era muy firme.

—Bueno, tú puedes hacer lo que quieras— exclamó Jabina—, pero yo voy a entrar… no a bailar, pero sí a ver a los demás. Una vez más extendió la mano hacia la puerta.

Entonces, para su sorpresa, el Duque la tomó del brazo y la llevó a la fuerza hacia otra escalera angosta que conducía, supuso Jabina, a las habitaciones más económicas de la posada.

—¡Te vas a ir a la cama!— dijo el Duque con severidad. Debido a que su voz era tan autoritaria, ella se sintió enfadada.

—No tienes derecho a darme órdenes— dijo—, y con toda franqueza, no veo que haya ningún peligro en que vea a la gente bailar durante unos minutos. Si fuéramos realmente lo que pretendemos ser, eso es lo que haríamos.

—Te irás a la cama— insistió el Duque.

—Como siempre, está haciendo que todo resulte aburrido y deprimente— le dijo Jabina furiosa—. ¿Por qué no puedes disfrutar un poco de la vida?

Estaban para entonces a mitad de la escalera, que estaba adherida a uno de los muros de la taberna. El ruido que hacían los músicos y los bailarines era casi ensordecedor.

A un lado de la escalera, un poco más abajo del nivel de la vista, había una pequeña ventana de vidrio, mayor que una claraboya. Sin duda alguna era usada por el mesonero, cuando quería vigilar a sus parroquianos sin ser visto por ellos.

El Duque miró rápidamente a través de la ventana y luego, tirando del brazo a Jabina, la hizo mirar también.

—¿Es ese el tipo de cosa en que quieres participar?— preguntó con aspereza. Jabina miró con atención.

La taberna; como ella esperaba, tenía una larga barra a un lado, donde el mesonero estaba llenando vasos y tarros de cerveza.

Había músicos: uno tocaba el acordeón y otro el violín, que hacían un ruido sorprendente.

Sólo dos o tres soldados bailaban, pero estaban muy borrachos, y arrastraban a su pareja por el piso, manteniéndola en precario equilibrio.

En las mesas alrededor de la habitación, se sentaban soldados abrazados a mujeres, quienes vestían en forma vulgar y llamativa, y llevaban el rostro pintarrajeado de un color tan subido como las plumas que adornaban sus sombreros.

Varias de ellas estaban desnudas hasta la cintura. El resto exhibía las piernas de un modo que a Jabina le pareció indecente y escandaloso.

Una mujer gritaba, mientras dos soldados la levantaban para pararla sobre una mesa.

En los rincones de la habitación se veían parejas abrazadas en el suelo.

Jabina lanzó un pequeño grito ahogado. Casi no tuvo tiempo de ver toda la escena, pues el Duque la hizo retirarse.

—¿Todavía quieres bailar?— preguntó él enfadado.

—No… sabía que… sería de… ese modo…

—Otra vez debes confiar en que yo sé qué es lo mejor para ti— dijo el Duque con frialdad.

Llegaron a lo alto de la escalera, donde una vela pequeña puesta en un candelabro, alumbraba un descanso en el que se veían cuatro puertas.

El Duque abrió la más cercana a ellos y tomando la vela la llevó al interior.

Era, según observó Jabina, un dormitorio instalado en lo que fuera un desván. Toda la habitación estaba dominada por una enorme cama apilada de colchones, al estilo francés, lo que la hacía muy alta.

No había ningún otro mueble en la habitación, excepto una silla dura y un lavamanos de porcelana, con una jarra en el suelo.

—No es muy elegante— dijo el Duque con sequedad.

Se volvió a mirar a Jabina. Vio que ella tenía aún los ojos agrandados del susto a causa de lo que había visto en la taberna.

—Tranquilízate, Jabina— le dijo con suavidad—. Cierra con llave la puerta. Estarás a salvo aquí.

—¿A dónde vas… a dormir… tú?

—Encontraré algún lugar.

—Pero, la esposa del mesonero dijo que todo estaba lleno… subirán otras gentes a dormir en los otros cuartos… no puedes dejarme… sola.

—Ya te he sugerido que cierres la puerta con llave.

Levantó la vela en alto al decir eso. Tanto él como Jabina miraron hacia la puerta, construida en la forma más económica posible. Tenía sólo una pequeña aldaba. No había pestillo, ni cerradura alguna.

—Por favor… no me… dejes.

—Está bien— contestó el Duque—. Métete a la cama y yo dormiré en la silla.

—¡Eso es ridículo!— exclamó Jabina—. Necesitas dormir, lo mismo que yo. Ambos podemos dormir en la cama. Es bastante grande.

En verdad se trataba de una cama grande, pero por un momento, el Duque se quedó muy rígido.

Luego, dijo con sencillez:

—Por supuesto, eso es lo que haremos.

—¿Por qué no?— preguntó Jabina—. Después de todo, nadie lo sabrá. Y estamos casados… realmente casados.

—Sí, estamos casados— repitió el Duque—. Métete en la cama, Jabina. Yo esperaré afuera mientras te desvistes.

La forma en que salió de la habitación le pareció a ella un poco brusca y descortés. Pensó, con repentina desolación, que al Duque debía disgustarle la idea de estar tan cerca de ella.

«¡Me odia!» se dijo. «Sólo he sido para él una molestia y un fastidio desde que nos conocimos».

No era, sin embargo, un momento adecuado para la introspección. Se quitó la fea ropa con la que las aristócratas la habían vestido y encontró en su cesta de mimbre un camisón de algodón áspero, que se cerraba en el cuello.

Se lavó con agua fría y se subió a la cama.

La cama estaba a tanta distancia del suelo, como el pescante en el que había viajado en el carruaje.

Había varios colchones, uno encima del otro y, sobre todos los demás, uno de plumas, en el que se hundió Jabina.

Subió las ásperas sábanas de algodón y las frazadas hasta su barbilla y llamó:

—John!

Pensó, por un momento, que él la había abandonado, pero luego la puerta se abrió y entró.

—Es bastante cómoda— dijo—, y he empujado las plumas para hacer una pequeña montaña entre nosotros. No te incomodaré. Será casi como si estuviéramos en dos continentes diferentes.

—Eso resulta muy tranquilizador, sin duda alguna— comentó él y ella no supo si se estaba burlando de ella.

Jabina había colocado su ropa, doblada con cuidado, sobre su cesta de mimbre.

El Duque se quitó la chaqueta y la puso en el respaldo de la única silla. Luego, inclinándose hacia adelante, apagó de un soplo la vela.

Se desvistió en silencio y Jabina sintió cómo se movía la cama, cuando él se acomodó a su vez.

Las plumas parecían agrandarse, como si fueran un globo, formando una barrera entre ellos.

—¿Estás bien?— preguntó Jabina.

—Perfectamente— contestó él—. Esto es mucho más cómodo que mi lecho de anoche.

—¿En dónde dormiste?— preguntó Jabina.

—Sobre una cama que compartí con uno de los lacayos. Decidimos que no había tiempo de desvestirnos, así que nos acostamos tal como estábamos.

Jabina se echó a reír.

—Estoy segura de que Su Señoría, el Duque de Warminster, no se había dado cuenta de la vida tan incómoda que llevan los sirvientes.

—Puedes estar segura de que seré más comprensivo con mi servidumbre en el futuro.

—¿Crees-que… llegaremos a Inglaterra?

—Lo hemos hecho bastante bien hasta ahora. El General me habla como un soldado le habla a otro. Estoy convencido, de que no sospecha nada.

—*Madame* me habla como si yo fuera su esclava.

Hubo un profundo silencio, porque ambos estaban cansados. Luego, cuando al Duque comenzó a invadirlo el sueño, Jabina dijo:

—John!

—¿Qué pasa?

—Cuando dos personas duermen. . . juntas en una cama tienen… un bebé… ¿Crees que nosotros…?

—¡No!— contestó el Duque con decisión.

Hubo otro silencio y después de un momento ella dijo:

—Supongo que. . . hacen algo más que. . . dormir uno junto al otro. Con frecuencia. . . me he preguntado qué hacen, pero… nunca he tenido a nadie

a quién… preguntárselo. De nuevo se hizo el silencio y ella continuó titubeante:

—Como nosotros… estamos… de hecho… casados, ¿no podrías… decírmelo?

—En otra ocasión— dijo el Duque—. Ahora debes dormir. Te espera un largo día.

El pensó que ella lo había obedecido, pero después de una larga pausa dijo de nuevo:

—¿Es… agradable lo que dos personas hacen… juntas?

—Muy agradable… si se aman— contestó el Duque.

—Pero tú… no me… amas, ¿verdad?— murmuró Jabina y su voz se fue perdiendo lentamente en el silencio.

Después de unos minutos el Duque comprendió, al observar la tranquila respiración de Jabina, que se había quedado dormida. Se dio vuelta con mucho cuidado, para no despertarla. Pero no pudo dormir mucho.

# CAPÍTULO VII

Llegaron a Quillebeuf en las últimas horas de la tarde siguiente. Habían tenido, en términos Generales, un viaje bastante cómodo, a pesar del camino lleno de curvas de la última parte de la ruta.

Quillebeuf, que se levantaba a orillas del Sena, era una pequeña población bastante atractiva, con una sola posada, pero bastante buena.

Parecía un lugar extraño para que el General quisiera pernoctar en él, hasta que Jabina recordó que sólo les tomaría cuatro horas más llegar a *Le Havre,* al día siguiente. De ese modo, llegaría a una hora apropiada para ser recibido con la adecuada ceremonia.

Había hecho mucho calor durante el día y a Jabina le agotó recibir el sol en pleno rostro y en el cuello, mientras avanzaban a la vertiginosa velocidad exigida por el General.

El cochero había presionado a los caballos llegando a extremos de crueldad.

Como el día anterior, era casi imposible conversar, por lo que Jabina se contentó con sentarse cerca del Duque y preguntarse si él pensaba en ella tanto como ella en él.

El Duque la había despertado de un sueño profundo a las seis de la mañana y, por un momento, le resultó difícil recordar dónde se encontraba.

La enorme cama había resultado muy cómoda y casi no, se había movido en toda la noche.

El Duque ya estaba levantado y vestido. El sol entraba a raudales por la habitación, cuyas ventanas estaban desprovistas de cortinas.

—*Madame* va a querer que le lleves el café dentro de una hora— dijo el Duque—. Será mejor que te vistas y bajes a comer algo… o te quedarás sin desayunar.

Jabina le sonrió, soñolienta, el rojo cabello esparcido sobre las almohadas, los ojos pesados aún por el sueño.

Él se veía muy extraño, pensó Jabina, con el parche sobre el ojo y la herida roja en la frente.

—Estaba… soñando— murmuró ella.

El la miró y ella creyó advertir cierta ternura en su mirada.

—¡Date prisa, Jabina!— le dijo—. No debemos dar motivo a nuestros patrones para que se enfaden con nosotros. Y es vital que lleguemos a Quillebeuf.

Salió de la habitación cerrando la puerta tras él y Jabina oyó sus pisadas que bajaban la escalera de madera desnuda.

La inquietó recordar que habían dormido juntos la noche anterior y, sin embargo, el gran globo de plumas se elevaba todavía muy alto en el centro de la cama y, como ella misma había dicho al Duque, era como si hubieran dormido en continentes distintos.

Se preguntó qué habría dicho él si ella se hubiera movido de la cama para arrojarse en sus brazos y decirle:

—¡Te quiero!

Casi podía ver su implacable actitud y escucharlo decir que no la amaba y que sólo deseaba ser libre.

«¿Por qué tuve que conocerlo?» se preguntó Jabina llena de desconsuelo.

Comprendió entonces que, aunque él no la amara y aunque ella se viera obligada a dejarlo y a no volverlo a ver nunca, lo llevaría siempre en su corazón.

—Lo amo… lo amo…— dijo en voz alta.

Pero no debía molestarlo llegando tarde a atender a *madame* Delmas.

Se vistió a toda prisa. Colocó su camisón dentro del cesto de mimbre y llevó éste abajo.

Pensó que no tendría tiempo de volver a buscar su ropa, una vez que el General decidiera marcharse.

Estuvo acertada en su suposición. Apenas había terminado de vestir a *madame* Delmas, cuando el General mandó a decir que ya estaba esperando

y que el carruaje se encontraba en la puerta.

Sentada en el pescante, Jabina decidió contemplar la campiña y prestar atención a los labriegos que trabajaban los campos y a las pequeñas aldeas que dejaban atrás.

Pero Jabina se encontró pensando de nuevo en el Duque. Habían sucedido tantas cosas, en tan rápida sucesión, que sus recuerdos se mezclaban.

«Para mí ha dejado de ser un hombre aburrido, porque lo amo», se dijo. Ya sólo le importaba estar a su lado.

Era difícil tratar de evitar que él advirtiera cómo la emocionaba que le rodeara la cintura con su brazo y la acercara a él.

La tarde anterior, había apoyado inconscientemente la cabeza sobre su hombro y se había quedado dormida. Ahora, sentía el intenso deseo de frotar su mejilla contra él, de mirarlo a los ojos, de decirle cuánto lo amaba.

Trató de recapacitar. Sabía demasiado bien cuáles eran los sentimientos del Duque y estaba segura de que sólo ansiaba verse libre de ella.

Si hubieran llegado al- sur de Francia, como él intentaba, la hubiera dejado con su tía, y ya se habría olvidado por completo de su existencia.

Como no era escocés, tal vez la ley le ofreciera un resquicio para librarse, de algún modo, de un matrimonio impuesto por las circunstancias.

¡Quizá la ley escocesa no se aplicaba a los ingleses!

De cualquier manera, Jabina estaba segura de que, sin importar lo que sucediera, el Duque vería la forma de lograr que no volvieran a encontrarse nunca.

Y, como no tenía deseos de casarse, no le afectaría quedar atado a una mujer a la que no vería jamás.

Para ella, aquel futuro, lejos de él, era aterrorizante.

¡Estar separada del hombre que amaba y no poder casarse con nadie más, era un destino peor que el fuego del propio infierno!

Hubiera querido suplicarle al Duque que pensara en alguna alternativa, pero no había posibilidad de que la discutieran con el cochero junto a ellos.

Además, ninguno de los dos podía hacer nada con respecto a su problema, hasta que se encontraran a salvo en Inglaterra.

Jabina sintió un ligero estremecimiento de temor, al pensar en los escollos que tendrían que salvar para llegar a su país.

Aun cuando estuvieran ya en Quillebeuf, tendrían que encontrar a los contrabandistas, escapar de los centinelas y cruzar el Canal, lo cual era bastante difícil.

Recordaba las historias que había escuchado acerca de los barcos guardacostas que disparaban sobre los botes de los contrabandistas, quienes tenían que luchar por su vida. Y sabía de muchas personas que habían muerto en esas batallas.

De pronto, todo su espíritu de aventura la abandonó; se sintió débil y temerosa. Era mujer y no le agradaba en absoluto enfrentarse a la violencia.

Luego, con decisión, se dijo que el Duque la protegería. Tal vez no estaba interesado en ella como mujer, pero, sin duda, consideraba un deber moral evitar que le sucediera nada malo.

«¿Cómo pude pensar siquiera en atravesar Francia sola?», se preguntó.

Por primera vez, comprendió que el Duque había tenido razón al insistir en que debía ir acompañada de una persona de respeto.

«Debo decirle cuánto siento haber discutido con él en forma tan tonta acerca de eso», se dijo en silencio.

Tan pronto como llegaron a la posada en Quillebeuf, *madame* Delmas anunció que se iba a la cama.

—Voy a cenar en mi cuarto— dijo, y el General no protestó. *Madame,* no sólo estaba cansada, sino que intentaba verse lo mejor posible cuando llegaran a *Le Havre.*

Por lo tanto, necesitaba que le aplicaran en la cara una mascarilla especial de belleza, además del acostumbrado masaje en los pies y manos y en la espalda.

Todo ello tomó mucho tiempo, y cuando Jabina se vio libre al fin, se sentía acalorada y exhausta.

Después de dejar a *madame* Delmas descansando en la oscuridad de su cuarto, Jabina subió otro tramo de escalera, hacia la habitación que le había sido destinada.

La posada no estaba llena y encontró que la alcoba era muy diferente de la que habían comparddo ella y el Duque la noche anterior.

No estaba en el desván, por una parte. Había otros muebles en la habitación, además de la cama y, aunque el piso de madera estaba desnudo, se veía limpio, bien pulido y provisto de varios tapetes pequeños.

Había también un lavabo y Jabina se quitó el vestido de sarga negra y se dio un baño completo de esponja.

Luego, se puso el único vestido adicional que poseía: el de algodón delgado, que le habían dicho que una doncella usaba por las mañanas cuando tenía que hacer trabajos fuertes.

Jabina tal vez estaba invirtiendo el proceso, pero el vestido era fresco, limpio, y mucho más favorecedor que el traje negro que había usado todo el día.

La falda era amplia, sobre una enagua de algodón un poco rígida. El bajo escote se sujetaba con una jareta. Tenía mangas cortas y lo acompañaba un delantal.

Una cofia, con la que Jabina podía ocultar su cabello, completaba el atuendo.

Como casi habían llegado al final del recorrido y era muy probable que la despidieran, se cepilló lo que quedaba del polvo oscuro que cubría su pelo y dejó que éste brillara a la tenue luz del crepúsculo.

Lejos de despedirla, *madame* Delmas había expresado algunas palabras de aprobación cuando Jabina le estaba masajeando la espalda.

—Tus manos son muy suaves— había dicho—. No parece que hayas hecho nunca trabajos duros, María.

Jabina se puso rígida, preguntándose si *madame* Delmas sospecharía algo, pero la francesa había añadido:

—Quiero que conserves las manos así. Detesto que me toquen dedos ásperos. Tengo una piel muy sensitiva.

—Sí, su piel es delicada, *madame*— murmuró Jabina.

—Por lo tanto, le comunicaré a la servidumbre, cuando lleguemos a Le Havre, que te dedicarás de manera exclusiva a atenderme a mí. Que las otras doncellas se encarguen de limpiar, de lavar y de encender el fuego. quiero que te concentres sólo en mí y en mi ropa. ¿Sabes coser?

—Sí, *madame.*

—Muy bien. Aunque estemos lejos de París, no tengo por qué perder mi elegancia, ni convertirme, como tantas otras esposas de oficiales del ejército, en el proverbial espantapájaros.

—¡Usted jamás se vería así, *madame,* estoy segura!— dijo Jabina, sabiendo que el cumplido le daría a ella gran satisfacción.

Pero nada podía alterar el hecho de que el cabello de *madame* Delmas era escaso y de un color poco atractivo.

«Todo el cepillado del mundo no podría hacerlo brillar con lenguas de fuego como el mío», pensó Jabina.

Entonces recordó que el Duque debía estarla esperando. Ocultó el rojo cabello a toda prisa en la cofia, y bajó la escalera para buscarlo.

No se había dado cuenta de que era tan tarde ya, y lo encontró en la cocina, tratando de apresurar a una anciana para que preparara la cena del General.

—¡Ven y ayúdame!— dijo a Jabina—. El General se está poniendo impaciente. El mesonero está sirviendo bebidas a otros viajeros y no puedo hacer que esta buena mujer se mueva.

—Yo la ayudaré— dijo Jabina.

Con gran cortesía ofreció su ayuda, que fue aceptada con gratitud y, poco después, la anciana madre del posadero había dejado en sus manos la confección de una *omelette,* mientras ella se dedicaba a terminar el gallo al vino y las carnes frías que completarían el menú.

—Ve a poner la mesa— dijo Jabina al Duque—. Da al General bastante de beber para tenerlo contento.

—¡Eso he estado haciendo!— dijo el Duque con una sonrisa. Pero obedeció, y cuando volvió a la cocina la *omelette* estaba lista.

Jabina la deslizó en un plato y le dijo:

—¡Date prisa! Procura hacer que la coma cuando todavía está caliente. Yo terminaré de cocinar el gallo y puedes volver por las carnes frías.

Como, a su regreso, el Duque iba cargado con una tarta de pichón, asado de ternera y unas salchichas grandes, que sabían mucho a ajo, Jabina tuvo que ayudarle a llevar la fuente que contenía el gallo al vino a la salita privada donde esperaba el General.

Era una habitación pequeña, pero muy atractiva. Estaba provista de un gabinete estilo bretón contra un muro y un aparador junto al otro, y de una larga banca tallada, cubierta de cojines, frente a la chimenea.

El techo estaba formado por grandes vigas y cubría el piso de losetas una enorme cantidad de tapetes.

La escena, en General, resultaba muy pintoresca. El General se encontraba sentado ante una mesa pequeña, con varias copas de vino, ya vacías, cerca de su codo.

Volviéndose hacia Jabina, dijo:

—Jacques me dice, María, que tú cocinaste la *omelette.* Jabina asintió con la cabeza.

—Está muy buena. Veo que tendremos que promoverte a un lugar en la cocina cuando lleguemos *a Le Havre.*

—Me temo que *madame* no permitirá eso, *monsieur*— contestó Jabina —. Ya me ha dicho que quiere que la atienda a ella en forma exclusiva. Pero al mismo tiempo, *monsieur,* yo no podría permitir que usted pasara hambre.

—Parece que no hay peligro de eso esta noche— dijo el General sonriendo.

El Duque llenó la mesa de platos con diferentes manjares alrededor del General, y Jabina le ofreció el gallo al vino.

El General se sirvió una porción generosa y ella recordó entonces la ensalada que había preparado y corrió a la cocina a traerla.

No había pudines como postre, puesto que la anciana era incapaz de preparar tales delicadezas, pero había queso y fruta fresca. El General declaró que estaba satisfecho y que no quería comer más.

Ordenó al Duque que le sirviera un poco de *coñac* y, mientras él iba a traerlo al mostrador, Jabina apiló los platos sucios en una bandeja para llevarlos a la cocina.

—¿Quiere café, *monsieur?*— preguntó.

—Sí, creo que tomaré café, pero procura hacerlo tú misma.

—Por supuesto, *monsieur.*

Jabina volvió a la cocina y encontró al Duque en el pasillo, con una botella en la mano.

—Tengo algo que decirte— murmuró él en voz baja—, tan pronto como hayas terminado.

—El General quiere café.

—Nos daremos prisa en llevárselo, pero sí quiere algo más, ¡que se lo sirva él mismo!

—¿Estás dispuesto a decírselo así?— preguntó Jabina en tono de broma.

Corrió hacia la cocina para preparar el café. Puso una taza y un plato en una bandeja, encontró una azucarera, y lo llevó todo a través del pasillo hacia la salita privada.

El Duque estaba todavía con el General, quien se encontraba con una copa de *coñac* en la mano, vuelto de espaldas hacia la chimenea, perorando sobre un tipo de táctica que había empleado en una batalla en la que, sin duda alguna, debió haber tenido gran éxito.

—¡Ah! ¡El café!— exclamó cuando Jabina entró—. Eso es todo, Jacques. Llévese mi espada y vea que esté perfectamente limpia para mañana. Me pareció que la empuñadura no estaba hoy tan brillante cómo debía estar.

—Lo haré ahora mismo, *mon général* —contestó el Duque con aire servil.

Tomó la espada de una mesita lateral donde el General la había puesto, unida a un cinturón de brillante colorido.

Jabina colocó el café sobre la mesa y se dispuso a seguir al Duque, pero el General la detuvo diciendo:,

—Sírveme el café. Tomo dos cucharadas de azúcar.

—*Oui, monsieur.*

Jabina hizo lo que le decían y llevó la taza de café al General.

El la estaba mirando, pero no hizo ningún esfuerzo por tomar la taza que ella le ofrecía.

—Tienes una piel muy blanca, María— le dijo después de un momento.

—Eso me han dicho, *monsieur.*

—¿Eres feliz con tu esposo?

—Sí, *monsieur.*

—¿Él es bueno contigo?

—Muy bueno, *monsieur.*

—¿*Y* aprecia tu blanca piel?

Había algo en el tono de voz del General que hizo a Jabina sentirse nerviosa.

Puso la taza de café, con mucho cuidado, en la mesita cercana a la chimenea.

—Si no necesita nada más, *monsieur*— dijo—, debo ir a ayudar a mi esposo.

—Él puede limpiar una espada sin tu ayuda. Quédate y cierra la puerta con llave— ordenó el General.

La orden sobresaltó a Jabina.

Miró a los ojos del General y sintió un temor repentino que nunca en su vida había experimentado antes.

—¿Cerrar... la puerta con llave, *monsieur?*— preguntó titubeante.

—Ya oíste lo que dije.

—Creo… que debo ir… al lado de mi… esposo.

Empezó a moverse, pero cuando casi llegaba a la puerta, el General dijo con suavidad.

—Me parece que Jacques se ha recuperado en forma notable de sus heridas. Creo que mañana lo haré examinar por el oficial médico en *Le Havre*. Si ya está bastante bien, debía estar peleando por Francia.

—¡Oh, no! ¡No puede hacer eso!— dijo Jabina, pero entonces recordó que el día siguiente, ni ella ni el Duque estarían ahí.

Como si adivinara sus pensamientos, el General añadió:

—Desde luego, por otra parte, si pensara que está eludiendo su deber, podría hacerlo arrestar esta misma noche. Hay soldados estacionados en Quillebeuf. Los vi al entrar en la población.

—¿Por qué? ¿Por qué iba usted a hacer una cosa así?— preguntó Jabina con desesperación.

—Cierra la puerta con llave y te lo diré— contestó el General.

Tratando desesperadamente de pensar en qué debía hacer y, al mismo tiempo, aterrorizada de que el General pudiera poder llevar a cabo sus amenazas, Jabina caminó con lentitud hacia la puerta.

Pensó que tal vez pudiera abrirla y salir corriendo a buscar al Duque, pero comprendió que ello lo pondría a él en grave peligro.

—Cierra y entrégame la llave— dijo el General, y ahora ya no había la menor duda del tono terminante de su orden.

La cerradura era grande, lo mismo que la llave.

Jabina empezó, obedientemente a darle vuelta a la llave. De pronto, se le ocurrió que debía pretender que estaba haciendo lo que el General le ordenaba, pero que debía dejar la puerta abierta para poder escapar.

Movió la llave en la cerradura, sin darle vuelta, la sacó y caminó de nuevo a través de la habitación con ella en la mano.

Tenía los ojos muy grandes y asustados y, por alguna razón, su cerebro parecía haberse petrificado y se negaba a funcionar.

Extendió la llave hacia el General y él a su vez alargó la mano, pero no para tomar la llave, sino para quitarle a ella la cofia que le cubría la cabeza.

Como el cabello no estaba sujeto con horquillas, las brillantes guedejas rojas cayeron sobre los hombros de Jabina.

El fuego de su cabello pareció encender una llama en los ojos del General.

La miró por un momento, y luego tomándola en sus brazos, la arrojó sobre la banca.

Por un instante, Jabina perdió el aliento, tanto por la sorpresa, como por la brusca acción de aquel hombre y cuando lanzó un grito, el General se arrojó encima de ella.

Ella creyó que trataría de besarla, por lo que volvió la cara, que golpeó contra el duro respaldo de madera de la banca, pero el General comenzó a romper el cuello de su vestido, tirando de la tela con fuerza, dejando al descubierto, primero uno de sus senos, y luego el otro.

Jabina volvió a gritar.

Se le ahogaba la voz, no sólo por el paralizante temor que sentía, sino por el hecho de que el General estaba encima de ella y era un hombre muy pesado.

Sentía aquellas manos ásperas contra su piel desnuda y cuando él trató de bajarle la falda, gritó de nuevo.

El la hizo caer pesadamente hacia adelante, golpeándole la frente con tanta fuerza que casi la dejó sin sentido.

Un segundo después, se vio libre del enorme peso del General. Volvió la cara y vio que el Duque lo estaba arrastrando hacia el suelo.

Surgiendo del centro de la espalda del General, hundida en su cuerpo, se veía su propia espada.

—John! John!— gritó Jabina.

Las piernas del General golpearon el suelo con un golpe sordo. Jabina trató de sentarse, pero sus músculos no la obedecían.

Estaba temblando de pies a cabeza, como si tuviera fiebre. Entonces se dio cuenta de que tenía los senos desnudos y estuyo a punto de echarse a llorar.

La voz del Duque sonó aguda… tan aguda que Jabina sintió como si le hubieran arrojado un cubo de agua fría en la cara:

—¡Levántate y ayúdame! Cierra con llave la puerta; podría venir alguien.

Por un momento, Jabina casi no se dio cuenta de lo que él estaba diciendo, hasta que el Duque arrastró al General para alejarlo de la banca. Temblando, se puso de pie y levantó la llave del piso, donde la había dejado caer.

—¡Ciérrala, pronto!— ordenó el Duque—. Y después, abre ese guardarropa.

Jabina, haciendo un esfuerzo, llegó a la puerta, dio vuelta a la llave y miró a su alrededor. Vio que el Duque estaba arrastrando al General, muerto o inconsciente, hacia el gabinete estilo bretón, que sin duda alguna había sido usado como guardarropa.

Jabina se apresuró a abrir la puerta del gabinete.

Estaba vacío. Sólo había un anaquel en la parte superior para los sombreros y unas cuantas clavijas de madera para colgar la ropa.

El Duque empujó al General, con la cara hacia delante, hacia el interior de gabinete. Después, le dobló las piernas hacia arriba y hacia atrás, para poder cerrar la puerta.

Cerró el gabinete con llave y arrojó ésta al fuego.

—Esperemos que no lo encuentren pronto— dijo con voz calmada.

Su tranquila actitud, aplacó el pánico de Jabina. Seguía temblando, pero con menor violencia.

El Duque la miró a la cara y tomando la botella de coñac que estaba sobre la mesa le sirvió un poco en un vaso.

—¡Bebe esto!

—¡No! —trató de decir Jabina, pero él le puso el vaso en los labios y la obligó a beber.

Jabina empezó a toser y sintió que se ahogaba, mientras aquella bebida fuerte penetraba en su cuerpo.

Pero dejó de temblar. El Duque la tomó del brazo y cruzó con ella la habitación, en dirección de la puerta. Dio vuelta a la llave, se asomó y después la hizo salir a ella.

Cerró la puerta de la salita con llave y empujó ésta bajo la puerta, de modo que quedó dentro de la habitación.

—¡Eso los va a desconcertar un poco!— dijo en voz baja—. ¡Ven! Debemos irnos ahora mismo.

Jabina miraba todo con ojos muy abiertos, mientras sus manos sostenían sobre su pecho los trozos de tela rasgada.

El Duque miró a su alrededor.

En el vestíbulo estaba colgado el abrigo del General y junto a él, debido a que Jabina no había considerado necesario subirla porque hacía mucho calor, estaba la capa, con bordes de piel de marta cebellina, que *madame* Delmas llevaba puesta al salir de París.

El Duque tomó la capa, la puso sobre los hombros de Jabina y dijo con suavidad:

—Toma mi brazo. Si alguien nos ve pensarán que vamos a tomar un poco de aire.

Recorrieron el pasillo juntos, pero no encontraron a nadie.

La anciana estaba ocupada en la cocina acompañada de una joven ayudante. El mesonero continuaba sirviendo bebidas en la taberna de la posada.

Llegaron al patio y el Duque, después de mirar a su alrededor a toda prisa, vio una carreta abierta, como la que usan los campesinos, tirada por un caballo, que había sido atado a un poste.

Caminó con tal velocidad, que Jabina encontró difícil mantenerse a su paso. Cuando llegaron a la carreta, él la levantó en brazos para subirla al pescante. Luego, desató el caballo y lo llevó de la rienda para sacarlo del patio.

Se oía ruido de risas y voces.

A través de las ventanas de la posada, Jabina pudo ver a varios hombres reunidos alrededor del mostrador, pero el ruido que hacían impedía que oyeran las ruedas de la carreta, y Jabina comprendió que, aunque ella podría verlos, ellos no la podían ver a ella.

Apenas salieron de la posada y se encontraron en el camino abierto, el Duque trepó a la carreta y, tomando las riendas, fustigó al caballo para que se moviera.

—No tenemos que ir demasiado lejos— dijo—. He averiguado que los contrabandistas vienen hasta la boca del río. En un lugar, a dos kilómetros de aquí, recogen el contrabando.

Jabina no dijo nada y después de un momento, él añadió:

—Eso es lo que quería decirte.

—Pensé… que no me habías oído… gritar— dijo Jabina con un sollozo.

—Fue culpa mía— dijo el Duque—. No debí haberte dejado sola con él. ¡Estos malditos franceses son todos iguales… cerdos lujuriosos!

Había tanta violencia en su tono que Jabina lo miró sorprendida y en el momento en que lo hacía, el Duque tomó el parche que cubría su ojo y lo arrojó lejos.

—¡Gracias a Dios puedo deshacerme ya de esto!— exclamó—. Por fortuna, no me impidió ver el lugar exacto de la espalda de un hombre en el que se le puede clavar un instrumento afilado para matarlo.

—Lo mataste… ¡con su propia espada!— dijo Jabina horrorizada.

—Hubiera querido dispararle con su pistola y hacerle un agujero con su propio cañón— dijo el Duque con furia.

—Creo que yo sabía que tú… me salvarías— dijo Jabina con voz baja —. Al mismo tiempo… fue… ¡horrible! No pensaba que un hombre que se suponía era un caballero pudiera hacer una cosa así.

—Tienes mucho que aprender.

—Ahora ya lo sé— dijo ella con gran solemnidad—. Tenías tanta razón… jamás habría podido viajar sola a través… de Francia.

El Duque no contestó y Jabina tuvo la impresión de que no quería hablar.

Ahora que habían ya pasado el pueblo, empezaba a moverse con mayor cautela en la oscuridad. Sin embargo, la noche no era muy oscura y les permitía ver el angosto camino que corría paralelo al Sena.

Debieron avanzar poco más de un kilómetro antes que el Duque detuviera al caballo.

—Vamos a caminar desde aquí— dijo—. No he olvidado lo que el Duque de St. Croix nos dijo sobre los centinelas.

—¿No sería mejor ponernos en contacto con los agentes realistas?— preguntó Jabina—. Ellos deben saber mejor que nosotros dónde pueden estar los contrabandistas.

—No hay tiempo para eso. Cuando encuentren al General, registrarán meticulosamente toda la zona. ¡Si no escapamos esta noche, Jabina, nos arrestarán bajo la acusación de asesinato!

El Duque habló con gran seriedad y Jabina se estremeció.

—No quiero asustarte— dijo el Duque con voz más gentil—, pero no debemos permanecer en Francia un minuto más de lo necesario.

—No, pot supuesto que no— contestó ella.

El Duque la ayudó a bajar de la carreta e hizo al caballo dar la vuelta y volverse en la dirección por la que habían venido.

Tomó a Jabina de la mano y empezó a caminar con ella por el camino opuesto al río.

—¿No sería mejor seguir el curso del agua?— murmuró ella.

—Eso es exactamente lo que esperarían que hiciera un forastero— contestó el Duque.

Habían caminado un poco, cuando de pronto el Duque tiró de la mano de Jabina y la hizo esconderse junto a un arbusto. Le puso un dedo sobre los labios para que callara.

Mientras iban en la carreta, las estrellas, y una luna pálida, habían aparecido en el cielo.

La luz era escasa, pero no les impidió ver a dos soldados que, con las espaldas vueltas hacia ellos, miraban hacia el río.

El Duque se quedó muy quieto.

—Tenemos que correr un riesgo— murmuró después de unos momentos —. Ve adonde están esos hombres y diles que has perdido tu perro. Trata de convencer a uno de ellos para que vaya a buscar al animal, pero procura conversar mucho con el otro.

Jabina estaba inmóvil, pero aunque él no podía verla, el Duque comprendió que lo estaba mirando, valiente!— le dijo con suavidad—. Si hay dificultades, te juro que te salvaré.

Y como ella se dio cuenta de que él confiaba en su valor, Jabina se obligó a sí misma a obedecerlo.

Hubiera querido aferrarse a él, decirle que no lo dejaría, pero comprendió que la despreciaría como a una mujer cobarde.

Con gran esfuerzo se incorporó y se lanzó al centro del camino, silbando al hacerlo.

—¿Pido! ¡Fido!— llamó y silbó de nuevo.

Vio que los dos soldados se volvían con brusquedad al escuchar su voz.

Entonces un hombre, que ella supuso debía ser el mayor de los dos, salió al centro del camino y le cerró el paso.

Estaba a punto de hablar, pero Jabina se le adelantes.:

—¡Oh, *monsieur.* ayúdeme, por favor! ¡Tengo un terrible problema!

Se retiró la capucha de la capa al hablar, para que él pudiera verle la cara a la luz de la luna.

—¿Qué sucede, *mademoiselle?*— preguntó el soldado.

—Mi ama me ordenó que paseara a su perro— dijo Jabina con un convincente sollozo— pero el animalito se me escapó. ¡Se pondrá furiosa conmigo si no lo encuentro!

—¿Cómo es el perro?— preguntó el soldado.

Ahora el otro hombre que hacía la guardia con él se había acercado a ellos.

—Es pequeño, de piel oscura y muy inteligente— contestó ella—. Siempre acude cuando lo llamo. ¿Cree que alguien haya ar podido robárselo?

—Lo más probable es que se haya metido en el agujero de algún conejo — dijo el hombre—. Anda, Henri, da una vuelta a ver si lo encuentras. Sílbale.

—Está bien— dijo el otro soldado—. ¿En qué dirección se fue, *mademoiselle?*

—Creo que por ahí— dijo Jabina, señalando con la mano hacia el camino opuesto al río—. Por favor, silbe fuerte, porque es posible que no me haya escuchado a mí, si estaba ocupado en perseguir un conejo.

—Es lo más probable —dijo el cabo—. Anda, Henri, tú tienes especial talento para tratar a los perros.

El soldado más joven se puso en camino, silbando con fuerza al hacerlo.

Jabina levantó la mirada hacia el cabo.

—Es usted muy bondadoso— le dijo—. Es muy difícil encontrar empleos en estos tiempos y no quiero perder el que tengo.

—Estoy seguro de que alguien le daría empleo si lo necesitara— dijo el cabo en un tono de pesada galantería.

—Es muy difícil. La dama con la que estoy trabajando ahora es muy dura y me trata muy mal. Pero tengo que sostener a mi madre y a tres hermanas. Mi padre y mi hermano están actualmente en el ejército.

—¿De veras? —preguntó el cabo, interesado—. ¿Y en qué regimiento están?

Jabina nombró el regimiento mencionado en los papeles del Duque.

—¡Ah! ¡Lo conozco muy bien! Un grupo de valientes… aunque fueron diezmados en Austria…

—¿Usted cree que… mi padre y mi hermano… pueden haber… muerto? — preguntó Jabina con voz temblorosa—. No hemos… sabido de ellos en mucho… tiempo.

—No, deben estar bien— dijo el cabo con aire tranquilizador, como si lamentara haberla preocupado—. Es sólo que la guerra es la guerra y la vida, con frecuencia, es muy incierta.

—Sí que lo es. Y debe ser duro para ustedes tener que hacer guardia, haga frío o calor, noche tras noche.

—Tenemos que estar alertas para evitar que se cuelen los espías. Y ahora nos dicen que hay una gran cantidad de turistas tratando de escapar de

Francia. ¡Malditos ingleses! Mientras más pronto los tengamos en prisión… será mejor. ¡Eso es lo que yo digo!

Mientras el cabo estaba hablando, algo le pegó con fuerza en la parte posterior de la cabeza. Su cabeza se inclinó hacia adelante al sentir otro fuerte golpe, que el Duque le aplicó con una piedra, con tanta violencia, que lo dejó del todo inconsciente.

El cabo rodó al suelo y el Duque tomó a Jabina de la mano, para echar a correr con ella hacia la orilla del agua.

Siguieron corriendo hasta que, casi frente a ellos, vieron que el río daba una ligera vuelta, al final de la cual se veía una casucha.

Era difícil distinguirla con exactitud, se percibía una luz en su interior. A través de una puerta abierta, Jabina vio hombres que entraban y salían, llevando bultos sobre los hombros.

El Duque, sin soltar a ‘Jabina, se acercó más. Los hombres bajaban al río, donde había un bote grande atado a la orilla.

El Duque se fue acercando más y más. Se ocultó primero bajo unos arbustos y luego bajo gruesos juncos que crecían a la orilla del agua.

—¿Cuánto más falta para terminar?— oyó decir a un hombre en inglés, con un pesado acento de hombre de campo.

—Con cuatro barriles más llenaremos la popa —contestó otro hombre, también de voz rústica—. Después seguiremos con la proa.

El Duque se quedó inmóvil y Jabina casi no se atrevió a respirar.

Cuatro hombres, cada uno llevaba un barril redondo sobre los hombros, los depositaron en el bote y volvieron a la casucha.

Se escuchaba el rumor de sus voces y, cuando el último hombre desapareció, el Duque tiró de la mano de Jabina.

Manteniéndose todavía a la sombra de los juncos, se inclinó hacia la parte posterior del bote. Sacó tres barriles y los arrojó al agua.

Levantó a Jabina en brazos y la depositó en el hueco que había hecho en la carga y, mientras ella se instalaba lo más cómodamente posible, él se deslizó a su lado.

Se acababan de instalar, quedando ocultos por la pila de barriles a cada lado de ellos, cuando los hombres regresaron.

Jabina temblaba de miedo.

Se daba perfecta cuenta de que los contrabandistas se vengarían sin vacilación de quien había dispuesto de parte de la carga por la que ya habían pagado.

Por fortuna, el hombre que daba las órdenes estaba muy ocupado acomodando el resto del contrabando en la proa.

—Pongan los bultos de tabaco en el centro— ordenó—. No queremos que los salpique el agua.

—¡No podemos meter ya mucho más!— comentó otro hombre.

—¡Te sorprendería ver lo que somos capaces de llevar!— contestó el hombre que daba las órdenes—. ¡Vamos a ganar una fortuna con este pequeño lote, no te quepa la menor duda!

—Espero que tengas razón— dijo otro hombre—, pero si la carga es muy pesada no podremos escapar de los guardacostas.

—¡Deja de gruñir!— rugió el jefe—. ¡Nos traerá mala suerte!

Los contrabandistas, que parecían ser supersticiosos, volvieron a la casucha. Luego, llegaron otros hombres con más barriles que colocaron en la proa. Jabina podía sentir cómo el bote se hundía cada vez más en el agua.

—¡Hemos terminado… es todo!— exclamó el jefe—. Diles a los demás que se preparen. No debemos perder tiempo.

—No— contestó el hombre que se había mostrado inquieto—. Tenemos que llegar antes que amanezca.

—¡Claro que estaremos ahí mucho antes!— contestó el jefe. Jabina se acomodó un poco mejor.

Disponía de muy poco espacio para estar sentada y el Duque tuvo que rodearla con sus brazos para que ambos cupieran en el espacio que había quedado disponible cuando él quitó los barriles.

Los hombres llegaron corriendo desde la casucha.

Debían ser unos veinte remeros. Eso significa que se trataba de un bote grande y que cruzaría el Canal más rápidamente que sí se hubiera tratado de un tipo de bote más pequeño.

Un francés, sin duda, había acudido a despedirlos, porque, cuando empezaron a moverse empujando el bote para alejarlo de la orilla con los

remos, una voz, de acento definitivamente francés dijo:

—¡Au *revoir, méssieurs! ¡Bon chance!* Los esperamos la próxima semana.

—¡Nos veremos entonces, franchute!— gritó uno de los remeros y empezaron a avanzar por el río.

—¿Qué tal te fue?— le preguntó uno de los hombres a su compañero.

—Bastante bien— contestó el otro—. Estos franchutes son buenos para el regateo, pero quieren comerciar de nuevo, ahora que la guerra ha comenzado de nuevo. Necesitan nuestro oro, como todos sabemos. Y están dispuestos a vendernos cualquier cosa a cambio de él. ¡Nos venderían hasta a la propia Josefina… si quisiéramos comprarla!

Todos se echaron a reír del comentario.

Entonces el jefe dijo con brusquedad:

—Ya tendremos tiempo de reír cuando estemos a salvo, en casita. Dense prisa ahora. El viento arreciará en cualquier momento y, si es fuerte, podría llevarse a alguno de ustedes al agua o hacer que alguien se maree.

—Estamos demasiado nerviosos para marearnos, Bill— contestó uno de los hombres.

Se dedicaron a remar y con notable pericia. Recorrieron el último tramo del río a toda velocidad y pronto Jabina pudo sentir las olas del mar golpeando contra el casco del bote.

Cuando estuvieron a la mitad del Canal, empezó a soplar un fuerte viento y Jabina se alegró de no tener tendencia a marearse.

Los remeros avanzaban en silencio, a excepción de algún gruñido ocasional producido por el cansancio. No había duda de que estaban usando todos sus músculos y toda su energía en su afán de llevar a lugar seguro la carga que transportaban. Como el barco iba muy cargado, tenían que hacer un gran esfuerzo.

Jabina empezó a sentir agudos calambres, pero no se atrevió a moverse.

El Duque iba aún más incómodo, pues al menos ella podía recostarse sobre él y sus brazos la protegían de los barriles que se movían de vez en cuando, a causa de las fuertes olas.

Jabina apoyó la cabeza contra el hombro del Duque y cerró los ojos. Trató de imaginar que él la tenía tan cerca de su pecho porque así lo

deseaba.

Pensó que si él inclinaba la cabeza, sólo un poco, le sería fácil besarla. ¡Casi podía sentir los labios de él sobre los suyos!

Aquel pensamiento la hizo estremecer, y como el Duque pensó que debía tener frío, apretó más el brazo con que la rodeaba y con la mano que tenía libre cerró un poco más la capa en torno a su cuerpo.

Jabina lo amaba porque era bondadoso y considerado con ella. Jamás imaginó que un hombre fuera capaz de matar para salvar su honor.

Al pensar en los soldados que había visto en la taberna la noche anterior y al recordar la conducta del General esa noche, se sintió muy joven y muy ignorante.

«¿Cómo pude hacer algo tan tonto como huir de casa», se preguntaba ahora? «¿Cómo pude imaginar que podía cuidarme sola por el mundo?».

Por primera vez desde que conoció al Duque, se le ocurrió preguntarse qué le habría sucedido si él hubiera sido un hombre como el General.

O, tal vez, pudo encontrar en su camino a soldados como aquellos que actuaban en forma tan indecente en la taberna.

Comprendió lo afortunada que había sido cuando el Duque aceptó llevarla en su carruaje y transportarla después en su yate a Francia.

Ella había, protegido, la había librado de muchos peligros de los que no se había dado cuenta nunca, hasta entonces.

Comprendió que toda su vida recordaría la espada que sobresalía de la espalda del General y le parecería volver a ver al Duque, arrastrándolo por el suelo para ocultarlo en el gabinete bretón.

¡Él había matado a un hombre para salvarla!

De pronto, Jabina sintió deseos de llorar.

Quería llorar a gritos porque había tenido miedo, porque el Duque la salvó y porque quería que él comprendiera su enorme agradecimiento.

Comprendió, sin embargo, que debía controlarse. Si lloraba, haría ruido, y los contrabandistas los descubrirían.

Sabía que, si eran descubiertos, aquellos hombres no vacilarían en arrojarlos a ambos por la borda, tal como el Duque arrojó los barriles al agua para tener el espacio que necesitaban.

Si eso sucedía, nadie sabría nunca que había sido de ellos. Morirían y pronto serían olvidados.

«No debo dejarme dominar por mi imaginación», se dijo Jabina a sí misma, como lo había hecho antes con mucha frecuencia.

Pero esta vez sabía que el peligro en el que estaban era . real y, hasta que no llegaran a las costas de Inglaterra, debían estar en guardia.

«¡Por favor, ¡Dios mío, déjanos llegar!» oró.

Entonces, con la mejilla pegada contra el hombro del Duque, murmuró para sí:

«Y, por favor, haz que John… me quiera… un poco… que no desee librarse de mí… demasiado pronto… ¡Por favor, Díos mío!».

# CAPÍTULO VIII

Las horas pasaron con lentitud y Jabina empezó a sentirse soñolienta.

El movimiento del bote balanceado por las olas y el fuerte aíre marino hacían que le costara trabajo mantener los ojos abiertos. Además, todo lo que tenía frente a su vista eran los barriles de madera.

Empezaron a dolerle las piernas. Estaba segura de que el Duque estaba experimentando las mismas incomodidades, mientras la sostenía entre sus brazos.

Pero era imposible moverse y, después de algún tiempo, Jabina trató, en forma deliberada, de no pensar, de no tener miedo, de olvidarse de todo, excepto de que se encontraba muy cerca del Duque, recostada contra su pecho.

Trató de recordar cuánto tiempo tomaba cruzar el Canal y tuvo la impresión de que, en los botes más rápidos, los contrabandistas podían ir de Dover a Calais en tres horas.

Estaba segura, sin embargo, de que como el bote en el que iban ahora estaba tan cargado ello les tomaría mucho más tiempo.

Se quedó dormida y empezó a soñar y se vio de nuevo en la salita de la posada, con el General encima de su cuerpo. Podía sentir su peso, oprimiéndola, y abrió los labios para gritar.

El Duque, con una extraordinaria percepción, debió darse cuenta de lo que estaba sucediendo, porque le cubrió la boca con una mano y Jabina despertó con un estremecimiento.

Ella sintió los tibios dedos de él contra sus labios helados, y comprendió que había evitado que revelara a gritos a los contrabandistas su escondite.

«Lo… siento» hubiera querido decir, pero sabía que no debía hablar. Se concretó a dirigirle a él una mirada suplicante. El Duque retiró la mano de su boca, al comprender que ya estaba despierta.

Jabina podía ver ahora el rostro del Duque, aunque de un modo impreciso, a través de la suavidad luminosa de la neblina matutina.

Empezaba a amanecer, y en el cielo, que no podían ver, las estrellas debían estarse apagando ya. Pronto los primeros rayos del sol ahuyentarían las últimas sombras de la noche.

«Gracias al cielo por la neblina», pensó ella, pues comprendía que ello evitaría que fueran vistos al acercarse a la costa de Inglaterra.

Tuvo la impresión de que el Duque le estaba sonriendo, pero no podía estar segura.

Sólo sintió que su brazo la oprimía un poco más, como si quisiera tranquilizarla. Y sus dedos, que antes le habían tapado la boca, le tocaron la cara con gentileza, como si quisiera decirle que todo iba bien.

El rostro del Duque estaba muy cerca del suyo y ella sintió el deseo repentino de besarle la mejilla.

Pero temió que, como en otras ocasiones, él se pusiera rígido y en guardia si hacía una cosa así.

Aparecería en su rostro la misma expresión de desdén y de desprecio que había advertido en él cuando se enfureció con ella en la posada, en Escocia, y le aseguró que no tenía deseo alguno de casarse.

Jabina había esperado que, en el tiempo transcurrido, él hubiera cambiado la opinión que tenía de ella, pero no estaba del todo segura.

Si él se hubiera encariñado con ella, siquiera un poca, ¿no se lo habría demostrado cuando compartieron la misma cama en Verdon?

¿No la habría tomado en sus brazos y la habría besado después de que el General la asustó tanto y de que lo habían ocultado en el gabinete bretón?

«Aun ahora» pensó, «a pesar de que estamos ya tan cerca de casa y sus brazos me rodean, no ha demostrado el menor interés en mí».

Hubiera sido tan fácil para él besarle la frente, y decirle sin palabras que sabía que estaba asustada, pero que él la protegería.

«¡No soy nada para él! ¡Nada!» se dijo Jabina llena de tristeza.

Levantó la vista, y sus ojos quisieron traspasar la neblina para verlo con claridad.

Y, en ese mismo segundo, se escuchó el sonido de un bote que se acercaba a ellos y una voz gritó:

—¡Alto… en nombre de Su Majestad el Rey Jorge III… identifíquense!

Las palabras se escucharon con claridad a través de la niebla, y aun antes que terminaran de ser pronunciadas se oyó un golpeteo de remos del otro lado del bote, y una segunda voz gritó con fiereza:

—¡Identifíquense en nombre de Su Majestad! Este es un guardacostas, y si no recibimos respuesta, abriremos fuego.

—¡Oh, Dios mío!— exclamó uno de los remeros—. ¡Estamos atrapados! ¡Esto significa la horca!

—¡Sí, estamos atrapados!— gimió otro hombre.

Entonces, para asombro de Jabina, el Duque se puso de pie, sosteniéndose de los barriles que estaban frente a él para mantener el equilibrio.

—Dejen esto en mis manos— gritó en medio de la neblina—. ¡Soy el Duque de Warminster, y he escapado de Francia! Necesitamos ayuda para poder desembarcar.

Hubo un momento de silencio antes que se escuchara uña exclamación de asombro de todos.

El Duque les dijo en voz baja a los hombres que estaban frente a él:

—¡Tiren la carga por la borda! ¡Rápido!

Los contrabandistas debían estar tan asombrados por la presencia del Duque como los hombres del guardacostas. Entonces, una voz gritó a través de la niebla:

—¡Deme su nombre de nuevo! ¿Dice que escapó de Francia?

—¡Sí! Conseguí la ayuda de estos hombres para que me trajeran a Inglaterra— dijo el Duque—. Como he dicho antes, soy el Duque de Warminster y necesito de la protección de ustedes. Por favor, dígannos dónde podemos desembarcar.

Los contrabandistas estaban muy ocupados arrojando las pacas de tabaco y los barriles de coñac al mar.

Cada cosa caía con un leve sonido al tocar el agua. Entonces, mientras varios hombres despejaban la proa, otros se dedicaron a la popa. Y, cuando al tirar los barriles de esa parte, vieron a Jabina, se quedaron con la boca abierta.

—¡Pronto!— dijo el Duque—. La neblina está aclarando. No tardarán en vernos.

Los hombres redoblaron sus esfuerzos, mientras el bote se balanceaba peligrosamente a medida que los barriles eran arrojados al agua uno tras otro.

—Encontrarán el río Seaford hacia el noroeste— gritó una voz desde el guardacostas—. No vayan más hacia el norte o se estrellarán contra los acantilados. Estaremos siempre junto a ustedes, así que no traten de evadirnos.

No podían estar seguros, pensó Jabina, de que la respuesta del Duque no hubiera sido una treta de los contrabandistas para evitar ser capturados.

Sin embargo, los hombres a bordo del guardacostas debieron sentirse impresionados por el tono culto de su voz y por la autoridad con la que hablaba.

—Vamos a obedecer sus instrucciones— contestó el Duque. Se instaló en la proa y, con el bote ya vacío de la carga, los hombres volvieron a tomar los remos.

Los barriles de licor se hundieron con facilidad, pero las pacas de tabaco no habían desaparecido todavía.

Jabina vio cómo los contrabandistas las miraban con ojos temerosos.

Las voluminosas pacas flotaban en la marea y algunas parecían dirigirse a la costa.

—Alejémonos de aquí lo más pronto posible— dijo el Duque en voz baja.

Los hombres empezaron a remar con rapidez, volviéndose hacia el noroeste, como se les había ordenado.

Ahora había ya suficiente luz para verles la cara y Jabina, que apretó con fuerza su capa en torno a ella, comprendió que era un grupo de verdaderos rufianes.

Estaba convencida de que si ella y el Duque hubieran sido descubiertos antes de la llegada del guardacostas, los habrían tratado sin piedad y sin duda habrían perdido la vida a sus manos.

—¿Cómo lograron meterse en el bote sin que los viéramos?— preguntó un hombre al Duque.

—¡Mientras menos hablemos será mejor!— contestó el Duque—. Las voces son fácilmente transportadas a través del agua. Déjenme hablar a mí y les prometo que les compensaré por haberme traído aquí, junto con la dama que viene conmigo.

—Si usted nos delata— dijo uno de los hombres—, nos colgarán…

—Dejen las cosas en mis manos

— contestó el Duque.

El hombre iba a responder, pero el jefe de la banda le ordenó que se callara.

La neblina empezó a levantar, de pronto, y Jabina vio frente a ellos un río bastante ancho, con pantanos más allá de los acantilados que se levantaban a ambos lados.

Los contrabandistas se lanzaron a las aguas tranquilas del río y, apenas acababan de salir del mar, cuando aparecieron dos barcos guardacostas detrás de ellos.

Avanzaron un poco por el río y entonces los remeros del frente saltaron a tierra, para sujetar el bote, mientras los otros, que habían recogido los remos, se enderezaban y saltaban también a la orilla.

El Duque siguió su ejemplo y, levantando a Jabina en brazos, la llevó más allá de la orilla lodosa, para depositarla en un lugar donde había césped.

Una vez que la dejó segura, caminó por la orilla del río para ir al encuentro del comandante del primer guardacostas, que había saltado a tierra.

—Le agradezco mucho su ayuda, oficial— dijo—. Y no sabe lo satisfecho que estoy de haber podido escapar de Francia.

—¿Es usted de veras el Duque de Warminster?— preguntó el oficial.

—¡Lo soy!— dijo el Duque con una sonrisa—. Como supongo que ya sabe, Bonaparte ordenó el arresto y encarcelamiento de cuanto turista había en Francia el dieciocho de mayo.

—Supimos acerca de eso —contestó el oficial—, ¡y casi no podíamos creerlo!

—Puedo asegurarle que es completamente cierto. La señora y yo logramos escapar de París disfrazados y cuando llegamos a la costa, estos

hombres fueron lo bastante bondadosos como para traernos a casa.

Había una leve sonrisa en los labios del oficial al mirar a los contrabandistas, que permanecían de pie, visiblemente inquietos, junto a su bote.

No había la menor duda, pensó Jabina, de que el oficial se daba cuenta del verdadero motivo por el que hombres como aquéllos cruzaban el Canal. En verdad tenían el aspecto de rufianes desesperados, capaces de correr todos los riesgos con tal de traer el contrabando que tan buenas ganancias les dejaba.

El oficial los miró y se volvió hacia el Duque.

—Como su bote está vacío, Su Señoria— dijo—, no tengo pruebas, por supuesto, de que venían de la costa de Francia por otro motivo que el de hacer una obra de misericordia.

El Duque sonrió a su vez.

—Me siento muy agradecido hacia ellos.

—¡Me lo imagino, su señoría! No creo que las prisiones francesas sean lugares muy cómodos que digamos.

El Duque extendió la mano.

—Gracias. Le suplico que dé las gracias en mi nombre al capitán del otro guardacostas. Les aseguro a ambos que haré llegar a oídos del *lord* del Almirantazgo el servicio que me han prestado.

—Se lo agradecemos, Su Señoria— dijo el oficial.

El Duque caminó unos pasos, hacia donde estaba el jefe de la banda de contrabandistas.

—A ustedes, les puedo demostrar mi gratitud en una forma más práctica — dijo—. Tengo conmigo suficiente dinero para recompensar a cada uno de sus hombres con cinco libras por el papel que jugaron en mi rescate. También les daré una orden de pago por otras cien libras, que pueden cobrar en cualquier banco de los alrededores.

La expresión de asombro que reflejaban los rostros de los contrabandistas casi movía a risa.

—Es muy generoso de parte de Su Señoria— dijo el jefe—. No vamos a ocultarle que tirar la carga al mar nos causó grandes pérdidas.

—En otra ocasión pueden sorprenderlos con las manos en la masa— les advirtió el Duque—. ¿No son demasiado fuertes los castigos como para que valga la pena correr el riesgo?

—Siempre hay la probabilidad, su señoría, de lograr eludir a los guardacostas, y en esos casos las ganancias son también muy fuertes.

El Duque no quiso continuar discutiendo. Sacó el dinero de un bolsillo interior y escribió la orden de pago, poniendo su firma en ella.

—Si tienen algún problema para cobrarla— dijo—, háganmelo saber. Esta noche voy a hospedarme en Seaford Park. ¿Conocen el lugar?

—¡Oh, sí su señoría! Queda sólo a tres kilómetros de aquí.

—Sí, ésa era la distancia que calculé. Aunque no sé cómo podremos llegar hasta ahí. El espacio de que disponíamos en su bote anoche nos ha dejado un poco adoloridos, tanto a la señora como a mí.

—Puedo conseguir dos *ponies* para Su Señoria— dijo el jefe—. No deben estar lejos, porque aquí es donde desembarcamos siempre.

—Dos *ponies* serían la solución— contestó el Duque.

El jefe se volvió para dar instrucciones a los remeros.

Para entonces los dos barcos guardacostas habían vuelto al mar. En unos minutos más, se perderían de vista.

El jefe se dirigió hacia los pantanos que rodeaban aquel sitio. Los remeros sacaron el bote del agua y recorrieron corta distancia, río arriba.

Entonces, para sorpresa de Jabina, desaparecieron.

Sin duda, entre los arbustos y los promontorios de tierra que había a un lado del río debía haber un escondite que ellos usaban con frecuencia.

Desaparecieron de la vista por corto tiempo, pero después reaparecieron, uno a uno, pero no para volver al sitio donde ella esperaba. En cambio, se alejaron de ahí a toda prisa.

Como todavía no había mucha luz, pronto se perdieron de vista.

El Duque se volvió hacia Jabina.

—¡Estamos en casa!— dijo con suavidad.

—¡Tenía tanto miedo de que nos descubrieran!— contestó ella.

—La suerte estaba de nuestra parte, y ahora sólo tenemos que recorrer una corta distancia para encontrarnos de nuevo con todas las comodidades de la civilización.

Jabina no pudo responder. Se sintió de pronto muy desventurada al ver que él parecía muy satisfecho de volver al mundo que conocía.

—Si te estás preguntando— continuó el Duque al ver que ella no decía nada—, quién vive en Seaford Park, en este punto también estamos de suerte, porque pertenece a mi primo, *sir* Geoffrey Minster. Es el Miembro del Parlamento que representa a esta parte del mundo.

—Eso será muy agradable para ti, entonces— dijo Jabina en voz baja.

—Dudo mucho que *sir* Geoffrey esté aquí en estos momentos— murmuró el Duque—. Con la nueva declaración de guerra, el Parlamento debe haberse reunido y sin duda habrá marchado a Londres. Supongo que su esposa estará con él. Pero estoy seguro de que ambos se alegrarán de que hagamos uso de su hospitalidad en su ausencia.

Mientras el Duque hablaba aparecieron de súbito entre la niebla dos *ponles* conducidos por un muchacho, al que seguía el jefe de los contrabandistas.

—Aquí están, Su Señoría— le dijo el Duque—. El chico les indicará el camino.

—Le estoy muy agradecido.

El Duque puso algunas monedas de oro en la mano del hombre y luego levantó a Jabina para subirla al primer *pony,* mientras él montaba en el otro.

Eran caballos pequeños, pero de pisada segura; el tipo de animal resistente que resulta muy útil para llevar pesadas cargas de contrabando a escondites secretos, desde donde los contrabandistas las transportaban, poco a poco, a Londres.

El muchacho no tomó las riendas, limitándose a caminar adelante de ellos.

Atravesó confiado la tierra pantanosa, hasta que llegaron a las verdes praderas de las tierras bajas de la región.

La neblina era irregular: por momentos, les permitía ver buenos tramos del paisaje, y un instante después se adhería suave y húmeda a sus mejillas.

Luego, cuando parecía que empezaban a ascender a un terreno más elevado, salió el sol y toda la belleza del paisaje de Sussex se extendió ante su vista.

Jabina dejó que la capucha cayera de su cabeza hacia atrás, porque la piel que rodeaba su cara le daba mucho calor.

Tuvo la impresión de que *madame* Delmas se sentiría muy molesta por perder su costosa capa, pero aquello no significaría nada ante el hecho de haber perdido a su marido.

Jabina sintió compasión por ella, pero el recuerdo' clel General, y la forma como la había tratado, la hicieron estremecerse.

«¡Merecía morir!» se dijo.

Era imposible hablar con el Duque confidencialmente, pues el chico a cargo de los *ponies* podía escucharlos. Por ello, cabalgaron en silencio.

Cruzaron, primero, las llanuras cubiertas de pasto y después avanzaron por caminos angostos y tortuosos, con campos cultivados a uno y otro lado, hasta llegar a un sitio desde donde se divisaban los techos de las casas y la torre de la iglesia de una aldea.

Pero, antes de llegar a ella, se encontraron con una importante entrada de hierro forjado, con una caseta para los guardias a cada lado.

El muchacho cruzó la entrada seguido por ellos y se encontraron avanzando por una larga avenida de viejos robles que los condujo hasta la casa de Seaford Park, una hermosa construcción isabelina, con techos de altillos y ventanas de pequeños cristales en forma de diamante, que brillaban a la luz del sol.

—¡Qué hermosa!— exclamó Jabina.

—Es una casa tan cómoda como se ve!— le aseguró el Duque—. Pero sé que lo que más deseas en estos momentos es poder dormir.

—Todavía es muy temprano— dijo Jabina—. ¿Crees que alguien esté despierto?

No necesitaba haberse preocupado.

Una doncella tocada con una cofia estaba lavando la escalera de piedra. Los miró, llena de sorpresa, cuando se detuvieron ante la puerta del frente.

Apareció un lacayo en mangas de camisa, que a su vez se alejó corriendo para volver con un anciano, correctamente vestido, a quien el Duque dijo:

—¡Buenos días, Bateman! Supongo que le sorprenderá verme llegar en esta forma, pero acabo de volver de Francia, donde la señora y yo

estuvimos a punto ser arrestados por los franceses.

—Su Señoria es muy bienvenido— dijo Bateman en forma respetuosa—. Lamento mucho que *sir* Geoffrey y *milady* se hayan ido a Londres hace cuatro días.

—Me imaginé que así sería— contestó el Duque—, pero estoy seguro de que, en su asusencia, usted nos atenderá, ¿no es así, Bateman?

—Por supuesto, Su Señoría, con mucho gusto.

—Lo que necesitamos por el momento es dormir— dijo el Duque—. El bote de los contrabandistas no era un lugar muy confortable que digamos.

—¿Un bote de contrabandistas, su señoría?

—Fue el único transporte que púdimos encontrar, Bateman— dijo el Duque con una sonrisa—, y créame que nos alegró mucho verlo.

—Me lo imagino, *milord!*

Bateman hizo una reverencia a Jabina.

—Si usted quiere acompañarme, señora, el ama de llaves, la señora Dangerfield, la atenderá con mucho gusto.

Jabina no sentía deseos de separarse del Duque, pero no podía hacer otra cosa que seguir al mayordomo, escalera arriba.

Ahí, fue puesta al cuidado de un ama de llaves impresionante, que llegó a toda prisa por el corredor, todavía abotonándose el vestido y sin duda alguna agitada por haber sido llamada a hora tan temprana.

Condujo a Jabina a un amplio dormitorio, con una enorme cama de cuatro postes adornada con muselina plegada, muy de acuerdo con la época de la casa y que hacía juego con un tocador decorado en la misma forma.

—¡Qué habitación tan atractiva!— exclamó Jabina.

Luego, como se sentía completamente exhausta, permitió que el ama de llaves la ayudara a desvestirse.

Se puso un camisón prestado, que era mucho más bonito que cualquier cosa que ella hubiera poseído, subió a la cómoda cama, y cerró los ojos.

Oyó al ama de llaves moverse de un lado a otro de la habitación, corriendo las cortinas y lanzando exclamaciones de asombro al observar el desgarrado vestido. Pero Jabina estaba demasiado cansada para dar explicaciones o preocuparse siquiera de lo que la mujer pudiera pensar.

Casi antes que la puerta se cerrara y se quedara sola, ya se había quedado dormida.

La despertó el ruido que hacían unas personas en la habitación. Por un momento, pensó que era desconsiderado de parte de ellas molestarla.

Pero, al abrir los, ojos, vio a dos doncellas que transportaban cubos de agua, preparando un baño en el tapete frente a la chimenea, donde ardía un pequeño fuego.

Jabina se quedó mirándolas y entonces el ama de llaves se acercó a la cama.

—Su Señoria ha sugerido, señora, que cene usted con él.

—¿Cenar?— exclamó Jabina—. ¿Es tan tarde ya?

El ama de llaves sonrió.

—¡Durmió usted casi nueve horas, señora!

—¡Estaba tan cansada!— exclamó Jabina—, pero me gustaría mucho cenar con su señoría.

—Pensando en ello, señora, le hemos preparado un baño y después podemos seleccionar un vestido, del guardarropa de *milady,* para que pueda bajar a cenar con él.

—Por supuesto que no puedo usar la ropa con la que crucé el Canal— dijo Jabina con una sonrisa—. Su Señoria y yo tuvimos que escapar disfrazados, como comprenderá. Yo era una *femme de chambre…* la doncella de una señora.

—¡Es increíble! —exclamó la señora Dangerfield, uniendo las manos en un gesto de horror—. ¿Y su señoría?

—Era un *valet.* ¡Y muy eficiente, por cierto!

—No puedo imaginarme cómo resistieron esas penalidades, señora— exclamó la señora Dangerfield—, pero, vaya, no puede uno esperar nada bueno de los extranjeros.

Había tanto disgusto en su voz, que Jabina no pudo menos que echarse a reír.

Al instante, se metió en el baño caliente, perfumado con agua de rosas, y sintió que no sólo dejaba en el agua toda la suciedad y las incomodidades del viaje, sino el miedo que la había atormentado.

Sin embargo, sabía que, aunque ya estaba a salvo, de regreso en Inglaterra, una nueva amenaza se cernía sobre ella.

Le temía al futuro, y a lo que le esperaba cuando tuviera que dejar al Duque.

«Tal vez Inglaterra», pensó desolada, «resulte tan peligrosa para mí como Francia».

Recordó lo sucedido cuando huyó del Duque en la posada escocesa y el borracho con la falda a cuadros le robó su dinero.

Todavía tenía en su poder las joyas de su madre y ello impediría que iniciara su vida sola sin un centavo.

Pero, si había ladrones y asaltantes dispuestos siempre a robarla, ¿cuánto le duraría eso?

Sintió, mientras se bañaba y se vestía, que mil preguntas asaltaban su mente, para las que no encontraba respuesta.

La señora Dangerfield le trajo una camisa de seda, delgada como tela de araña, muy elegante, bordada, *y* adornada en forma exquisita con encajes.

Luego, abrió las puertas de un enorme guardarropa que se encontraba en un extremo de la habitación y que reveló una extensa colección de vestidos, todos en bellísimos colores, que parecían formar un arco iris completo.

—Me temo que su cintura es un poco más estrecha que la de *milady,* señora— dijo la señora Dangerfield—, pero puedo con facilidad arreglar el talle del traje que usted elija y, una vez que tenga en mí poder sus medidas, alteraré otro, para que se lo ponga mañana.

—Espero que a *milady* no le disguste lo que estamos haciendo— dijo Jabina preocupada.

—Mi señora se sentirá feliz de poder ayudar en lo que sea, señora. Estoy segura de que ella y *sir* Geoffrey estarán deseosos de escuchar las aventuras de usted y de Su Señoría.

La señora Dangerfield emitió un ligero gruñido y añadió:

—Es la única cosa buena que he oído acerca de los contrabandistas. Son una amenaza y nos han dado una fama terrible.

Jabina hubiera querido reír de la indignación de la señora Dangerfield, pero comprendió que el hecho de vivir cerca del lugar donde los

contrabandistas realizaban sus nefastas actividades debía ser, en verdad, muy desagradable.

—No hubiéramos podido volver a casa si-no hubiera sido por ellos— dijo con gentileza.

—Entonces, debemos estarles agradecidos, señora— contestó la señora Dangerfield—, y ahora, dígame: ¿de qué color quiere vestirse para cenar esta noche?

Era muy difícil hacer una elección entre tantos vestidos hermosos.

Jabina notó con interés que, aunque la nueva moda que había descubierto en París no había llegado a Escocia, los vestidos de *lady* Minster eran todos de cintura alta y casi tan transparentes como los que estaban de moda entre las damas francesas.

Le partía el corazón pensar que nunca volvería a usar el hermoso vestido de gasa con hilos de plata y cintas plateadas, con el que había bailado con el Duque. Por ello, escogió un vestido blanco que le recordaba el que había dejado en París.

El vestido de *lady* Minster era casi tan atractivo como aquél. Estaba todo bordado, incluyendo las cintas que cruzaban el talle y sostenían en alto la cintura, con pequeños racimos de perlas. Las mangas, pequeñísimas, eran del mismo encaje que rodeaba, en tres hileras, el dobladillo.

—Le favorece mucho, señora —dijo la señora Dangerfield, con voz sincera.

Redujo la cintura de los vestidos cuando menos cinco centímetros y después arregló el cabello de Jabina casi con tanta habilidad como la peinadora francesa.

—¡Qué lista es usted… ¡Está totalmente al corriente de lo que se estila en París!— exclamó Jabina.

—No estamos tan atrasadas en Inglaterra como usted supone— contestó la señora Dangerfield con un leve tono de reproche—. En realidad, yo siempre he creído, señora, que son las damas de la alta sociedad inglesa las que crean la moda, y no la esposa de ese monstruo asesino.

Jabina sabía muy bien que a Bonaparte se le describía, como a un ogro capaz de volverse caníbal, si así se le antojaba.

Contuvo el deseo de decir que Francia le había parecido un país muy refinado y civilizado, porque sabía que la señora Dangerfield no lo entendería.

«La gente cree lo que quiere creerse dijo, y casi en ese mismo instante sus pensamientos volvieron hacía el Duque.

¡Él quería creer en la austeridad! El deseaba la vida tranquila, exenta de problemas, que había escogido para sí mismo.

El Vizconde había dicho que aquélla era su oportunidad de ayudarlo, pero ella había fallado.

Lo comprendió al darse cuenta, a su llegada, de que no la presentaba como a su esposa, como era lo natural, sino como a alguien con quien estaba viajando.

Había sido la Duquesa de Warminster en Escocia; su hermana, *lady* Jabina Minster, en el yate y en Francia; su esposa de nuevo, como María Boucher. Pero ahora, era sólo una "señora" anónima: nadie de importancia.

Jabina se sintió llena de tristeza, pensando que el destino la había tratado con crueldad.

No había tenido, en realidad, oportunidad de hacerse amar por él, ni de cambiarlo, como el Vizconde le sugirió. Tal vez, pensó, si se hubieran quedado en París, lo habría logrado.

Pensó en todas las cosas que hubiera querido hacer, ver, aprender.

El Duque había disfrutado de ese día que pasaron en Chantilly, cuando le mostró el jardín del Príncipe y los tesoros guarda, dos en la Abadía de los benedictinos.

Estaba segura de que a él le habría encantado explicarle los cuadros que había en el Louvre, los tesoros del Tívoli y la belleza esotérica de Notre Dame.

Pero_ ella, por encima de todo, deseaba volver a bailar con él. Recordó lo bien que bailaba y cómo parecía haber una nueva luz en sus ojos mientras se deslizaban a los acordes del vals que tocaba la ruidosa orquesta, bajo las linternas del *Jardín Danzante.*

Parecía mucho más joven en esos momentos y entonces había sido lo bastante tonta como para arruinar la velada mintiéndole acerca de los franceses que, según ella, habían tratado de besarla.

Se daba cuenta de que el Duque detestaba que ella exagerara, pero lo había hecho sólo porque le dolía la indiferencia de él. Pero con ello sólo había conseguido enfadarlo.

«Debo ser muy cuidadosa esta noche», se dijo.

Cuando por fin estuvo lista, se dio una última mirada en el espejo y advirtió lo diferente que se veía de la muchacha desarreglada y mal vestida que el Duque había conocido en Escocia.

¿No apreciaría él el hecho de que ahora fuera más dueña de sí misma, más refinada y, según esperaba, más atractiva?

La respuesta que se dio a sí misma no fue muy alentadora. Con lentitud descendió la escalera, tallada en roble, y cruzó el vestíbulo, cuyos muros estaban cubiertos de paneles isabelinos.

Un lacayo abrió la puerta y Jabina entró en un hermoso salón con largos ventanales que se abrían al jardín.

Los muros estaban llenos de cuadros y los candelabros, con numerosas velas encendidas, iluminaban los muebles de madera tallada y dorada, tapizados en un tono pálido de azul turquesa.

Pero Jabina sólo tenía ojos para el Duque, que se encontraba de pie en el extremo del salón, apoyado contra la repisa de la chimenea.

Se volvió al oírla entrar y, una vez más, lo vio como lo había visto en París.

La ropa que había tomado prestada de su primo lo hacía parecer tan elegante y tan a la moda como ella lo vio una sola y breve velada, después de que había hecho a un lado su austera ropa negra.

La blanca corbata que llevaba, con las puntas del cuello muy por arriba de su barbilla destacaba su piel, bronceada por el sol y los vientos marinos.

El satén azul de la chaqueta de etiqueta acentuaba el color de sus ojos y los pantalones de color champaña le ajustaban a la perfección.

—¡Oh, ¿cómo deseaba verte otra vez vestido así!— exclamó Jabina sin poderse contener.

El Duque sonrió y tomando su mano se la llevó a los labios. —¿Puedo yo felicitarte también por tu cambio de guardarropa?— preguntó.

—Tu primo y su esposa han sido muy generosos en su ausencia.

—Como lo habrían sido de estar aquí— contestó el Duque—. ¿Descansaste?

—¡Dormí casi nueve horas!— confesó Jabina.

—Yo también dormí bien y ahora estoy tan hambriento que podría comer cualquier cosa, en cualquier parte. ¡Pero me alegro que no tengamos que preparar la comida, ni servirla!

Jabina se echó a reír, pero antes que pudiera contestar Bateman anunció que la cena estaba lista.

La comida fue deliciosa y el Duque probó cuanto platillo le ofrecieron.

Jabina, sin embargo, después de comer un poco, observó que la inquietud que sentía y el placer de estar a solas con el Duque, le quitaron el apetito.

Era difícil hablar con él mientras los sirvientes y el mayordomo permanecían en la habitación.

El Duque, durante la cena, le habló a Jabina del peligro que significaban los contrabandistas que llevaban oro a Napoléon y se refirió a la existencia de pandillas, tan feroces, que hasta los habitantes de las aldeas y los guardacostas les temían.

También le explicó las medidas que el gobierno tendría que tomar para suprimir un comercio que perjudicaba a la economía del país.

Jabina escuchó con gran atención. A pesar de ello, no podía menos que preguntarse si ésta sería la última comida que compartirían juntos y qué decidiría él hacer al día siguiente.

Después del postre, Bateman le sirvió una copa de Oporto al Duque.

—¿Quieres que te deje solo?— preguntó Jabina con inquietud—. Sé que eso es lo correcto.

—Tengo una mejor solución— dijo el Duque con una sonrisa—. Haré que me lleven el Oporto al salón, donde podamos sentarnos a conversar.

—Yo mismo lo llevaré, Su Señoría— dijo Bateman con expresión solícita.

Colocó la botella y la copa en una bandeja de plata y los siguió por el pasillo, hacia el salón.

Las cortinas habían sido corridas mientras ellos cenaban, a excepción de una ventana, que daba a la terraza de afuera.

Del jardín llegaba un aroma de rosas y las estrellas empezaban a brillar en la oscuridad del cielo.

Jabina recordó que las estrellas, la noche anterior, habían iluminado su camino, a lo largo del río, hasta que encontraron el bote de los contrabandistas.

Bateman entregó al Duque la copa de Oporto, puso la botella en una mesita lateral y salió del salón, cerrando la puerta tras él.

El Duque, que estaba de pie, de espaldas a la chimenea, miró a Jabina, pero ella no pudo sostener su mirada.

—Ahora creo que debemos hablar sobre nosotros— dijo él con voz muy suave.

—¡Sí… debemos… hacerlo!— contestó ella.

Pero como Jabina no podía soportar lo que él iba a decirle, se dirigió hacia la ventana abierta para mirar en dirección del jardín, que estaba ya a oscuras.

¡Tuvo la impresión de que había llegado el fin! Este era el momento que había estado temiendo, cada instante, desde que salió de Escocia.

Lo había temido desde que el Duque la salvó del escocés borracho y la tomó bajo su protección.

Era como si una pesada piedra hubiera sido colocada sobre su pecho, mientras esperaba, sabiendo que lo que él le diría ahora sería peor que una sentencia de muerte, pues destruiría para siempre su felicidad Sintió el loco impulso de echar a correr. No quería escuchar lo que él tenía que decirle, sino lanzarse a la oscuridad del jardín y desaparecer.

—Estoy esperando para hablar contigo, Jabina— dijo el Duque—, pero es difícil sostener una conversación con la parte posterior de la cabeza de alguien.

Como sí sus palabras la hubieran despertado de un sueño, Jabina se volvió.

Por un momento, se quedó mirándolo. Estaba él de pie sobre el tapete de la chimenea, elegante varonil, inmensamente apuesto. Jabina, sin pensarlo dos veces corrió hacia él y exclamó impetuosa:

—Por favor… por favor— exclamó—. No me alejes de ti… ¡Déjame quedarme contigo! No te… molestaré. ¡Nadie sabrá quién soy… puedo ser

una… doncella, o algo… ¡Sólo déjame permanecer a tu lado!

Vio en los ojos del Duque una expresión que no pudo comprender.

Temiendo que él fuera a rechazar su ofrecimiento, se volvió a toda prisa para ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos, y volvió a la ventana.

Se quedó de pie, luchando contra la tempestad que bullía en su interior, y que estaba a punto de hacerla arrojarse a los pies del Duque, sollozando sin freno.

Entonces, oyó la voz de él a sus espaldas y se dio cuenta de que se había acercado a ella.

—¡Mi pequeña, ridícula, impetuosa y adorable esposa!— dijo el Duque en un tono que ella no le había escuchado antes—. ¿Crees, en verdad, que serías una buena doncella?

La hizo volverse hacia él.

Pero mientras ella trataba de verlo a través de las lágrimas que inundaban sus ojos, el Duque la estrechó con fuerza entre sus brazos, oprimiéndola con tanta furia que casi no la dejaba respirar. Un momento después, la besaba en los labios.

Por uri momento al sentir la dura presión de la boca de él, Jabina se quedó inmóvil, a causa de la sorpresa. Luego, una inefable locura se apoderó de todo su ser. Todo su cuerpo se derretía entre los brazos de él.

Cuando él levantó la cabeza, Jabina, toda desconcertada, sólo acertó a tartamudear en forma incoherente:

—No… sabía… que podías… besar… así.

—Yero puedo hacerlo!— contestó el Duque y comenzó a besarla de nuevo, exigente, posesiva, apasionadamente.

El mundo pareció girar en torno a Jabina y el piso pareció hundirse bajo sus pies.

«El Vizconde tenía razón» pensó ella. «El fuego sólo estaba sofocado, pero ahora ha vuelto a encenderse y a elevar sus llamas».

Luego, los besos del Duque se convirtieron en una especie de milagro, que hizo que Jabina se olvidara por completo de sí misma. Se convirtió en parte de él, y él de ella, y los dos eran uno solo.

A bajo, las campanadas del reloj de pie del vestíbulo indicaron que eran las dos de la mañana. En la amplia y cómoda cama, una voz suave

preguntó:

—¿Cuándo te diste cuenta por primera vez de que me amabas?

El Duque la oprimió contra su pecho.

—Me enamoré de un pie pequeño y frío, y de una lágrima que cayó en mi mano cuando trataba de calentarlo.

—¡De mi pie!— exclamó Jabina—. ¡Yo esperaba que me dijeras que te habías enamorado de mi bella cara!

El Duque se echó a reír.

—Tu carita no es realmente bella… pero es fascinante, espectacular y del todo irresistible, mi amor.

—¡Oh!— exclamó Jabina—. ¡Dímelo otra vez! ¡Nunca pensé que fueras capaz de decirme cosas tan maravillosas!

—Te amo… ¡Oh, mi precioso, mi pequeño amor, te adoro!

Jabina, emocionada por el tono profundo de su voz, sintió que una oleada de calor recorría todo su cuerpo.

—Yo te amo… también— murmuró.

—¿No soy demasiado viejo?

—No. ¡Eres *exactamente* de la edad correcta!

—¿No soy estirado y aburrido?

—Eres el hombre más emocionante, con mayor espíritu aventurero que hay en todo el mundo.

Jabina lanzó un profundo suspiro de felicidad.

—Cuando pienso que… mataste por mí… casi no puedo creerlo.

—Sólo espero no tener que matar muchos más— contestó el Duque—. ¡Voy a ser un esposo muy celoso, mi niña traviesa!

—Pero yo voy a ser una esposa buena, perfecta, tal como tú quieres que sea— protestó Jabina.

El Duque río.

—¡Lo dudo mucho! Sin embargo, haré que te comportes bien… porque tenemos muchas cosas que hacer juntos.

—¿Qué tipo de cosas?

—Hay trabajo para mí en la Cámara de los Lores y creo que puedo ser también de utilidad en la Oficina de Guerra. Además,

debemos cumplir nuestra promesa.

—¿Qué promesa?

—Ayudar a los realistas franceses. Creo que tenemos esa deuda.

—¡Por supuesto! ¿Crees que podamos ayudarlos, de veras?

—Podemos intentarlo— mundo de Bonaparte.

—¡Todo es tan emocionante, tan perfecto!— murmuró Jabina—. ¡Tenía tanto miedo de que me alejaras de tu lado!

—Y yo temía que quisieras dejarme.

—¿Cómo pudiste imaginar tal cosa? Yo quería estar contigo todos los segundos de mi vida, en cuanto me di cuenta de que te amaba. Te amo tanto, que resultaba una agonía para mí pensar que yo no te importaba nada.

—Nunca volveremos a estar inseguros uno del otro— dijo el Duque con firmeza.

Sintió que el cuerpo de ella se estremecía contra el de él y se volvió hacia ella.

—Dime de nuevo que. me amas— ordenó el Duque con voz autoritaria.

—Te amo. . . en forma loca, desesperada, completa… con todo lo que hay en mí.

El besó su frente, sus ojos y la punta de su pequeña naricilla.

—¿Has amado… a alguien… más que a mí?— preguntó ella.

—¡Ahora sé que nunca había amado a nadie antes! Tú te has metido en mí corazón, queridita mía, y no voy a poder librarme de ti.

Su mano la estaba tocando y ella empezó a respirar agitada, los entreabiertos labios.

—Me excitas mucho— murmuró.

—Quiero excitarte.

—¡Es… maravilloso! Y ahora sé cuán… maravilloso es cuando dos personas… están en… la cama juntas y… se aman.

—Te dije que era agradable.

—¿Agradable?— exclamó Jabina con expresión incrédula—. ¡Es glorioso! ¡Milagroso! ¡Divino! Es como volar a la luna y oprimir todas las estrellas con las manos.

Se detuvo y preguntó con humildad:

—¿Estoy… exagerando?

—No, preciosa mía, eso lo describe con exactitud— contestó el Duque.

Entonces, sus labios se apoderaron nuevamente de ella y el fuego volvió a surgir en ambos y, con él, todo el asombro de las propias estrellas.

FIN

# Table of Contents

Un Amor Impetuoso (La Colección Eterna de Barbara Cartland 50)
Copyright
CAPÍTULO I ~ 1803
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII